CÁTEDRA BASE

Hans Christian Andersen

Cuentos

CÁTEDRA

CÁTEDRA BASE

Hans Christian Andersen

Cuentos

CÁTEDRA

Καί νέους θάρσυνε· νίκης δ᾽ ἐν θεοῖσι πείρατα.

ΑΡΧΙΛΟΧΟΣ

ΕΛΕΓΕΙΑ, ΤΕΤΡΑΜΕΤΡΑ (57 D)

Anima tú a los jóvenes: a los dioses les toca determinar el triunfo.

ARQUÍLOCO

Elegías, tetrámetros (57 D)

CÁTEDRA BASE

Cuentos

Hans Christian Andersen

Edición de Elisa Martín Ortega
Traducción de Enrique Bernárdez

CÁTEDRA

Introducción

■

Hans Christian Andersen: escritura y vida

Infancia y juventud

Éxito literario y madurez

El mundo literario de Andersen: formas y motivos recurrentes

Los finales tristes

El animismo en los cuentos de Andersen

La voz de las cosas

El narrador en los cuentos de Andersen

Personajes narradores

Esta edición

Cuentos

Cuentos de criaturas maravillosas

El patito feo

Los cisnes salvajes

Pulgarcita

La sirenita

El valiente soldadito de plomo

Cuentos de princesas y emperadores

El ruiseñor

La princesa y el guisante

El traje nuevo del emperador

Cuentos de invierno

El abeto

La pequeña cerillera

El muñeco de nieve

La reina de las nieves.

Un cuento en siete cuentos

Después de la lectura

La belleza del canto del cisne

Créditos

La vida en sí es el más maravilloso cuento de hadas.

HANS CHRISTIAN ANDERSEN

Los cuentos maravillosos parecen situarse en realidades muy alejadas de la nuestra, donde ocurren fenómenos sobrenaturales, habitan criaturas imaginarias y los objetos inanimados cobran vida. Pero esto no es más que una ilusión, pues son historias que ahondan, a través de sus personajes de ficción y sus universos de fantasía, en las grandes preguntas de la vida humana. A veces, para poder hablar de lo más cercano y a la vez escondido, debemos hacer uso de la imaginación, salir de la existencia cotidiana y dejarnos cautivar por relatos tan asombrosos como verdaderos. Es precisamente un viaje como ese el que nos ofrecen los cuentos de Hans Christian Andersen.

«El mundo entero es una serie de milagros, pero estamos tan acostumbrados a ellos que los llamamos cosas ordinarias», decía el escritor danés. Para introducirnos en su obra hemos de olvidar ciertas premisas y convenciones, e identificarnos con sus criaturas de ficción. Todos hemos escuchado alguna vez hablar de la sirenita, el patito feo, el soldadito de plomo, Pulgarcita o la reina de las nieves; los personajes de Andersen han pasado a formar parte de nuestra cultura y aparecen en numerosas adaptaciones y representaciones. Acercarnos a los textos originales, no obstante, nos ofrece la posibilidad de redescubrir su hondura, expresada a través de un lenguaje lleno de matices y reflexiones, caracterizado por el asombro y una sensibilidad única.

Andersen es universalmente conocido como un autor de cuentos infantiles. Y, en efecto, sus cuentos han emocionado a generaciones enteras de niños. Sin embargo, para comprender su alcance hemos

de extender el significado de la palabra infancia. Harold Bloom, un importante crítico literario norteamericano, dijo que «Andersen escribió para niños extraordinariamente inteligentes de todas las edades, desde los nueve a los noventa años»; y, en otra ocasión, que «Andersen tenía un proyecto secreto: cómo seguir siendo un niño en un mundo aparentemente adulto». La infancia, por tanto, se convierte en un propósito, no es la simple denominación de una etapa de la vida, sino el deseo encendido de conservar el asombro y la capacidad de sentir intensamente y maravillarse ante la realidad de la vida.

Las historias de Andersen comparten ciertas características con los cuentos de la tradición oral, pero a la vez son irremediablemente suyas, con temas y obsesiones que se repiten, y una insólita capacidad para ahondar en el dolor y la tristeza. Su preferencia por los personajes desdichados, apartados y que no pueden cumplir sus deseos remite a la biografía del autor, pero también a la de cualquier ser humano, pues ninguno de nosotros tenemos exactamente la vida que queremos. La mudez de la sirenita, o la de Elisa, la protagonista de Los cisnes salvajes, se acompañan de las más hermosas palabras: el poder contar su historia es en sí mismo un milagro, es la puerta que permite entrar en el lugar de los secretos.

Hans Christian Andersen: escritura y vida

En el prólogo que Ana María Matute escribió a una compilación de los cuentos de Andersen, titulado «Ala de cisne», se puede leer: «Mientras escribía sus cuentos, seguían hablando sus muñecos, seguía hablando él. A despecho de tantas como llegó a recoger, y a crear, Ala de Cisne [Andersen] solo narró una sola historia: la suya propia». Él era, siempre en palabras de Matute, el niño que se sentía distinto a todos los niños, que aparece una y otra vez en su obra. Como si volviendo una y otra vez a él mantuviera viva la esperanza de que se cumplieran sus deseos, o al menos de situarse muy cerca de ellos, de poder casi tocarlos con la yema de los dedos. Una buena parte de lo que sabemos de su vida fue relatado por el propio autor en su autobiografía El cuento de mi vida (de la que publicó dos versiones, en 1847 y en 1859), cuyo título ya da idea de la íntima relación que establecía entre la escritura y la vida.

Infancia y juventud

Hans Christian Andersen nació en la ciudad danesa de Odense en 1805. Su familia era muy pobre, y esto le marcó profundamente; en sus cuentos la pobreza está omnipresente: se presenta como indiscutible fuente de miseria, pero también es el refugio escondido de la verdad y la belleza. Su padre era zapatero y su madre, que padecía un grave problema de alcoholismo, lavandera. Pasaron tantas penurias que conoció la mendicidad durante su infancia. Apenas pudo estudiar, pero sus padres le introdujeron en el mundo del relato: su padre le contaba historias tradicionales nórdicas y también solía leerle Las mil y una noches. El niño Andersen vivía con intensidad esos momentos, que contribuirían a su pasión por los cuentos y a su incipiente vocación artística y literaria.

Hans Christian era un niño tímido y retraído, que a menudo se sentía poco aceptado y aislado de los demás. Poseía una enorme imaginación y jugaba con un teatrillo de títeres que le habían regalado, inventando representaciones y hablando solo durante largas horas. Iba a una escuela para niños pobres donde cosechó pésimos resultados tanto en lectoescritura como en matemáticas.

Con catorce años quedó huérfano de padre y, al poco tiempo, también de madre. Sin haber conseguido concluir ninguna instrucción formal, se marchó a Copenhague con el sueño de poder trabajar en el mundo del teatro, que siempre había ejercido una gran fascinación sobre él. Deseaba ser actor, dramaturgo o cantante de ópera, y parecía tener una hermosa voz para cantar, según los testimonios de la época.

Sin embargo, sus inicios en Copenhague fueron muy duros, no consiguió ningún reconocimiento y pasó hambre y frío, hasta tal punto que las pésimas condiciones en que vivía y el frío del invierno dañaron su voz. William Bloch, dramaturgo y director teatral danés, lo describía así en aquella época: «Extraño y bizarro en sus movimientos. Sus piernas y sus brazos son largos, delgados y

fuera de toda proporción; sus manos, anchas y planas, y sus pies son tan gigantescos que nadie piensa en robarle las botas. Su nariz es, digamos, de estilo romano, pero tan desproporcionadamente larga que domina toda la cara; cuando uno se despide de él, su nariz es lo que más recuerda». El poco atractivo físico y su dificultad para la seducción amorosa le produjeron a lo largo de su vida una sensación de aislamiento y un hondo sufrimiento. Mucho se ha escrito sobre su homosexualidad y sus ademanes afeminados. Sabemos, por otra parte, que se enamoró perdidamente de algunas mujeres. Quizá lo más relevante fuera su incapacidad para el amor correspondido, que le llevó a padecer múltiples frustraciones y un profundo sentimiento de rechazo. No en vano, uno de los primeros cuentos que publicó fue El patito feo.

En esta época compuso varias obras de teatro, que se estrenaron en general sin apenas éxito, y conoció a algunos músicos, hasta que uno de ellos, Jonas Collin, director del Teatro Real de Copenhague, se sintió atraído por su talento tras asistir a una representación de su tragedia Alfsol y decidió ayudarle. Una profunda amistad los uniría a lo largo de los años. Collin consiguió una beca para que Hans pudiera estudiar en la Escuela Latina de Slagelse, y así mejorar su precaria educación. Allí le pusieron con los alumnos más jóvenes, dados sus escasos conocimientos, y Andersen recuerda esta época como un período especialmente desdichado. No obstante, a los 23 años pudo culminar su formación y obtuvo el título de Bachillerato.

Éxito literario y madurez

Abandonado su deseo de llegar a ser bailarín o cantante, se centró en su vocación literaria. En 1827 publicó un poema, titulado «El niño moribundo», en la revista literaria danesa más prestigiosa de la época. Y en los siguientes años se dedicó a viajar por Europa, con un espíritu inquieto de exploración y descubrimiento de diferentes países y culturas. Sus impresiones fueron apareciendo en periódicos y publicaciones, y así conservamos textos sobre sus travesías por Alemania, Italia, Grecia, Turquía o España. El bazar del poeta (1842), donde narró su experiencia desde el Mar Negro hasta el Danubio, es considerado su mejor libro de viajes.

Mientras viajaba con diferentes becas o trabajando como periodista, publicó varias novelas, obras de teatro, poemarios y un libreto de ópera. En 1835 apareció su primer volumen dedicado a los niños, Historias de aventuras para niños. Estos cuentos le otorgaron rápidamente un reconocimiento que no había logrado con ninguna de sus obras anteriores. Así, en 1838 ya era un escritor reconocido en diversos países de Europa. La fama de sus relatos infantiles fue creciendo y en 1843 apareció la colección Cuentos nuevos, en la que se incluyen algunos de sus títulos más célebres, como La sirenita, El valiente soldadito de plomo, La reina de las nieves, El traje nuevo del emperador o La princesa y el guisante, entre otros.

En pocos años Hans Christian Andersen llegó a ser en un autor de gran fama. Sus cuentos fueron traducidos al francés, al inglés y al alemán. En 1847 viajó a Inglaterra, donde fue recibido con todos los honores, y acompañado por el escritor Charles Dickens. En 1847 y 1848 publicó otras dos colecciones de cuentos, que fueron de nuevo acogidas con entusiasmo por el público.

Sin embargo, y a pesar de su éxito internacional, Andersen se sintió frustrado y desdichado en su vocación de escritor. Él no deseaba ser aclamado por sus cuentos para niños, sino por sus novelas, obras dramáticas o poemas. Toda la vida lo acompañó este sentimiento de

inadecuación y de fracaso, que contrastaba con los reconocimientos y agasajos que recibía allí donde iba. Durante muchos años cultivó la costumbre de narrar sus cuentos en voz alta, reuniendo a grandes audiencias y siendo a menudo aclamado, incluso por reyes y príncipes de diversos países. Una anciana que había sido testigo de sus narraciones a los niños las describió de la siguiente forma: «Solía sentarse en ese rincón, junto a la ventana; y cada vez que había escrito un nuevo cuento, venía a contárselo a los niños».

En 1863, tras un largo viaje a España, publicó un libro relatando sus experiencias. Narró su visita a ciudades como Málaga, Granada, Alicante o Toledo, que le parecieron fascinantes y pintorescas.

En el plano de la intimidad, Andersen se sintió profundamente desdichado por sus repetidos fracasos sentimentales. Sabemos que se enamoró, casi platónicamente, de dos mujeres. Su gran amor de juventud fue una muchacha llamada Riborg Voigt. Se encontró una carta que ella le había escrito guardada en una bolsita bajo las ropas del escritor cuando este murió. Su pasión amorosa más célebre, sin embargo, fue la que le unió a la cantante de ópera Jenny Lind. A ella le dedicó el cuento El ruiseñor. Sus sentimientos no eran correspondidos, e incluso se dice que Jenny le mandó un espejo después de que Andersen le declarara su amor. El autor interpretó que el regalo llevaba implícito el mensaje de que contemplara su fealdad, lo cual habría impedido cualquier unión entre ellas.

Andersen se mostró siempre extremadamente tímido con las mujeres, a las que le costaba mucho acercarse. A menudo pintaba y decoraba recortables con sus figuras y los diversos vestidos que las adornaban. Pero tuvo también amores homosexuales, igualmente difíciles y tormentosos. La más conocida fue su relación con el bailarín del Teatro Real de Copenhague Harald Scharff, a quien le unió un intenso vínculo que acabó cuando Harald se fue alejando progresivamente.

El escritor siguió ampliando su colección de cuentos para niños hasta el año 1872, a la vez que continuaba escribiendo obras de teatro y poemas, frustrado por el escaso éxito de estos últimos. En ese mismo año sufrió una caída desde su propia cama, tras la que quedó gravemente herido. Nunca llegó a recuperarse. Murió el 4 de

agosto de 1875 en su casa de Rodighed, cerca de Copenhague, donde hoy se puede visitar su tumba.

El mundo literario de Andersen: formas y motivos recurrentes

«Cuando Andersen desea expresar los valores vitales que para él tienen más importancia, se limita por lo general a tres únicos conceptos: lo bueno, lo verdadero y lo bello», escribió en una ocasión el crítico literario Erling Nielsen. La belleza se puede apreciar tanto en el estilo –cuidado, evocador y natural–, de las narraciones, como en el contenido, lleno de imágenes y criaturas que desde la publicación de los cuentos pueblan la imaginación universal. La verdad está relacionada con la autenticidad de los relatos. Andersen es un escritor fantasioso, pero a la vez profundamente introspectivo, que compone su obra desde sus experiencias e impresiones más íntimas. A la luz de su biografía, historias como El patito feo, por ejemplo, alcanzan una nueva dimensión. En cuanto a la bondad, esta se relaciona con la facultad para entregarse al otro y al mismo tiempo no dejar de perseguir los propios deseos. Por ello, la bondad está íntimamente relacionada con la verdad y con la belleza: parte del reconocimiento de lo que se desea, y pasa por su cuidado y por la aparición de una dimensión ética, en la que el otro en ningún caso debe ser instrumentalizado: se le debe respetar y admirar en su alteridad, por diverso que sea, sin hacer juicios precipitados.

Aparecen en los cuentos de Andersen personajes que se dejan llevar por sus aspiraciones, cueste lo que cueste, como la sirenita o el soldadito de plomo; otros que anhelan aquello que no puede sino acabar con ellos, y que sucumben a tal deseo, cual el abeto o el muñeco de nieve; protagonistas que se salvan gracias a la amistad, cuyo ejemplo más claro son Kay y Gerda, los niños de La reina de las nieves. El traje nuevo del emperador es un relato que desenmascara la realidad, pues en él la verdad, encarnada en la inocencia de un niño, acaba imponiéndose a un vacuo entramado de engaños y apariencias. Algunos personajes, cual la princesa del guisante o Pulgarcita, son seres misteriosos que nunca acabamos de saber lo que quieren. Otros nos conmueven en su desdicha: es el caso del patito feo o de la niña de los fósforos.

Los finales tristes

El universo literario de Andersen explora a fondo sentimientos como la marginación o la tristeza. Sus protagonistas quieren ser algo distinto de lo que son, lo cual genera en ellos una frustración, pero también una tensión narrativa y un deseo de transformación que no siempre termina bien. En la tradición de los cuentos populares infantiles, en la que Andersen se inspira para crear su obra, suele imperar el final feliz. Bruno Bettelheim, psicólogo y estudioso de los cuentos de hadas, escribe a este respecto:

Los protagonistas y los acontecimientos de los cuentos de hadas también personifican e ilustran conflictos internos, pero sugieren siempre, sutilmente, cómo pueden resolverse dichos conflictos, y cuáles podrían ser los siguientes pasos en el desarrollo hacia un nivel humano superior. El cuento de hadas se presenta de un modo simple y sencillo; no se le exige nada al que lo escucha. Esto impide que incluso el niño más pequeño se sienta impulsado a actuar de una determinada manera; la historia nunca hará que el niño se sienta inferior. Lejos de exigir nada, el cuento de hadas proporciona seguridad, da esperanzas respecto al futuro y mantiene la promesa de un final feliz. Por esta razón, Lewis Carroll lo llamó un regalo de amor.

Pues bien, nuestro autor rompe dicho principio y nos ofrece a menudo cuentos con finales desgraciados, en los que se cuestiona que los deseos siempre se cumplan, por mucho que se afane uno en la búsqueda, y se confronta al lector con la existencia de injusticias que no pueden ser remediadas y con la propia fatalidad de la vida.

Alice Munro, escritora canadiense que recibió el premio Nobel de Literatura en 2015, contó en una entrevista con motivo de la

recepción de esta distinción que de niña se había rebelado contra el final de La sirenita, que le había producido dolor y rabia. La autora sitúa en esta escena el origen de su vocación de escritora. Así es como lo relata:

Me interesó la lectura desde muy pronto, por una historia que me leyeron de Hans Christian Andersen, que fue La sirenita, y no sé si lo recuerdan pero La sirenita es muy triste. La sirenita se enamora del príncipe, pero no puede casarse con él por ser una sirena. Es tan triste que no puedo ni contarte los detalles; pero bueno, tan pronto como terminé la historia me fui afuera y caminé dando vueltas y vueltas a la casa donde vivíamos, una casa de ladrillos, e hice una historia con mi propio final feliz, pues pensé que se lo debía a la sirenita y, por alguna razón, se me metió en la cabeza que el único propósito de aquella historia era que el final fuera distinto para mí; no iba a ir a parar a todo el mundo, pero sentí que lo había hecho mejor, y, de entonces en adelante, la sirenita se casaría con el príncipe y viviría feliz para siempre, lo cual era como un postre, porque ella había hecho cosas terribles para ganarse al príncipe, su favor. Tuvo que renunciar a su cola. Tuvo que conseguir las piernas que tienen las personas ordinarias y con las que caminan, pero para ella cada paso era doloroso. Estuvo dispuesta a hacer aquello para ganarse al príncipe. Así que pensé que se merecía más que una muerte en el agua. Y no me preocupé de que a lo mejor el resto del mundo no conociera esta nueva historia, porque sentí que se había publicado tan pronto como la pensé. Así que ahí lo tienes, el mío fue un principio temprano en la escritura.

Sus palabras expresan la imposibilidad de aceptar el final trágico de La sirenita, que angustia y desorienta a la niña lectora. No debió de ser la única, puesto que el crudo desenlace fue también transformado, por ejemplo, en la célebre versión cinematográfica que realizó Walt Disney (1989). Sin embargo, cabe preguntarse qué función cumplen en la mente infantil este tipo de historias. Los cuentos tristes, incluso trágicos, son necesarios porque no hay una sola vida humana sin rastros de tragedia. Incluso las personas más felices alguna vez se han sentido abandonadas, rechazadas,

enmudecidas, doloridas. Y personajes como la sirenita expresan la totalidad de ese momento: su verdad, su intensidad, su principio y su fin. Frente a las llamadas a relativizar los problemas la literatura nos ofrece otra opción para enfrentarnos a los sufrimientos de la vida: verlos, por un tiempo, a través de una obra de ficción, como un absoluto, identificarnos y sumergirnos en ellos; para después salir, porque los libros se acaban. Las historias con un final triste también tienen un final.

Y si de algo huye Andersen, incluso en sus cuentos más tristes, es de la desesperanza. Casi siempre ofrece al lector la oportunidad de salvar algo del desastre: una promesa, un recuerdo, una prenda de la belleza y la verdad vividas. Esto es muy significativo en cuentos tan desgraciados como El valiente soldadito de plomo, La siernita o incluso La pequeña cerillera. Mucho se ha hablado, en este sentido, sobre la posible religiosidad, o incluso el misticismo, que se dejaría traslucir en algunos de sus cuentos. Nuestra impresión es que Andersen introduce dichos elementos con la voluntad de embellecer lo más terrible, y que entroncan con un sentimiento de trascendencia que puede ser compartido por diversas tradiciones espirituales.

La exploración del dolor, tanto físico como psicológico, es otra característica definitoria de la cuentística de Andersen. Y es algo que vuelve a llamar la atención en un autor que escribe para niños. Sus personajes a menudo sufren de una forma dura y descarnada —la sirenita siente como si se le clavaran cuchillos en las piernas cuando camina, el patito feo casi muere congelado por el frío del invierno, el abeto experimenta el calor lacerante de la quema—, pero transmiten al mismo tiempo una impresión de pureza y dignidad —el caso más paradigmático es el soldadito de plomo, siempre firme y valiente con su fusil al hombro. De algún modo, nos hacen sentir que el sufrimiento forma parte de la vida, y que no tiene por qué destruir la esencia de quien lo padece: que es posible experimentar dolor y mantenerse fiel a uno mismo, no abandonar ese reino de la verdad, la bondad y la belleza que el autor nos presenta.

La mudez se erige como la metáfora última de la obra de Andersen. Es posible pensar, si así lo deseamos, en su malograda voz de

cantante, pero la simbología del no tener voz va mucho más allá de este hecho. Tanto la sirenita como Elisa, la muchacha protagonista de Los cisnes salvajes, renuncian a su voz por amor. O, lo que es lo mismo, para perseguir sus deseos más íntimos. La sirenita es una adolescente que desea conocer el mundo, ser una mujer. Elisa anhela salvar a sus hermanos de un encantamiento y poder regresar a su vida feliz junto a ellos. Ambas pagan muy cara su renuncia: es precisamente esa falta la que les impide expresarse, narrar lo que les ocurre, y lo que las lleva al borde la muerte. No poder hablar es una condena porque les impide contar su historia, y es en los relatos donde se esconde la verdad. Andersen construye su obra como una rebelión contra el silencio; tras haberse sentido rechazado y apartado, encuentra en la palabra un camino de salvación: la palabra que opera un encantamiento en los otros y que da sentido a sus deseos y emociones. Eso es lo que el escritor nos ofrece.

El animismo en los cuentos de Andersen

En un cuento que no aparece en esta selección, titulado La virgen de los ventisqueros, podemos leer la siguiente reflexión en un diálogo entre un gato y un niño:

—Vente conmigo al tejado —le había dicho el gato, en lenguaje perfectamente claro e inteligible; pues cuando se es niño y no se sabe hablar todavía, se entiende a los pollos y a los patos, a los gatos y a los perros; se les entiende con la misma claridad que al padre y a la madre; solo que hace falta ser muy pequeñín. Hasta el bastón del abuelo puede entonces relinchar y transformarse en caballo, con cabeza, patas y cola. Algunos niños tardan más que otros en perder esa facultad, y se dice de ellos que son muy atrasados, que su desarrollo es muy lento. ¡Tantas cosas se dicen!...

Este texto expresa con claridad la comunión entre el mundo de la infancia y el lenguaje de los animales, e incluso de las cosas inertes. Late en los cuentos de Andersen la posibilidad de la magia, de acercarse a lo que es completamente otro, de escuchar y ver aquello que permanece escondido.

La palabra animismo, que tiene que ver con el alma, designa la creencia en que todos los seres, animados o inanimados, poseen vida anímica propia. En la literatura infantil encontramos a menudo personificaciones de animales, como por ejemplo en las fábulas. Pero nuestro autor da un paso más allá.

Andersen posee una mirada hacia el mundo en la que nada es solo lo que parece. Y eso es precisamente lo que más acerca su obra a la infancia: no tanto los temas, la ingenuidad o la sencillez, sino una capacidad de asombro y una apertura a lo maravilloso que muchos adultos parecen haber perdido. Algunos de sus cuentos más

memorables, como El valiente soldadito de plomo, El abeto o El muñeco de nieve son protagonizados por seres inanimados que se acaban convirtiendo en personajes complejos, con una sorprendente actividad mental de tipo introspectivo. En palabras del crítico literario Harold Bloom: «Uno de los mayores y más sorprendentes regalos de Andersen es que sus historias se sitúan en un universo animista, donde no hay simples objetos. Cada árbol, arbusto, animal, artefacto, prenda de vestir, terrón de arcilla posee un alma angustiada, una voz, deseos sexuales, necesidad de reconocimiento, y terror ante la perspectiva de su aniquilación».

De este modo, Andersen amplía las fronteras de la realidad, pues la abre a una multiplicidad de puntos de vista que nos lleva a hacernos preguntas que hasta entonces habían permanecido ocultas: ¿Qué siente un árbol cuando lo talan? ¿Qué piensa el abeto cuando lo adornan con bolas de Navidad y después lo abandonan? ¿Cómo vive un muñeco de nieve la llegada del calor, el momento en que se derrite? ¿Qué les ocurre a los juguetes cuando se rompen, o simplemente al llegar el momento en que los niños dejan de jugar con ellos?

El escritor José María Merino afirma que Andersen es «la voz de las cosas», aquel que hace hablar «incluso a lo que no puede tener voz», en claro contraste con la mudez de algunos de sus personajes. Nuestro autor es capaz de jugar, de explorar terrenos que casi se acercan al surrealismo, pero también, o sobre todo, de adoptar perspectivas narrativas inauditas, siempre silenciadas, en su singular ejercicio de acercamiento a la realidad. En sus cuentos se desafían las leyes de la lógica y se alcanzan altas cotas de imaginación e introspección. Pues no es solo que los objetos cotidianos cobren vida, en el sentido de que se muevan o actúen, sino sobre todo que se convierten en seres pensantes, dotados de una conciencia sensible y a menudo trágica.

La voz de las cosas

El abeto, un personaje del reino vegetal, siente una intensa ansiedad por crecer y conocer el mundo. El lector asiste con angustia a su ingenuidad, puesto que es consciente del triste destino que le espera y que él, en su desconocimiento del mundo humano, no puede ni siquiera sospechar. Los sentimientos que el protagonista describe al inicio del relato son similares a los de un niño que imagina cómo será su futuro, lleno de idealización y de esperanza. Ve cómo se llevan a algunos árboles del bosque, y unos gorriones le cuentan que su destino es el de ser bellamente adornados en casas humanas.

Al abeto le sucede como a la sirenita: son dos criaturas cuya curiosidad las lleva a la perdición. El arbolito parece enloquecer de deseo. Cuando está todavía en el bosque, se pregunta, soñando con un maravilloso porvenir: «¿Será ese el destino que me espera? ¡Es aún mejor que ir por el mar! ¡Cómo me atormenta el deseo! ¡Ojalá fuera Navidad!». Más adelante, tras haber sido llevado a un hogar humano, se muestra turbado y entusiasta, sin entender nada de lo que ocurre a su alrededor: «Bueno, luego habrá algo aún mejor, aún más hermoso. Si no, ¿por qué habrían de adornarme? ¿Pero es que puede haber algo todavía más magnífico, todavía más espléndido? ¿Pero qué es? ¡Oh, cómo sufro, cómo ardo de deseo! ¡Ni yo mismo sé lo que me pasa!». El deseo y el sufrimiento son inseparables en el pensamiento de Andersen; el ser deseante se encuentra poseído por algo que no elige ni comprende, y que por tanto le domina sin remedio.

Algo similar le sucede al protagonista de El muñeco de nieve. Es un personaje inocente y trágico, que desconoce su naturaleza y ansía solo aquello que le va a destruir. Posee una extraña dignidad, como el abeto o el soldadito de plomo. Andersen deja a veces en sus cuentos pistas de los finales trágicos: imágenes o metáforas que son prefiguraciones de lo que va a ocurrir después. Así habla el muñeco de nieve al inicio de la historia:

—¡Qué cosquillitas siento dentro de mí con este frío tan estupendo que hace! —dijo el muñeco de nieve—. Con el viento te sientes vivo. ¡Y el abrasador ese, cómo abrasa! —se refería al sol, que estaba a punto de ocultarse—. ¡Pero no conseguirás ni que pestañee, aquí seguiré bien firme!

La forma en que se denomina al sol, «el abrasador», es una referencia velada a la estufa que aparecerá más tarde. Todo aquello que genera tibieza, calor, un entorno acogedor, es al mismo tiempo destructivo para el muñeco de nieve, que se cree con poder para influir mágicamente sobre la realidad:

El sol se ocultó, asomó la luna llena, redonda y grande, clara y bella en el cielo azul.

—Ahí está otra vez por otro lado —dijo el muñeco de nieve, que creía que era el sol, que asomaba de nuevo—. Le he quitado ese vicio de abrasar. Ahora puede quedarse ahí arriba dando luz para que yo pueda verme a mí mismo. ¡Si supiera qué he de hacer para poderme mover! Si pudiera, me gustaría patinar por el hielo como he visto que hacen los chicos. Pero no sé correr.

Esta escena provoca al mismo tiempo incredulidad y ternura en el lector. El muñeco de nieve parece tener un concepto de la realidad similar al de un niño muy pequeño, que aún no ha aprendido a caminar ni sabe cuáles son las leyes de la realidad. De algún modo, en su inocencia reside su encanto, al igual que ocurría con el abeto. Cuando descubre la estufa a través de la ventana reflexiona sobre el deseo y anhela por encima de todo poder acercarse a ella:

—¡Qué hormigueo tan extraño siento! —dijo—. ¿Nunca podré bajar hasta allí? Es un deseo inocente, y nuestros deseos inocentes seguro que se pueden realizar. Es mi mayor deseo, mi único deseo, y sería una injusticia no poder satisfacerlo. Tengo que entrar ahí, tengo que acercarme a ella aunque tenga que romper la ventana.

El deseo es descrito a través de la sensación física de hormigueo. Es decir, el muñeco de nieve no posee solo pensamientos o sentimientos, sino que también experimenta sensaciones identificables para nosotros. Además, el personaje proclama la hegemonía absoluta del deseo, de lo que él denomina un «deseo inocente», es decir, puro y sin dobleces, diáfano y encendido: la voluntad de satisfacerlo parece estar por encima de todo, incluso de la propia vida.

El final trágico del muñeco ocurre tras intensas cavilaciones y sin perder en ningún momento la compostura. Aparece una imagen de la materialidad del pensamiento «La noche fue muy larga, pero no para el muñeco de nieve enfrascado en sus hermosos pensamientos, que se congelaban y crujían». Una vez que el sol y la llegada de la primavera derriten al muñeco, queda al descubierto el raspador de estufa que llevaba en su interior: «—Ahora entiendo su añoranza —dijo el mastín—. El muñeco de nieve llevaba dentro un raspador de estufa, eso es lo que se movía dentro de él y eso es lo que ha quedado. ¡Guau, guau!». El deseo era en realidad añoranza. Andersen nos transmite que en realidad deseamos aquello que llevamos dentro y desconocemos acerca de nosotros mismos. Es lo mismo que le ocurrió al patito feo y su secreta añoranza por los cisnes al verlos volar.

El narrador en los cuentos de Andersen

Los cuentos de la tradición popular suelen poseer un narrador omnisciente y comenzar con fórmulas fijas, como «érase una vez…». Han heredado estas expresiones de la narración oral que les dio origen y de su transmisión de boca en boca a lo largo de los siglos. Andersen se inspira en buena medida en ellos, pero, tal como se ha visto, introduce también elementos temáticos y estilísticos de creación propia.

Uno de ellos es el lugar otorgado al lector en sus relatos. En muchas historias cobra gran importancia lo que está ocurriendo mientras se narra, y a veces la voz narrativa apela directamente al lector, involucrándolo directamente en la historia, abriéndole una puerta para que pase y se instale dentro del propio cuento. Es lo que ocurre al inicio de La reina de las nieves: «Bueno, empecemos. Cuando hayamos llegado al final del cuento sabremos más que ahora, porque había un trol malo, uno de los peores: era el demonio. Un día estaba de un humor de perlas porque había hecho un espejo que tenía la propiedad de que todo lo bueno y bello que se reflejaba en él desaparecía de inmediato y se quedaba prácticamente en nada, mientras que lo malo y feo resaltaba y se volvía aún peor». Se presenta el conflicto inicial de la historia y se promete al lector un conocimiento si continúa leyendo o escuchando. La voz del narrador es personal, y hace uso de la complicidad, el humor, el suspense o la repentina ocurrencia. Algo similar ocurre al comienzo de El ruiseñor: «Ya sabéis que en China el emperador es chino, y chinos son también todos los que están con él. De esta historia hace muchos años, pero precisamente por eso vale la pena oírla, pues podría olvidarse». A veces incluso se involucra a los niños y niñas que escuchan en el devenir de los personajes, como sucede al final de La sirenita, donde se afirma que cada vez que las hijas del aire encuentren a un niño bueno se reducirá su tiempo de espera para conseguir un alma inmortal.

En todo cuento hay un conflicto, algo que rompe la armonía inicial

y desencadena el relato. En Los cisnes salvajes el narrador afirma, tras haber presentado a la familia protagonista: «Sí, los niños lo pasaban muy bien, pero no podían seguir las cosas así para siempre». Late aquí la cuestión de qué supone creer y abandonar la niñez, a la que Andersen hace referencia una y otra vez a lo largo de su obra.

Pulgarcita, por su parte, concluye con una referencia directa al narrador que está contando la historia: «Allí tenía un nido pequeño en una ventana de la casa del hombre que cuenta cuentos; cantó para él su pío-pío, y gracias a ello nos enteramos de esta historia». El hombre que cuenta cuentos es sin duda Hans Christian Andersen, que utiliza el recurso de la historia dentro de la historia —o de las cajas chinas— para fantasear con la idea de que conoce sus cuentos gracias a su comunicación con los pájaros.

En un fragmento de El muñeco de nieve el guiño a los lectores trata de acercarlos a la comprensión de los sentimientos del protagonista:

Y el muñeco de nieve miró y, efectivamente, vio un objeto negro brillante con un cilindro de metal; el fuego brillaba por debajo. El muñeco se quedó extrañamente melancólico, tenía una sensación que ni él mismo era capaz de explicar. Le sucedía algo que él desconocía, pero que todos los seres humanos conocen, si no son muñecos de nieve.

La melancolía es un sentimiento que se relaciona con el duelo y la pérdida, pero se diferencia de la tristeza en que no tiene una causa clara. El diccionario de la Real Academia la define como «tristeza vaga, profunda, sosegada y permanente». El muñeco de nieve no es capaz de identificar lo que siente, pero el narrador lo nombra, y establece un pacto con el lector, pues le invita a imaginar señalando que lo que le sucede al muñeco todos los seres humanos lo conocen. Se pone el acento en la universalidad de las emociones, pero también en su carácter a veces difuso o complejo. Aún no sabemos a qué se debe la melancolía del muñeco: su forma particular de añoranza. El lector no lo descubrirá hasta el final del relato.

Los cuentos de Andersen no contienen moralejas ni enseñanzas explícitas, pero el narrador apela a menudo a las emociones más nobles y al sentido de la justicia de sus lectores. El lenguaje que utiliza es a la vez poético y sencillo, caracterizado por la emoción y la ternura, la levedad y la gravedad, la tristeza y la gracia, el carácter juguetón y la desdicha.

Personajes narradores

La narración, dentro de las propias historias, se reviste de cualidades muy especiales para captar la atención y robar el corazón de los oyentes. A veces son los propios personajes los que cuentan historias, emulando lo mejor de la tradición oral. El resultado es, en palabras de Ana María Matute, subyugador para quien escucha: «El cuento, dentro de sus cuentos, se reviste de unas propiedades casi mágicas. Aquellos que saben contar un cuento poseen una fascinación parecida a la música que amansa a las fieras. Algo transforma o resucita en quienes les escuchan. La muchacha ladrona, los ratoncillos que rodean al abeto, dirán (como tantos otros oyentes): Cuéntame otra vez…».

En efecto, muchos personajes de Andersen son, a su vez, narradores de cuentos. Sienten fascinación por contar y escuchar historias. En El abeto, cuando tras el día de Nochebuena el árbol es abandonado en el desván, se encuentra con un grupo de ratones a los que cuenta las historias que ha escuchado cuando estaba entre los niños. El hecho de relatarlas se convierte en su último consuelo, en el recuerdo más vívido de la plenitud perdida. Los ratones le escuchan embelesados durante un tiempo, admirando la cantidad de cosas bellas que ha conocido, pero después también desaparecen.

Las líneas finales de El abeto trazan un paralelismo entre el final del cuento y el final de la vida: «Ahora se había acabado todo, y el árbol se había acabado, y también el cuento. Acabado, acabado, como pasa con todos los cuentos». Este pensamiento tan sombrío cierra un relato en el que el lector sin embargo ha podido redescubrir la vida del abeto. Su voz se seguirá escuchando mientras haya personas que lean su historia.

Esta edición

Presentamos una selección de doce cuentos de Hans Christian Andersen, realizada siguiendo criterios de calidad y representatividad. Se han intentado recoger algunos de los relatos más significativos del autor, aquellos de los que muy probablemente cualquier lector haya oído hablar, y darles una nueva vida. Rescatar los cuentos originales en medio de un océano de adaptaciones y versiones audiovisuales permite devolver a cada uno de ellos la voz de Andersen: personal, reflexiva, cuidada, y por tanto también insustituible. Como lector, tendrás la oportunidad de descubrir la profundidad de personajes tan célebres como la sirenita o el patito feo.

Por otro lado, se han seleccionado otros cuentos no tan conocidos, atendiendo a su valor literario y simbólico. Los relatos han sido agrupados en tres secciones: «Cuentos de criaturas maravillosas», «Cuentos de princesas y emperadores», «Cuentos de invierno». Algunas de las historias podrían haber aparecido en dos o más de ellas, pues esta división no es una clasificación, sino tan solo una invitación a explorar las diferentes dimensiones y evocaciones del rico y amplio mundo literario de Andersen. Si después de la lectura deseas conocer otros cuentos de Andersen, este libro habrá cumplido su misión.

Cuentos

Cuentos de criaturas

maravillosas

EL PATITO FEO

El campo estaba precioso. ¡Era verano! El trigo estaba amarillo; la avena, verde; el heno estaba apilado en montones en el verde prado, donde paseaba la cigüeña sobre sus largas patas rojas hablando en egipcio, porque era la lengua que había aprendido de su madre. Rodeando los campos y los prados había grandes bosques, y en lo más profundo de los bosques, lagos. Sí, el campo estaba realmente precioso. Iluminada por el sol había una vieja granja con profundas acequias [1] , y entre el muro y el agua crecían grandes hojas de romaza [2] , tan altas que los niños pequeños podían ponerse de pie debajo de las mayores; la espesura era allí igual que en el más denso de los bosques, y allí había una pata tumbada en su nido. Estaba empollando a sus patitos, pero ya estaba bastante aburrida, porque tardaban mucho y casi nadie iba a visitarla. Los patos grandes preferían nadar por los canales antes que sentarse debajo de las romazas a charlar con ella.

Por fin se abrieron los huevos uno tras otro.

—¡Pío, pío! —dijeron; todas las yemas de huevo habían cobrado vida y asomaban la cabeza.

—¡Cuac, cuac! —dijo la pata, y los pollitos piaron todo lo fuerte que podían y miraron por todas partes debajo de las verdes hojas, y la madre los dejó mirar todo cuanto quisieran, porque el verde es bueno para los ojos.

—¡Qué grande es el mundo! —dijeron los pequeños, porque ahora tenían mucho más sitio que cuando estaban dentro del huevo.

—¡No vayáis a pensar que esto es todo el mundo! —dijo la madre —. Llega más allá del huerto, hasta el campo del cura, aunque yo nunca he estado allí. ¡Bueno, ya estáis todos aquí! —y se levantó—. ¡No, no están todos! Aún falta el huevo más grande. ¿Cuánto piensa tardar todavía? ¡Estoy harta! —y se volvió a acostar.

—Qué, ¿cómo va eso? —dijo una pata vieja que vino de visita.

—Hay un huevo que está tardando mucho —dijo la pata—. No se le abre el agujero. Pero vas a ver los demás, son los patos más lindos que he visto. Todos se parecen a su padre; menudo bribón, nunca viene a visitarme.

—Déjame ver el huevo que no se abre —dijo la vieja—. ¡Pero si es un huevo de pavo! También a mí me engañaron una vez y tuve muchos problemas con los pollitos, porque tienen miedo al agua, créeme. Yo graznaba y los empujaba, pero no había forma. ¡Déjame ver el huevo! Sí, es uno de pavo. Déjalo y llévate a los demás a nadar.

—Voy a empollarlo un poco más —dijo la pata—. Llevo tanto tiempo empollando, que podría seguir hasta la recogida del heno.

—Adiós —dijo la pata vieja. Y se fue.

Por fin se abrió el huevo grande.

—¡Pío, pío! —dijo el pollito al salir.

Era muy grande y feo. La pata lo miró.

—¡Es un patito enorme! —dijo—. No se parece a ninguno de los otros; ¿será un pollito de pavo? Bueno, pronto lo sabremos. Irá al agua aunque tenga que empujarlo yo misma.

Al día siguiente hacía un tiempo espléndido, el sol brillaba sobre las verdes romazas. La madre de los patitos apareció ante el canal con toda su familia: ¡Plas!, la pata saltó al agua.

—Cuac, cuac —dijo, y los patitos se zambulleron uno tras otro.

El agua les cubrió la cabeza, pero en seguida volvieron a salir y nadaron estupendamente. Las patitas se movían solas, y estaban todos, y hasta el pollo feo y gris estaba nadando con los demás.

—No, no es un pavo —dijo la madre—. Fijaos qué bien sabe usar las patitas, qué erguido se mantiene. ¡Ese pollito es mío! En el fondo es muy lindo si uno lo mira bien… Venid conmigo, os voy a llevar al

mundo y a presentaros en el corral. Pero id siempre a mi lado para que nadie os pise; yo me cuidaré del gato.

Y entraron en el corral, donde había un estrépito horrible porque había dos familias peleándose por una cabeza de anguila, con la que al final se quedó el gato.

—Ya veis, esto es lo que pasa en el mundo —dijo la madre pata relamiéndose el pico porque también a ella le apetecía la cabeza de anguila—. Usad las piernas —dijo—, procurad espabilaros e inclinad el cuello ante aquella pata vieja de allí, que es la más noble de todas. Es de sangre española, por eso está tan gorda, y fijaos que lleva una cinta roja en la pata. Es algo preciosísimo, y la mayor distinción que puede alcanzar un pato; todo el mundo quiere acercarse a ella, y la reconocen personas y animales. Graznad. No juntéis las piernas; un patito educado tiene que separar las piernas igual que mamá y papá. ¡Así! Ahora inclinad el cuello y decid cuac.

Y así lo hicieron, pero los otros patos que andaban por allí se quedaron mirándolos y dijeron en alta voz:

—¡Mirad! ¡Menuda chusma nos llega! ¡Como si no fuéramos ya bastantes! Puaj, qué pinta tiene ese patito; no hay quien lo aguante —y un pato fue hacia él y le dio un picotazo en el lomo.

—¡Déjalo en paz! —dijo la madre—. ¡No le ha hecho nada a nadie!

—Quizá, pero es demasiado grande y raro —dijo el pato que le había dado el picotazo—. Hay que darle una zurra.

—La señora tiene unos patos muy bonitos —dijo la pata vieja de la cinta en la pierna—. Todos son muy bonitos, menos ese; ese no salió nada bien. Preferiría que volviera a empollarlo.

—Eso no es posible, señoría —dijo la madre pata—. No será bonito, pero en el fondo tiene buen carácter y nada estupendamente, igual que cualquiera de los otros. Bueno, qué quiere que le diga. Supongo que cuando crezca se volverá más bonito o que con el tiempo no resultará tan grande. Ha pasado demasiado tiempo dentro del huevo, por eso no tiene la talla adecuada —y le acicaló las plumas y le aseó el cuello—. Además, es macho —dijo—, de modo que no

importa tanto. Espero que será fuerte y que sabrá abrirse camino.

—Los otros patitos son preciosos —dijo la vieja—. Consideraos en vuestra casa y buscadme una cabeza de anguila para regalármela.

Pero el pobre patito que había salido del huevo en último lugar y que era muy feo tuvo que aguantar picotazos, empellones y burlas, tanto de los patos como de las gallinas.

—¡Es demasiado grande! —decían todos.

Y el pavo, que había nacido con espolones [3] y por eso se creía un emperador, resopló y se infló como un barco a toda vela, se fue hacia él, hizo glu-glu, y la cabeza se le puso muy colorada. El pobre patito no sabía si quedarse o irse; estaba muy triste porque era feo y todo el corral se burlaba de él.

Así transcurrió el primer día, y después las cosas fueron cada vez peor; todos perseguían al pobre patito; hasta sus hermanos y hermanas lo maltrataban y decían:

—¡Solo el gato te querrá, bicho feo!

Y la madre decía:

—¡Ojalá no estuviera aquí!

Y los patos le daban picotazos, y las gallinas lo empujaban, y la chica que traía comida a los animales lo apartaba a puntapiés.

Entonces echó a correr y se fue volando al otro lado de la cerca. Los pajaritos de los arbustos se sobresaltaron: «¡Es por lo feo que soy!», pensó el patito, y cerró los ojos y se marchó. Llegó a la gran ciénaga [4] , donde vivían los patos salvajes. Allí pasó la noche, cansado y triste.

Por la mañana echaron a volar los patos salvajes y miraron a su nuevo compañero:

—¿Tú qué eres? —le preguntaron, y el patito miró a todos lados y saludó lo mejor que sabía.

—¡Pues mira que eres feo! —dijeron los patos silvestres—. Pero nos da igual con tal de que no te cases con nadie de nuestra familia.

¡Pobre! No se le ocurría ni pensar en casarse; lo único que osaba pedir era que le permitieran tumbarse entre los juncos y beber un poco de agua de la ciénaga.

Allí se pasó dos días enteros tumbado, y llegaron dos gansos salvajes. No hacía mucho tiempo que habían salido del huevo y eran muy decididos.

—Escucha, compañero —dijeron—, eres tan feo que nos gustas. ¿Quieres venir con nosotros y ser ave de paso [5] ? Aquí cerca, en otra ciénaga, hay unas gansas salvajes preciosas; todas son señoritas que dicen un cuac estupendo. Podrás tener éxito, con lo feo que eres…

—¡Pam, pam! —se oyó en ese mismo instante, y los dos gansos salvajes cayeron muertos entre los juncos, y el agua enrojeció con la sangre.

—¡Pim, pam! —volvió a oírse, y bandadas enteras de gansos salvajes alzaron el vuelo desde los juncos, y volvieron a sonar disparos.

Era una gran cacería; los cazadores estaban apostados por toda la ciénaga, y algunos incluso se habían instalado en las ramas de los árboles que se extendían por encima de los juncos. El humo azul surgía como pequeñas nubes entre los oscuros árboles y se quedaba flotando sobre el agua. Por entre el barro llegaron los perros de caza, chap, chap. Juncos y cañas se inclinaban a todos lados. El patito se asustó, dobló el cuello para esconder la cabeza bajo el ala, y en ese mismo instante apareció un perro enorme, con la lengua colgando hasta el cuello y los ojos brillando horriblemente feos. Acercó el hocico al patito, enseñó los afilados dientes… y chap, se marchó sin morderlo.

—¡Oh, Dios mío! —suspiró el patito—. ¡Soy tan feo, que ni los perros quieren morderme!

Y allí se quedó inmóvil, mientras las balas zumbaban entre los

juncos y sonaba un estampido tras otro.

Hasta bien entrado el día no volvió el silencio, pero el pobre patito no se atrevía aún a levantarse; esperó varias horas más antes de mirar a su alrededor y echar a correr para escapar de aquella ciénaga todo lo rápido que pudo. Corrió por campos y prados, pero soplaba el viento y no pudo alejarse mucho.

Al atardecer llegó a una pobre alquería [6] , tan miserable que ni siquiera sabía hacia qué lado derrumbarse: por eso seguía en pie. El viento zumbaba de tal modo, que el patito tuvo que apoyarse sobre su cola para poder tenerse en pie. Y la cosa empeoraba. Entonces se dio cuenta de que la puerta se había salido de uno de los goznes [7] y batía inclinada, y de que por la rendija podía entrar a la habitación sin ser visto. Y así lo hizo.

Allí vivía una mujer anciana con su gato y una gallina. Y el gato, al que llamaba Hijito, sabía arquear el lomo y ronronear, y también sabía echar chispas, aunque para eso había que acariciarlo a contrapelo. La gallina tenía unas patas muy pequeñas y flacas, y por eso se llamaba Quiriquí-Patascortas. Ponía buenos huevos, y la mujer la quería como si fuese su propia hija.

Por la mañana se dieron cuenta en seguida de que allí estaba el patito forastero, y el gato se puso a arquear el lomo y la gallina a cacarear.

—¡Qué cosa! —dijo la mujer, y miró, pero como no veía bien pensó que el patito era un pato gordo que se había perdido—. ¡Qué hallazgo tan curioso! —dijo—. Ahora podré tener huevos de pato, con tal de que no sea macho. ¡Ya veremos!

De modo que el patito fue admitido a prueba por tres semanas, pero no hubo huevos. Y el gato era el señor de la casa, y la gallina, la señora, y siempre decían:

—¡Nosotros y el mundo! —porque pensaban que eran la mitad del mundo, y además la mejor. El patito opinaba que alguien podría pensar otra cosa, pero la gallina no estaba nada de acuerdo.

—¿Sabes poner huevos? —preguntó.

—No.

—¡Bueno, pues calla la boca!

Y el gato dijo:

—¿Sabes arquear el lomo, ronronear y echar chispas?

—No.

—Pues entonces no digas nada y deja que hablen las personas sensatas.

Y el patito se sentó muy malhumorado en un rincón y empezó a pensar en el aire fresco y la luz del sol. Le entraron unas ganas enormes de nadar en el agua y al final no pudo resistir más y se lo dijo a la gallina.

—¿Pero qué te pasa? —preguntó la gallina—. Se te ocurren esas cosas porque no tienes nada que hacer. Pon huevos y ronronea, y se te pasará.

—¡Pero es tan delicioso nadar en el agua! —dijo el patito—. ¡Es tan delicioso meter la cabeza y zambullirse hasta el fondo!

—¡Pues menuda diversión! —dijo la gallina—. ¡Te has vuelto loco! Pregúntale al gato, que es el más listo que conozco, si le gusta nadar en el agua o zambullirse. Por no hablar de mí misma, vaya… Pregunta a nuestra ama, la anciana; no hay nadie más listo en todo el mundo. ¿Tú crees que a ella le apetece nadar y meter la cabeza debajo del agua?

—¡No me comprenden! —dijo el patito.

—Claro que no te comprendemos. ¿Quién iba a comprenderte? ¡No pretenderás ser más listo que el gato y la mujer, por no hablar de mí misma! ¡No te pongas tonto, niño, y da gracias a tu Creador por todas las cosas buenas que te han pasado! ¿No estás en una habitación calentita rodeado de gente que puede enseñarte mucho? ¡Eres tontísimo y no resulta nada divertido hablar contigo! ¡Créeme, solo quiero tu bien: uno conoce a los amigos porque le dicen cosas que le molestan! ¡Procura poner huevos y aprende a ronronear o a

echar chispas!

—Creo que me iré al ancho mundo —dijo el patito.

—Sí, vete —dijo la gallina.

Y el patito se fue, nadó por el agua, se zambulló, pero todos los animales lo despreciaban por su fealdad.

Llegó el otoño, las hojas de los árboles se volvieron amarillas y marrones, el viento las arrancó y las hizo bailar, y el cielo parecía frío. Las nubes colgaban pesadas de granizo y copos de nieve, y en las cercas graznaba el cuervo, ¡au, au!, de puro frío. Sí, uno se helaba solo de pensarlo. El pobre patito no lo pasó nada bien.

Una tarde, el sol se estaba poniendo con toda su belleza, y llegó una gran bandada de preciosos pájaros grandes que llegaban desde los arbustos. El patito no había visto nunca aves más hermosas: eran deslumbrantemente blancas, con largos cuellos flexibles. Eran cisnes y producían un sonido muy extraño. Extendieron sus largas y preciosas alas y se marcharon volando a países más cálidos, huyendo de los fríos prados, hacia mar abierto. Subieron alto, muy alto, y el patito feo sintió una extraña añoranza. Giró sobre el agua como una rueda, estiró el cuello hacia las aves, lanzó un grito tan fuerte y tan extraño, que hasta él mismo se asustó. Oh, no podía olvidar a aquellos preciosos pájaros, aquellos pájaros felices, y cuando los perdió de vista se zambulló hasta el fondo, y cuando volvió a emerger estaba como fuera de sí. No sabía cómo se llamaban aquellos pájaros, ni adónde volaban, pero los amaba como jamás había amado a nadie. No los envidiaba, porque, ¿cómo podría ni siquiera desear ser tan bello? ¡Pero se habría alegrado tanto si aquellos pájaros lo hubieran aceptado entre ellos!… ¡A él, un pobre animalucho feo!

Y ese invierno hizo muchísimo frío. El pato tenía que nadar sin parar por el agua para evitar que se helara. Pero el agujero en que nadaba se hacía más estrecho cada noche. Se congeló, y la costra de hielo crujía; el patito tenía que mover las patas constantemente para que no se cerrara el agujero. Al final se cansó, y se quedó quieto y helado, preso por el hielo.

Por la mañana temprano llegó un campesino, lo vio, fue y rompió con su zueco el hielo y se lo llevó a su casa para su mujer.

Lo reanimaron. Los niños querían jugar con él, pero el patito creía que lo que querían era hacerle daño, y echó a correr lleno de miedo, y tropezó con un cántaro de leche, y la leche se derramó por la habitación. La mujer gritó y levantó las manos al cielo, y el pato voló hasta la artesa [8] de mantequilla, bajó al barril de harina y volvió a subir. ¡Cómo acabó! La mujer gritó y lo golpeó con el atizador, y los niños corrieron alocados a coger al patito, riendo y gritando… Afortunadamente, la puerta estaba abierta y se marchó entre los arbustos, caminó por la nieve recién caída… y allí quedó como aletargado.

Pero sería demasiado triste contar todas las penalidades y sufrimientos que hubo de padecer aquel duro invierno… Estaba tumbado en la ciénaga, entre los juncos, cuando el sol volvió a calentar. Las alondras cantaban… Era una primavera preciosa.

Entonces extendió sus alas, que zumbaron más fuerte que antes y se lo llevaron de allí. Y antes de que se diera cuenta estaba en un parque donde florecían los manzanos, donde exhalaban su aroma las lilas que colgaban de las largas ramas verdes y casi llegaban hasta los rebosantes canalillos. ¡Oh, qué lugar tan precioso, tan refrescante! Y justo delante, en medio de la maleza, llegaron tres preciosos cisnes blancos. Las plumas zumbaron, y los pájaros alzaron el vuelo ágilmente por encima del agua. El patito reconoció a los preciosos animales y se vio dominado por una extraña añoranza [9] .

—Volaré hacia esos pájaros majestuosos. Me destrozarán con sus picos, porque yo, que soy tan feo, tengo la osadía de acercarme a ellos. ¡Pero no importa! Prefiero que me maten a ser picoteado por los patos, empujado por las gallinas, pateado por la muchacha que cuida el corral, y padecer durante el invierno.

Y echó a volar hacia el estanque y nadó hacia los preciosos cisnes, que lo miraron y agitaron sus plumas.

—¡Matadme! —dijo el pobre animal, e inclinó la cabeza sobre el agua esperando la muerte… Pero, ¿qué vio en el agua transparente?

Vio debajo de él su propio reflejo, pero ya no era un desmañado pájaro grisáceo, feo y desgarbado. ¡Él también era un cisne!

¡Nada importa nacer en un gallinero cuando se sale de un huevo de cisne!

Se alegró entonces por todas las desgracias y desventuras que había tenido que padecer, pues ahora estimaba en su justo valor su felicidad, la belleza de que gozaba [10] . Y los grandes cisnes nadaron a su alrededor y lo acariciaron con el pico.

Llegaron al parque unos niños que tiraron pan y trigo al agua, y el más pequeño gritó:

—¡Hay uno nuevo!

Y los otros niños gritaron de alegría:

—¡Sí, ha llegado uno nuevo! —y dieron palmadas y bailaron al corro, fueron a buscar a sus padres y tiraron pan y galletas al agua, y todos dijeron:

—¡El nuevo es el más bonito! ¡Tan joven y tan precioso! —y los cisnes viejos asintieron con la cabeza.

Entonces se sintió muy avergonzado y escondió la cabeza entre las alas sin saber por qué. Era muy feliz, pero no era orgulloso, pues un buen corazón nunca es orgulloso. Pensó en cómo lo habían perseguido y hostigado, y cómo oía ahora a todos decir que era el más bonito de todos aquellos preciosos pájaros. Y las lilas se inclinaron con sus ramas hacia él, y el sol brilló caliente y bello, y él agitó sus plumas, el flexible cuello se irguió y su corazón gritó de alegría:

—¡Jamás soñé tanta felicidad cuando no era más que un patito feo!

1 acequia: canal que conduce las aguas para el riego.

2 romaza: hierba de hoja perenne.

3 espolón: crecimiento del hueso en forma de cuerno que tienen los pavos en las patas.

4 ciénaga: paraje pantanoso.

5 ave de paso: ave que, siendo migratoria, se detiene en una localidad solamente el tiempo necesario para descansar y comer durante sus viajes periódicos.

6 alquería: finca agrícola.

7 gozne: bisagra que sirve para abrir y cerrar la puerta.

8 artesa: cajón de madera en que se guarda la mantequilla u otros alimentos.

9 La añoranza hace referencia al encuentro que había tenido durante el invierno con los cisnes, que lo habían cautivado.

10 El sufrimiento pasado le hacía valorar aún más la felicidad del presente.

LOS CISNES SALVAJES

Muy lejos de aquí, en el país adonde se van volando los cisnes cuando a nosotros nos llega el invierno, vivía un rey que tenía once hijos y una hija, Elisa. Los once hermanos, que eran príncipes, iban a la escuela con medallas en el pecho y sable al costado, escribían en pizarras de oro con punzones de diamante y aprendían muy bien y se sabían las cosas de memoria: se veía en seguida que eran príncipes. Elisa se sentaba en un pequeño taburete de espejos y tenía un libro ilustrado que costaba la mitad del reino.

Sí, los niños lo pasaban muy bien, pero no podían seguir las cosas así para siempre [11] .

Su padre, que era rey de todo el país, se casó con una reina mala, que no se portaba bien con los pobres niños; lo notaron desde el primer día. El palacio era un sitio estupendo, y los niños jugaban a que llegaban forasteros. Pero en lugar de darles pasteles y manzanas, que tenían dinero suficiente para permitírselo, la reina no les daba más que arena en una taza de té, y les decía que hicieran como si fuera algo mejor.

A la semana siguiente envió a la pequeña Elisa al campo, a casa de unos campesinos, y poco después le contó al rey tales cosas sobre los pobres príncipes, que el rey perdió todo interés por ellos.

—¡Id volando por el mundo y ocupaos de vosotros mismos! —dijo la mala reina—. Volad como grandes pájaros sin voz.

Pero hasta semejante maldad no consiguió llegar la reina, y se convirtieron en once preciosos cisnes salvajes. Dando un extraño grito salieron volando por las ventanas del palacio y atravesaron el parque y el bosque.

Era aún de madrugada cuando pasaron sobre el lugar donde estaba su hermana Elisa durmiendo en una habitación de la alquería [12] . Revolotearon por encima del tejado doblando sus largos cuellos y

aleteando, pero nadie los oyó ni los vio. Tuvieron que marcharse hacia las altas nubes, muy lejos, hacia el ancho mundo, y llegaron volando a un gran bosque oscuro que se extendía hasta la playa.

La pobrecita Elisa estaba en su habitación de la alquería jugando con una hoja verde, pues no tenía otro juguete. Hizo un agujerito en la hoja y miró por él al sol, y fue como si estuviera viendo los claros ojos de sus hermanos, y cada vez que los cálidos rayos de sol brillaban sobre sus mejillas pensaba en todos los besos que le daban sus hermanos.

Un día transcurría idéntico al anterior. Cuando el viento soplaba entre los grandes rosales que había delante de la casa, les susurraba: «¿Quién puede haber más bella que vosotras?», pero las rosas agitaban la cabeza y decían: «¡Elisa!». Y cuando la anciana estaba sentada a la puerta el domingo, leyendo su devocionario, el viento levantaba las páginas y le decía al libro: «¿Quién puede haber más piadoso que tú?». «¡Elisa!», decía el devocionario, y lo que decían las rosas y el devocionario era verdad.

Al cumplir los quince años debía volver a casa, pero, al ver lo bella que era, la reina se enfadó y se llenó de odio. Habría querido transformarla en cisne salvaje como a sus hermanos, pero por el momento no se atrevía, ya que el rey quería ver a su hija.

De madrugada, la reina entró en el baño, que estaba construido de mármol y adornado con mullidos algodones y magníficas alfombras, cogió tres sapos, los besó y le dijo a uno de ellos:

—Ponte sobre la cabeza de Elisa cuando venga a bañarse, para que se vuelva perezosa como tú. Colócate sobre su frente —le dijo al segundo—, para que se vuelva fea como tú y su padre no la reconozca. Ponte sobre su corazón —le susurró al tercero— y emponzoña su espíritu para que sufra.

Luego echó los sapos al agua clara, que en seguida adquirió un color verduzco, llamó a Elisa, la desvistió y la hizo entrar en el agua; cuando estaba dentro del agua uno de los sapos se posó sobre su pelo, el otro en su frente y el tercero sobre su pecho, pero Elisa pareció no darse cuenta. En cuanto se levantó cayeron al agua tres amapolas. Si los sapos no hubieran sido ponzoñosos y no los

hubiera besado la bruja, se habrían transformado en rosas rojas, pero por lo menos se convirtieron en flores después de haber estado encima de la cabeza y el corazón de Elisa, que era demasiado piadosa e inocente para que la brujería tuviera poder sobre ella.

Cuando la mala reina la vio, la frotó con zumo de nuez y la dejó toda de color pardo, le restregó el hermoso rostro con una pomada maloliente y le ensució los preciosos cabellos. Era imposible reconocer a la bella Elisa.

Por eso, cuando su padre la vio, se llevó una gran sorpresa y dijo que aquella no era su hija. No la reconoció nadie, excepto el perro y los cisnes, pero no eran más que unos pobres animales y no tenían nada que decir.

La pobre Elisa se echó a llorar y pensó en sus once hermanos que habían desaparecido. Entristecida, se escabulló del palacio, caminó todo el día por campos y pantanos hasta que llegó al gran bosque. No tenía ni idea de adónde ir, pero sentía tanta pena por sus hermanos y los echaba tanto de menos, que decidió ir a buscarlos, porque estaba segura de que los habían arrojado al ancho mundo igual que a ella.

Llevaba aún poco rato en el bosque cuando cayó la noche. Estaba lejos de caminos y veredas. Se tumbó sobre el blando musgo, rezó sus oraciones y apoyó la cabeza sobre un tocón [13] . Todo estaba en paz. El aire era suave, y a su alrededor, entre la hierba y el musgo, brillaban como fuegos verdes más de cien luciérnagas. Cuando rozó suavemente con la mano una de las ramas, los luminosos insectos cayeron sobre ella como estrellas fugaces.

Toda la noche estuvo soñando con sus hermanos. Eran otra vez niños que jugaban, que escribían con punzones de diamante sobre pizarras de oro y que miraban el más bello libro de estampas, que había costado la mitad del reino. Pero en la pizarra no escribían como antes solo ceros y palotes, no; escribían las hazañas más intrépidas que habían realizado, todo lo que habían visto y vivido. Y en el libro de estampas todo estaba vivo, los pájaros trinaban y las personas salían del libro y hablaban con Elisa y sus hermanos, pero al volver la página regresaban a su lugar porque no debían confundirse de ilustración.

Cuando despertó, el sol estaba ya muy alto; no podía verlo, pues los altos árboles extendían sus ramas formando una densa espesura, pero los rayos formaban un abanico ondulante de oro sobre el suelo. Las ramas exhalaban aromas, y los pájaros casi se le posaban en los hombros. Oyó un chapoteo de agua; había muchos manantiales que vertían en un estanque con precioso fondo de arena. A su alrededor crecían espesos arbustos, pero había un gran claro que habían abierto los ciervos, y por él pudo llegar Elisa hasta el agua, que era tan clara que, si el viento no hubiera movido las ramas y los arbustos, la niña habría creído que estaban pintados en el fondo: tan claramente se reflejaba cada hoja. Brillaba el sol y había sombras.

Al verse la cara se llevó un susto horrible, por lo oscura y fea que estaba, pero, en cuanto humedeció su manita y se frotó los ojos y la frente, volvió a brillar su blanca piel. Se despojó entonces de todas sus ropas y se metió en el agua fresca: en todo el mundo no se habría podido hallar una princesita más bella.

Cuando volvió a vestirse y se peinó sus largos cabellos, fue al espumeante manantial, bebió en el hueco de su mano y siguió caminando por el bosque, sin saber adónde se dirigía. Pensaba en sus hermanos, pensaba en Dios, que seguramente no la abandonaría. Él, que hacía crecer los manzanos silvestres del bosque para alimentar al hambriento, le indicó uno de aquellos árboles; las ramas se curvaban cargadas de fruta, y allí comió, se refugió bajo sus ramas y continuó después hacia la parte más sombría del bosque. El silencio era tan grande que se oían sus propios pasos, oía crujir bajo sus pies las hojas secas. No se veía ni un pájaro, ni un rayo de sol podía atravesar las grandes y apretadas ramas de los árboles. Los altos troncos estaban tan cerca unos de otros que parecía como si estuviera rodeada por una empalizada. ¡Oh, jamás había sentido una soledad como aquella!

La noche se hizo oscura. No brillaba ni una sola luciérnaga entre el musgo; entristecida, se acostó a dormir. Le pareció entonces que las ramas de los árboles se apartaban por encima de ella y que la miraban los dulces ojos de Nuestro Señor, sobre cuya cabeza y brazos revoloteaban pequeños angelitos.

Cuando despertó al amanecer, no sabía si había sido un sueño o si

realmente lo había visto. Avanzó algunos pasos y se encontró con una anciana que llevaba un cesto de bayas del bosque. La anciana le dio algunas, y Elisa le preguntó si había visto a once príncipes atravesar el bosque a caballo.

—No —dijo la anciana—, pero ayer vi once cisnes con coronas de oro en la cabeza; bajaron nadando por un río que hay cerca de aquí.

Y condujo a Elisa un trecho hasta una escarpa debajo de la cual se curvaba un río. Los árboles de las orillas alargaban sus largas ramas llenas de hojas los unos hacia los otros, y cuando su crecimiento natural les impedía entrelazarse, arrancando del suelo sus raíces y echándolas encima del agua, enlazaban sus ramas.

Elisa dijo adiós a la anciana y continuó siguiendo el río, hasta donde este desembocaba en una gran playa abierta.

El majestuoso mar se extendía entero ante la muchachita, pero no se veía ni una vela, no se vislumbraba ni un barco en el que poder continuar su viaje. Contempló las incontables piedrecitas de la orilla. El agua las había hecho redondas con su constante roce. Cristal, hierro, piedras, todo lo que por allí yacía desperdigado debía al agua sus formas, aunque el agua era más suave que la delicada mano de la muchacha. «Rueda sin cansarse y así consigue ablandar lo más duro; yo también seré incansable como el mar. ¡Gracias por vuestras enseñanzas, claras olas que rodáis sin deteneros! Un día, el corazón me lo dice, me llevaréis junto a mis queridos hermanos».

Sobre las algas arrojadas a la orilla había once plumas blancas de cisne. Las juntó en un ramillete. Tenían gotas de agua, nadie podría decir si era el rocío o eran lágrimas. La playa estaba solitaria, pero la muchachita ni se dio cuenta, pues el mar cambiaba constantemente; sí, en pocas horas cambiaba más de lo que puede cambiar en todo un año el más claro lago interior. Cuando se acercaba una gran nube negra, era como si el mar quisiera decir: «Yo también puedo parecer oscuro», y entonces soplaba el viento y las olas se coronaban de blanco; pero, si las nubes brillaban rojas y el viento dormía, el mar era un pétalo de rosa. Era verde, luego blanco, pero por muy quieto que estuviera siempre había en la orilla algún suave movimiento: el agua se alzaba lentamente, como

el pecho de un niño dormido.

Cuando el sol se estaba poniendo, Elisa vio once cisnes salvajes con coronas de oro en la cabeza que volaban hacia la costa: iban uno detrás de otro y parecían una larga cinta blanca. Elisa se puso de pie en la escarpa y se ocultó detrás de un arbusto. Los cisnes se posaron a su lado agitando sus grandes alas blancas.

Cuando el sol se hundió bajo el agua, desaparecieron de pronto las figuras de cisne y aparecieron once apuestos príncipes, los hermanos de Elisa. La muchachita soltó un agudo grito, porque, a pesar de que habían cambiado mucho, ella los reconoció, comprendió que tenían que ser ellos. Y se abalanzó a sus brazos, los llamó por sus nombres y ellos se sintieron felices al ver a su hermanita y reconocerla. Ahora era grande y bonita. Rieron y lloraron, y pronto se dieron cuenta cabal de lo mala que había sido con ellos su madrastra.

—Mis hermanos y yo —dijo el mayor— volamos como cisnes salvajes mientras el sol está en el cielo. En cuanto se oculta, recobramos nuestra forma humana; por eso cuando se pone el sol hemos de tener cuidado para poder apoyar los pies, pues si estamos volando entre las nubes caemos, como personas que somos, al vacío. No vivimos aquí; al otro lado del mar hay un país tan bello como este, pero el camino es largo, tenemos que cruzar el gran mar y no hay en todo el camino una sola isla en que poder pasar la noche, excepto un pequeño arrecife que descolla [14] en medio del agua. Apenas tiene tamaño suficiente para que podamos descansar en él muy apretados, y cuando hay mar fuerte el agua salta por encima de nosotros. Pero le damos gracias a Dios porque está allí. Pasamos la noche allí en forma humana, y sin el arrecife nunca podríamos visitar nuestra amada patria, pues para nuestro vuelo necesitamos dos de los días más largos del año. Solo una vez al año podemos visitar el hogar de nuestros padres; podemos permanecer aquí once días, volar sobre el gran bosque desde el que podemos ver el palacio donde nacimos y donde vive nuestro padre, contemplar las altas torres de la iglesia donde está enterrada mamá. Aquí sentimos que los árboles y los arbustos son nuestros parientes, aquí corren los caballos salvajes por los prados que conocimos en nuestra infancia, aquí canta el pájaro carbonero las antiguas canciones que

bailábamos con los campesinos, aquí está nuestra patria; necesitamos venir aquí, y aquí te hemos encontrado a ti, querida hermanita. Dos días más podremos permanecer en este lugar; después tendremos que irnos por el mar hasta un país muy bello, pero que no es nuestra patria. ¿Cómo podrías acompañarnos? ¡No tenemos bote ni barco!

—¿Cómo podría yo liberaros? —dijo la hermana.

Se pasaron casi toda la noche charlando y solo dormitaron unas horas.

Elisa despertó con el ruido de los cisnes. Los hermanos habían vuelto a transformarse y volaban haciendo grandes círculos y por fin se alejaron, pero uno de ellos, el más joven, quedó atrás. El cisne puso la cabeza en el regazo de su hermana y ella le acarició sus blancas alas; pasaron juntos todo el día. Al atardecer regresaron los otros y al ponerse el sol volvieron a su forma normal.

—Mañana nos iremos, no podremos volver hasta que haya transcurrido un año entero, pero no podemos abandonarte. ¿Tendrás valor para acompañarnos? Si mi brazo es suficientemente fuerte para llevarte a través del bosque, ¿por qué no íbamos a tener todos alas suficientemente fuertes para llevarte a través del mar?

—Sí, llevadme con vosotros —dijo Elisa.

Pasaron la noche tejiendo una red con flexibles cortezas de sauce y recios juncos, y la hicieron grande y fuerte. En ella se acostó Elisa, y cuando salió el sol y los hermanos se transformaron en cisnes salvajes, cogieron la red con el pico y volaron hacia las nubes con su querida hermana, que seguía durmiendo. Como los rayos del sol caían directamente sobre su rostro, uno de los cisnes volaba por encima de su cabeza, a fin de que sus amplias alas le dieran sombra.

Estaban muy lejos de tierra cuando Elisa despertó. Creyó que seguía soñando: tan extraño le pareció verse transportada sobre el mar, muy alto, en el cielo. A su lado había una rama con deliciosas bayas maduras y un manojo de sabrosas raíces; las había recogido el más joven de los hermanos y se las había puesto allí, y la hermanita le sonrió agradecida, porque reconoció que el que volaba por encima

de su cabeza para darle sombra era él.

Iban tan alto que el primer barco que vieron bajo ellos parecía una blanca gaviota sobre el agua. Detrás de ellos había una gran nube, una auténtica montaña, y en ella vio Elisa su propia sombra y la de los once cisnes volando majestuosamente. Era el cuadro más bello que nadie había visto jamás. Pero, según el sol iba subiendo más y más y la nube iba quedando cada vez más lejos, el oscilante cuadro de sombras desapareció.

Pasaron todo el día volando como una silbante flecha por el cielo, pero esta vez iban más despacio que las otras, pues ahora tenían que llevar a su hermana. Se desató una tormenta, la noche se aproximaba. Elisa vio angustiada que el sol empezaba a ponerse y que aún no se veía el solitario arrecife en medio del mar. Notó que los cisnes aleteaban con fuerza. ¡Ay! Ella era la culpable de que no pudieran viajar con suficiente rapidez. En cuanto el sol se hubiera puesto se convertirían en seres humanos, se precipitarían sobre el mar y se ahogarían. Entonces rezó desde lo más profundo de su corazón a Nuestro Señor, pero siguió sin ver el arrecife. La negra nube se acercaba, el fuerte viento presagiaba tempestad, las nubes formaban una única ola inmensa que parecía casi de plomo, y los relámpagos brillaban uno tras otro.

El sol estaba casi sobre el horizonte. El corazón de Elisa dio un vuelco. Los cisnes se lanzaron hacia abajo tan deprisa que ella pensó que estaban cayendo; pero volvieron a volar. El sol estaba ya medio metido en el agua, y entonces, allá abajo, pudo ver el pequeño arrecife, que no parecía mayor que una foca asomando la cabeza por la superficie del agua. El sol se hundía muy deprisa, ya no era más que una estrella, y entonces el pie de Elisa tocó tierra firme. El sol se apagó como la última llama de un papel encendido. Vio en torno suyo a sus hermanos, cogidos del brazo, y entre todos ocupaban todo el espacio existente. El mar golpeaba el arrecife y caía sobre ellos como lluvia; el cielo brillaba con llameante rojo, y los truenos retumbaban sin interrupción. Pero la hermana y los hermanos se cogieron de las manos y cantaron un salmo, lo que les dio consuelo y ánimo.

Al amanecer, el aire estaba limpio y calmo. En cuanto salió el sol, los cisnes alzaron el vuelo con Elisa para seguir atravesando el mar.

El mar estaba aún agitado, parecía elevarse muy arriba por el aire, como si la blanca espuma que se alzaba sobre el verde mar fuera millones de cisnes que volaban sobre el agua.

Cuando el sol subió más alto, Elisa vio ante ella, medio flotando en el aire, un país montañoso con brillantes glaciares encima de las montañas, y en medio de todos se erguía un palacio gigantesco con osadas columnatas superpuestas. Por debajo se ondulaban bosques de palmeras y bellas flores del tamaño de ruedas de molino. Preguntó si era aquel el país adonde iban, pero los cisnes agitaron la cabeza, porque lo que estaba viendo era el maravilloso palacio de las nubes, siempre cambiante, de Fata Morgana [15] . Ninguna persona podía llegar allí. Elisa miró atentamente y los montes, los bosques y el palacio se derrumbaron, y en su lugar se alzaban veinte orgullosas iglesias, todas iguales, con elevadas torres y ventanas apuntadas. Creyó oír el sonido del órgano, pero lo que se oía era el mar. Estaban ya muy cerca de las iglesias, cuando estas se convirtieron en una gran armada que navegaba por debajo de ellos. Miró hacia abajo y no era otra cosa que la bruma que se deslizaba sobre el mar. Sí, ante sus ojos se mostraba un cambio constante, y por fin vio el auténtico país al que se dirigían; en él se alzaban las preciosas montañas azules con bosques de cedros, pueblos y palacios. Mucho antes de que se pusiera el sol estaba en la montaña, ante una gran caverna cubierta de delicadas plantas trepadoras verdes, que parecían tapices bordados.

—¡Veremos qué sueñas esta noche! —dijo el hermano menor, indicándole su dormitorio.

—¡Ojalá soñara con una forma de liberaros! —dijo ella.

La idea no dejó de rondarle por la cabeza, y rezó devotamente a Dios para que le concediera Su ayuda; sí, hasta dormida continuó rezando. Entonces sintió que iba volando por el aire, que llegaba al palacio de Fata Morgana, y el hada avanzaba hacia ella; era bella y luminosa, aunque se parecía muchísimo a la anciana que le había regalado unas bayas en el bosque y le había hablado de los cisnes con coronas de oro en la cabeza.

—¡Tus hermanos pueden ser liberados! —dijo el hada—. Pero, ¿tendrás suficiente valor y perseverancia? Ciertamente el mar es

más suave que tus manos, pero puede dar forma a las duras piedras, aunque no siente el dolor que tus dedos sí sentirán. No tiene corazón, no siente la angustia y el dolor que tú tendrás que padecer. ¿Ves esta ortiga que tengo en la mano? De esta misma especie crecen muchas en la caverna donde duermes. Solo estas y las que crecen entre las tumbas del cementerio te servirán, fíjate bien. Deberás recogerlas, aunque te quemen la piel hasta hacerte ampollas. Machacándolas con los pies tendrás lino, con él trenzarás once cotas [16] de malla de mangas largas, las pondrás sobre los once cisnes silvestres y se romperá el hechizo. Pero, recuérdalo bien, desde el momento en que empieces el trabajo, y hasta que lo hayas concluido, no podrás hablar. La primera palabra que digas entrará en los corazones de tus hermanos como una daga asesina. De tu lengua dependen sus vidas. ¡Recuerda bien todo lo que te he dicho!

Y entonces Elisa tocó la ortiga con la mano. Fue como si hubiera tocado un ardiente fuego, y se despertó. Era ya pleno día y muy cerca de donde había estado durmiendo había una ortiga como la que había visto en sueños. Se hincó de rodillas, dio gracias a Nuestro Señor y salió de la cueva para empezar su trabajo.

Con sus delicadas manos cogió las feas ortigas, que ardían como el fuego. Le produjeron grandes ampollas en las manos y en los brazos, pero ella sufría con gusto porque así podría liberar a sus amados hermanos. Aplastó las ortigas con sus pies descalzos y trenzó el verde lino.

Cuando se puso el sol, llegaron sus hermanos, que se quedaron horrorizados al encontrarla muda. Creyeron que era una nueva brujería de la perversa madrastra; pero, al verle las manos, comprendieron que lo hacía por ellos, y el hermano menor se puso a llorar, y donde caían sus lágrimas Elisa dejaba de sentir dolor y desaparecían las ardientes ampollas.

Pasó la noche dedicada a su trabajo, porque no podía descansar hasta que hubiera liberado a sus queridos hermanos. Todo el día siguiente, mientras los cisnes estaban fuera, lo pasó sentada en soledad, pero el tiempo nunca había transcurrido tan deprisa. Ya estaba lista una cota de malla, y empezó la siguiente.

Entonces sonaron trompas de caza en la montaña. Se asustó mucho.

El sonido se acercaba. Oyó ladrar los perros. Atemorizada, se ocultó en la cueva, entre las ortigas que había recogido en un montón, y se sentó encima de ellas.

Entonces apareció un gran perro entre la maleza, y luego otro, y otro más. Ladraban violentamente, corrían de un lado a otro. Pocos minutos después todos los cazadores estaban delante de la cueva, y el más apuesto de ellos era el rey del país, que avanzó hacia Elisa; nunca había visto una muchacha más bella.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, preciosa niña? —le dijo.

Elisa sacudió la cabeza; no se atrevió a hablar, pues de ello dependían la libertad y las vidas de sus hermanos. Y ocultó sus manos bajo el delantal para que el rey no viera cuánto había sufrido.

—¡Acompáñame! —dijo el rey—. ¡No puedes quedarte aquí! Si eres tan buena como bella, te vestiré de seda y de terciopelo, te pondré una corona de oro en la cabeza y vivirás en el más lujoso de mis palacios.

La levantó y la puso sobre su caballo. Ella lloró y se retorció las manos, pero el rey dijo:

—¡Solo quiero tu felicidad! ¡Algún día me lo agradecerás!

Y se fue monte adelante con la muchacha sentada en el caballo delante de él, y los demás cazadores los siguieron.

Cuando el sol se ocultó, llegaron a la magnífica ciudad del rey, con iglesias y cúpulas. El rey la condujo a su palacio, donde se oía el chapoteo de grandes fuentes en las elevadas salas de mármol. El techo y las paredes estaban adornados con pinturas, pero ella no las contempló; lloraba y sufría. Sin oponer resistencia dejó que las mujeres le trajeran vestidos principescos, que trenzaran perlas en sus cabellos y pusieran suaves guantes en sus manos abrasadas.

Así ataviada, estaba tan deslumbrantemente bella, que la corte entera se inclinó ante ella, y el rey la eligió como novia, aunque el arzobispo agitó la cabeza y musitó que la bella muchacha del

bosque debía de ser bruja, que había deslumbrado los ojos del rey y le había hechizado el corazón.

Pero el rey no lo escuchó. Mandó que sonara la música, que trajeran los más exquisitos manjares, que las más hermosas muchachas danzaran alrededor de ella y que la llevaran al majestuoso salón por los aromáticos jardines. Pero ni una sonrisa se dibujó en sus labios o en sus ojos: la pena seguía allí como herencia eterna. El rey abrió entonces una camareta, que sería su dormitorio; estaba decorada con costosas alfombras verdes y recordaba muchísimo a la cueva donde había vivido. En el suelo estaba el montón de lino que había tejido con ortigas, y del techo colgaba la cota de malla que había terminado de tejer. Uno de los cazadores lo había traído todo, como una curiosidad.

—¡Aquí podrás volver a soñar con tu hogar de antaño! —dijo el rey —. Aquí está la labor a la que te dedicabas. Ahora, en medio de todo tu esplendor, te distraerá pensar en los viejos tiempos.

Cuando Elisa vio todas aquellas cosas que tanto significaban para ella, una sonrisa se dibujó en sus labios, y la sangre le volvió a las mejillas. Pensó en la libertad de sus hermanos, besó la mano del rey y él la apretó contra su corazón y ordenó que las campanas de las iglesias anunciaran los esponsales. La preciosa muchachita muda del bosque sería la reina del país.

El arzobispo susurró malas palabras a los oídos del rey, pero no le llegaron al corazón; la boda tendría lugar, y el arzobispo en persona tendría que ponerle a ella la corona en la cabeza. El arzobispo, furioso, se clavó su fino anillo en la frente hasta hacerse daño. Pero peor era el anillo que había en el corazón de la muchacha, la pena por sus hermanos; el dolor del cuerpo ni siquiera lo notaba. Su boca estaba muda, pues una sola palabra bastaría para arrancar la vida de sus hermanos, pero en sus ojos se leía un profundo amor hacia el apuesto y bondadoso rey que hacía todo lo posible por alegrarla. Cada vez fue haciéndose más suya de todo corazón, cada día se portaba mejor con él. ¡Oh, si pudiera confiarse a él, contarle su sufrimiento! Pero tenía que seguir muda, muda tendría que completar su obra. Por la noche se escabullía del lado del rey, entraba en la camareta que habían decorado igual que la cueva y tejía una cota de malla tras otra. Pero, cuando empezó la séptima,

se quedó sin lino.

Sabía que en el cementerio crecían las ortigas que debía utilizar, pero tenía que recogerlas ella misma. ¿Cómo llegar hasta allí?

«¡Oh, qué es el dolor de mis manos comparado con el suplicio que padece mi corazón! —pensó—. ¡Tengo que atreverme a ir! Nuestro Señor no me quitará las manos».

Con la angustia en el corazón por la tarea que tenía que llevar a cabo, se escabulló hacia el jardín una noche de luna, atravesó las largas avenidas, salió a las solitarias calles y llegó al cementerio. Allí vio que junto a una de las mayores tumbas había un corro de lamias [17] , brujas horribles. Se quitaron sus andrajos como si fueran a bañarse y escarbaron con sus largos y flacos dedos en la tumba reciente, sacaron el cadáver y se comieron su carne. Elisa tenía que pasar muy cerca de ellas, y la descubrieron. Pero dijo sus oraciones, recogió las ardientes ortigas y se las llevó al palacio.

Solo una persona la había visto, el arzobispo, que estaba levantado mientras los demás dormían. Elisa sabía bien lo que quería el arzobispo: impedir que llegara a ser reina, porque era una bruja que había hechizado al rey y a todo el pueblo.

En el confesionario, le dijo al rey lo que había visto y cuáles eran sus temores. Cuando aquellas duras palabras salieron de su boca, las imágenes de los santos agitaron la cabeza como queriendo decir: «No es verdad, Elisa es inocente». Pero el arzobispo lo explicó de otro modo, diciendo que eran los pecados de la muchacha lo que les hacía agitar la cabeza. Dos grandes lágrimas corrieron por las mejillas del rey, que se fue con la duda en el corazón. Esa noche fingió que dormía, pero el reposado sueño no llegó a sus ojos; notó que Elisa se levantaba y que repetía la misma acción todas las noches, y él la seguía y la veía desaparecer en su camareta.

El ánimo del rey se ensombrecía más y más cada día que pasaba. Elisa lo notaba, pero no comprendía el motivo, y se angustiaba, y además sufría por no poder apartar su corazón de sus hermanos. Vestida con el regio terciopelo y la púrpura, la asaltaban saladas lágrimas que parecían diamantes, y todos cuantos veían su magnificencia deseaban que se convirtiera en reina. Al poco tiempo,

su trabajo estaba casi terminado: solo faltaba una cota, pero ya no le quedaban ni lino ni una sola ortiga. Una vez más, la última, tenía que ir al cementerio a recoger nuevos manojos. Pensaba con angustia en la solitaria caminata y en las espantosas lamias. Pero su voluntad era firme, como lo era también su devoción a Nuestro Señor.

Elisa fue al cementerio, pero el rey y el arzobispo la siguieron, la vieron desaparecer por el portal del cementerio y, al acercarse, vieron en la tumba a las lamias, igual que las había visto Elisa, y el rey se volvió atrás, pues pensaba que entre ellas estaba la que aquella misma noche había puesto su cabeza sobre su pecho.

—¡El pueblo debe juzgarla! —dijo.

Y el pueblo juzgó:

—¡Será quemada en la roja pira [18] !

Desde el magnífico palacio real fue conducida a una oscura y húmeda mazmorra donde el viento entraba silbando por las ventanas enrejadas. En lugar de seda y terciopelo le dieron el montón de ortigas que había reunido, para que apoyara en ellas la cabeza. Las duras y ardientes cotas de malla que había trenzado serían sus mantas y sábanas, pero nada podrían haberle dado que ella agradeciera más; volvió a su trabajo y rezó a Dios. Fuera, los mozalbetes cantaban versos burlescos sobre ella; nadie la consoló con una palabra cariñosa.

Al anochecer sonó al lado de la reja el murmullo de un ala de cisne. Era el hermano menor, que había encontrado a su hermana. Y ella sollozó de alegría, aunque sabía que la noche que se acercaba sería posiblemente la última de su vida. Pero ahora su trabajo estaba casi concluido, y sus hermanos estaban allí.

Llegó el arzobispo para acompañarla en sus últimas horas, pero ella sacudió la cabeza y le pidió con la mirada y los gestos que se marchara, pues esa noche acabaría su trabajo; si no, todo habría sido en vano, todo: el dolor, las lágrimas, las noches sin dormir. El arzobispo se marchó insultándola, pero la pobre Elisa sabía que era inocente y continuó su trabajo.

Los ratoncitos corrían por el suelo acercándole las ortigas para ayudarla un poco, y un tordo [19] se posó en las rejas de la ventana y estuvo cantando toda la noche lo mejor que sabía para que no se desanimara.

Justo antes del amanecer, cuando faltaba solo una hora para que saliera el sol, llegaron los once hermanos a la puerta del palacio y pidieron ser conducidos ante el rey; pero les respondieron que era imposible; aún era de noche, el rey dormía y no se atrevían a despertarlo. Rogaron, suplicaron, llegó la guardia, incluso el rey salió a preguntar qué sucedía. Pero entonces salió el sol, y los hermanos ya no estaban: sobre el palacio volaban once cisnes salvajes.

Por las puertas de la ciudad salía en tropel todo el pueblo, que quería ver quemar a la bruja. Un jamelgo [20] arrastraba el carro en que iba Elisa; le habían puesto una túnica encima de sus bastas ropas de arpillera [21] ; su precioso y largo cabello le caía suelto sobre el hermoso rostro mientras los dedos trenzaban el verde lino. Ni siquiera camino de su muerte podía abandonar el trabajo iniciado: a sus pies estaban las diez cotas de malla, y estaba trenzando la undécima. El populacho la escarnecía.

—Mirad a la bruja, que va rezongando. Lo que tiene en las manos no es un devocionario, qué va, sigue con sus hechizos. ¡Quitádselo y rompedlo!

Y todos se abalanzaron sobre ella para romper la cota; entonces llegaron volando once cisnes salvajes que se posaron en los lados del carro rodeándola y agitando sus grandes alas. La muchedumbre se echó a un lado.

—¡Es una señal del cielo! ¡Seguro que es inocente! —musitaron muchos, pero sin atreverse a decirlo en alto.

El verdugo la tomó de la mano y entonces, rápidamente, ella arrojó las once cotas sobre los cisnes, y aparecieron allí once príncipes magníficos, aunque el más joven tenía un brazo menos y en su lugar había un ala de cisne, pues faltaba una manga en su cota de malla, Elisa no había podido acabarla.

—¡Ahora ya puedo hablar! —dijo Elisa—. ¡Soy inocente!

Y la gente, que había visto lo que había sucedido, se inclinó ante ella como ante una santa, pero Elisa se desmayó exánime [22] en los brazos de sus hermanos, de tan agotada como estaba por la tensión, la angustia y el dolor.

—¡Sí, es inocente! —dijo el hermano mayor.

Y contó todo lo que había sucedido, y mientras hablaba se fue extendiendo un aroma como de millones de rosas, pues todos los palos de la pira habían echado raíces y les habían brotado ramas, y en vez de pira había una olorosa espesura, alta y densa, llena de rosas rojas. Encima había una flor blanca y brillante que relucía como una estrella; el rey la cogió y la puso sobre el pecho de Elisa, y la muchacha despertó con la paz y la felicidad en el corazón.

Y las campanas de todas las iglesias repicaron solas, y los pájaros acudieron en grandes bandadas, y hacia el castillo desfiló un cortejo nupcial como ningún rey había visto jamás.

11 Con esta oración se introduce el conflicto que dará lugar al cuento.

12 alquería: finca agrícola.

13 tocón: parte del tronco de un árbol que queda unida a la raíz cuando lo cortan por el pie.

14 descollar: sobresalir.

15 Fata Morgana: poderosa hada y hechicera, que según la tradición era la hermana del rey Arturo. Su nombre significa «nacida del mar» y tenía una apariencia cambiante.

16 cota: vestidura que llevaban los reyes de armas en las funciones públicas, sobre la cual estaban bordados los escudos reales.

17 lamia: figura terrorífica de la mitología, con rostro de mujer hermosa y cuerpo de dragón.

18 pira: hoguera en que antiguamente se quemaban los cuerpos de los difuntos y las víctimas de los sacrificios.

19 tordo: pájaro de tamaño medio, con el pico negro y el cuerpo aceitunado.

20 jamelgo: caballo desgarbado y hambriento.

21 arpillera: tejido por lo común de estopa muy basta, con que se cubren determinadas cosas para protegerlas del polvo y del agua.

22 exánime: muy debilitada, desmayada.

PULGARCITA

Había una vez una mujer que deseaba fervientemente tener un niño pequeñito, pero no sabía cómo hacer. Así que fue a ver a una anciana bruja y le dijo:

—Me gustaría muchísimo tener un niño pequeñito. ¿Quieres decirme dónde puedo conseguirlo?

—Bueno, algo podremos hacer —dijo la bruja—. Aquí tienes un grano de cebada, pero no es de los que crecen en los sembrados [23] y se comen las gallinas; ponlo en una maceta y ya verás.

—¡Muchas gracias! —dijo la mujer.

Le dio a la bruja doce monedas y se marchó a su casa, plantó el grano de cebada y en seguida salió una flor preciosa muy parecida a un tulipán, aunque los pétalos estaban cerrados y apretados, como si fuera un capullo sin abrir.

—¡Qué flor más bonita! —dijo la mujer, dándole un beso en los pétalos rojos y amarillos.

Pero en el mismo momento en que besó la flor, esta dio un chasquido y se abrió. Era un auténtico tulipán, eso estaba claro, pero en el centro de la flor, encima de los estigmas [24] verdes, había una niña diminuta, fina y delicada; no medía más de una pulgada, y por ello la llamó Pulgarcita.

Por cuna le dio una cáscara de nuez bellamente lacada, azules pétalos de violeta eran los colchones y un pétalo de rosa su colcha. Dormía allí por la noche, y durante el día jugaba encima de la mesa, donde la mujer había puesto una escudilla [25] que había adornado con una guirnalda de flores que hundían sus tallos en el agua. En esta flotaba un gran pétalo de tulipán, en el que se sentaba Pulgarcita para navegar de un lado a otro de la escudilla. Como remos usaba dos pelos de caballo. Era precioso. También sabía

cantar, y tan bien y con tan bella voz como nunca se había oído.

Una noche, cuando estaba acostada en su hermosa cama, llegó saltando un feo sapo y se posó en la ventana, que tenía un cristal roto. El sapo era repugnante, grande y húmedo; bajó de un salto hasta la mesa donde estaba durmiendo Pulgarcita debajo de su rojo pétalo de rosa.

—¡Esta sería una esposa estupenda para mi hijo! —dijo la madre sapo. Y, agarrando la cáscara de nuez en la que dormía Pulgarcita, se la llevó a saltos por el cristal hacia el jardín.

Allí corría un río grande y ancho. Pero la ribera era cenagosa [26] y estaba llena de barro. Allí vivía la madre sapo con su hijo. ¡Uf!, qué asqueroso y qué feo era él también; se parecía muchísimo a su madre. «Croac, croac, croac, croac», eso fue todo lo que supo decir cuando vio a la niñita dentro de la cáscara de nuez.

—¡No hables tan fuerte, que la vas a despertar! —dijo la vieja sapo —. Se nos podría escapar, porque es tan ligera como una pluma de cisne. La pondremos en medio del río sobre una de esas anchas hojas de nenúfar, que para ella, tan ligera y tan pequeña, será como una isla. ¡Así no podrá escaparse, y mientras tanto prepararemos tu casa en medio del fango, para que os vayáis a vivir allí!

En medio del río crecían muchos nenúfares con sus anchas hojas verdes que parecían flotar sobre el agua. La hoja más alejada de la orilla era también la más grande de todas. La vieja sapo fue nadando hasta ella y depositó allí la nuez con Pulgarcita dentro.

La pobrecita despertó muy temprano por la mañana, y al ver dónde estaba empezó a llorar amargamente, porque la gran hoja verde estaba rodeada de agua por todas partes y no podía llegar a la orilla.

La vieja sapo estaba en medio del barro decorando la casa con juncos y botones de oro, que le tendrían que gustar muchísimo a su nuera, y luego fue nadando junto a su feo hijo hasta la hoja donde estaba Pulgarcita. Iban a coger su linda camita para ponerla en la cámara nupcial [27] antes de que ella entrara en la casa. La vieja sapo hizo una profunda reverencia y dijo:

—Este es mi hijo, será tu marido y viviréis tan ricamente en medio del fango.

—Croac, croac, croac, croac —eso era todo lo que el hijo sabía decir.

Así que cogieron la preciosa camita y se la llevaron, y Pulgarcita se quedó sola, llorando encima de la hoja verde, porque no quería vivir con la horrible madre sapo, ni tener por marido a su feo hijo. Los pececitos que nadaban por el agua habían visto al sapo y habían oído lo que dijo la madre, y asomaron las cabecitas para ver a la niña. En cuanto la vieron les gustó muchísimo, y les dio mucha pena que se fuera a casar con el asqueroso sapo. No, no podía ser. Se agruparon en el agua alrededor del verde tallo que sujeta la hoja, mordisquearon todo el tallo con los dientes y la hoja se fue flotando río abajo, llevándose a Pulgarcita muy lejos, donde el sapo no pudiera alcanzarla.

Pulgarcita recorrió muchos lugares en su navegación, y los pájaros que estaban posados en los matorrales la veían y cantaban: «¡Qué linda doncellita!…», mientras la hoja se alejaba cada vez más. Y así, Pulgarcita salió del país.

Una preciosa mariposita dio vueltas a su alrededor y por fin se posó encima de la hoja, pues Pulgarcita le gustaba mucho y la niña estaba muy contenta, porque el sapo ya no podría alcanzarla y porque el lugar adonde había llegado era muy bonito. El sol brillaba sobre el agua, era como oro reluciente. Cogió su cinturón, ató un extremo a la mariposa, y el otro lo sujetó bien a la hoja, para poder ir más deprisa.

En esto llegó volando un abejorro y la vio, y al momento la agarró con sus zarpas por la fina cintura y se la llevó volando hasta un árbol, mientras la verde hoja continuaba río abajo, con la mariposa tirando de ella, porque estaba atada a la hoja y no podía soltarse.

Dios mío, cómo se asustó la pobre Pulgarcita cuando el abejorro la subió al árbol, aunque lo que más le preocupaba era la linda mariposa blanca que había atado a la hoja, pues si no podía soltarse se moriría de hambre. Pero al abejorro todo aquello le daba igual. Se sentó con ella en la hoja más grande y más verde del árbol, le

dio a comer néctar de flores y dijo que era muy bonita, aunque no se parecía nada a un abejorro. Luego llegaron todos los demás abejorros que vivían en el árbol, para visitarlo. Vieron a Pulgarcita y las señoritas abejorro estiraron las antenas y dijeron:

—¡Pero si no tiene más que dos piernas, qué pena!

—¡No tiene antenas! —dijo otra.

—¡Qué cintura más fina, bah! ¡Casi parece una persona! ¡Qué fea es! —dijeron todas las abejorras.

¡Y con lo linda que era Pulgarcita! Así se lo parecía también al abejorro que la había cogido, pero todos los demás decían que era horrible, así que acabó por creérselo y ya no quiso seguir con ella. Podía marcharse donde quisiera. La bajó del árbol en un vuelo y la colocó encima de una margarita. Ella se echó a llorar, porque era tan fea que ni los abejorros la querían. Y eso que era lo más precioso que uno pueda imaginarse, fina y delicada como el más bello pétalo de rosa.

Durante todo el verano, la pobre Pulgarcita vivió sola en el gran bosque. Se hizo una cama con hierba seca debajo de una gran hoja de romazas para que la lluvia no le cayera encima. Recogía el néctar de las flores para comer y bebía del rocío que cada mañana quedaba depositado sobre las hojas. Así pasó el verano y el otoño, pero llegó el invierno, el frío y largo invierno. Todos los pájaros que tan bellamente habían cantado para ella se marcharon volando, los árboles y las flores se marchitaron, la gran hoja de romaza que le había servido de techo se enroscó y quedó convertida en un amarillo tallo marchito, y la niña pasaba mucho frío, porque sus vestidos estaban rotos.

Justo delante del bosque donde vivía había un gran campo de cebada, aunque la cebada había desaparecido hacía ya mucho tiempo. Solo los secos rastrojos [28] amarillos se erguían entre la tierra helada. Para ella, atravesarlo era como cruzar un auténtico bosque. ¡Oh, temblaba de frío! Y llegó a la madriguera del ratón de campo. Era un pequeño agujero debajo de los rastrojos de cebada. Allí vivía la ratita de campo, en una casa calentita y estupenda, con la despensa llena de cebada, una cocina preciosa y un comedor. La

pobre Pulgarcita, como una mendiga cualquiera, pidió un trocito de grano de cebada, porque hacía dos días que no comía nada.

—¡Pobrecita! —dijo la ratita de campo, que en el fondo era una rata buena—. Entra en mi casa, que está caliente, y come conmigo.

Como Pulgarcita le cayó bien, dijo:

—Te puedes quedar este invierno en mi casa, pero tendrás que tener las habitaciones limpísimas y contarme cuentos, porque me gustan mucho.

Y Pulgarcita hizo lo que le pedía la buena y viejecita rata de campo.

—¡Dentro de poco tendremos visita! —dijo la ratita—. Mi vecino acostumbra a visitarme todos los días de la semana. Su casa es aún mejor que la mía. Tiene grandes salones, y él usa una preciosa piel de terciopelo negro. Si te casaras con él, estarías bien atendida, tendrías todo lo que pudieras necesitar. Pero es ciego. ¡Tienes que contarle los cuentos más bonitos que conozcas!

Pero a Pulgarcita no le apetecía mucho, no tenía ganas de casarse con el vecino, porque era un topo. Llegó de visita con su piel de terciopelo negro, como decía la ratita; era muy rico y muy sabio, su casa era más de veinte veces mayor que la casa de la ratita, y sabía muchísimas cosas, aunque no podía ver el sol ni las bellas flores, y hablaba mal de ellos porque nunca los había visto. A Pulgarcita le mandaron que cantara, y cantó Moscardón, vuela, vuela y El fraile se fue al prado, y el topo se enamoró perdidamente de ella por su hermosa voz, aunque no dijo nada porque era muy parsimonioso [29] .

Hacía poco había excavado un largo corredor por la tierra que había entre la casa de la ratita y la suya propia, y dio permiso a Pulgarcita y a la rata para que fueran a pasear por él siempre que quisieran. Pero les dijo que no se asustaran del pájaro muerto que había en el corredor; era un pájaro entero, con plumas y pico, que seguramente había muerto hacía muy poco, al empezar el invierno, y lo habían enterrado justo en el sitio donde había hecho el corredor.

El topo cogió un trozo de madera podrida en la boca, porque en la oscuridad brilla como si estuviera ardiendo, y fue por delante iluminando el camino para las dos por el largo y oscuro corredor. Cuando llegaron donde yacía el pájaro muerto, el topo levantó el ancho hocico y golpeó la tierra hasta hacer un gran agujero por el que entraba la luz de fuera. En el suelo había una golondrina muerta, con las hermosas alas muy apretadas contra los costados, las patas y la cabeza escondidas entre las plumas. El pobre pájaro debía de haber muerto de frío. A Pulgarcita le dio mucha pena, porque le gustaban mucho todos los pájaros, que tan bellamente habían cantado para ella durante todo el verano, pero el topo lo empujó con sus cortas patas y dijo:

—¡Ahora ya no pía! ¡Debe de ser horrible nacer pájaro! Dios no permita que ninguno de mis hijos lo sea jamás; un pájaro así no tiene nada más que su pío-pío y se muere de hambre en invierno.

—Tenéis razón, como sabio que sois —dijo la ratita—. ¿De qué le sirve al pájaro todo su pío-pío cuando llega el invierno? Se muere de hambre y de frío. ¡Y dicen que es estupendo!

Pulgarcita no dijo nada, pero, cuando los otros dos dieron la espalda al animal, ella se inclinó, apretó ligeramente las plumas de la cabeza y lo besó con los ojos cerrados. «A lo mejor era el mismo pájaro que cantaba tan bien este verano —pensó—. ¡Qué alegría me proporcionaba aquel bello pájaro al que tanto quiero!».

El topo cerró el agujero por el que entraba la luz del día y acompañó a las señoras a casa. Pero esa noche Pulgarcita no pudo dormir; se levantó de la cama y trenzó con heno una manta grande y muy bonita y la puso encima del pájaro muerto; le puso también a los lados blandos algodones, que había encontrado en la despensa de la ratita, para que estuviera calentito en la fría tierra.

—¡Adiós, bello pajarito! —dijo—. Adiós y gracias por tus deliciosos trinos de este verano, cuando todos los árboles eran verdes y el sol brillaba tan cálido sobre nosotros.

Y puso la cabeza sobre el pecho del pájaro. Y se llevó un gran susto, porque allí dentro parecía haber algo que daba golpecitos.

Era el corazón del pájaro. El pájaro no estaba muerto: estaba aletargado, y ahora, al entrar en calor, había vuelto a la vida.

En otoño, las golondrinas se van volando a los países cálidos; pero, si alguna se retrasa, se congela y cae muerta en el sitio, y la fría nieve la cubre.

Pulgarcita temblaba muchísimo del susto, pues a su lado el pájaro era grandísimo; ella solo medía una pulgada, pero juntó su valor, apretó más el algodón en los costados de la pobre golondrina y cogió una hoja de menta que usaba ella como colcha y la puso sobre la cabeza del pájaro.

A la noche siguiente se acercó despacito otra vez, y el pájaro estaba vivo, pero tan cansado que no pudo abrir los ojos más que un instante, y vio a Pulgarcita, que llevaba en las manos un trozo de madera podrida, pues no había otra luz.

—¡Muchas gracias, preciosa niña! —dijo la golondrina enferma—. ¡Me he calentado muy bien! Dentro de poco volveré a tener fuerzas y podré irme volando calentada por el sol.

—¡Oh —dijo ella—, ahí fuera hace mucho frío, nieva y hiela! Quédate calentita en tu cama, yo te cuidaré.

Llevó a la golondrina agua en un pétalo de flor, y ella se la bebió y le contó cómo se había pinchado un ala en las zarzas y eso la había impedido volar tan deprisa como las demás golondrinas, cuando se estaban marchando en un largo viaje hacia los países cálidos. Al fin cayó al suelo, pero no recordaba nada más, y no tenía la menor idea de cómo había llegado hasta allí.

Estuvo allá abajo todo el invierno, y Pulgarcita trató muy bien a la golondrina y la quería mucho. Ni el topo ni la rata de campo llegaron a saber nada, afortunadamente, porque no les gustaba la pobre golondrina.

En cuanto llegó la primavera y el sol calentó la tierra, la golondrina le dijo adiós a Pulgarcita, que abrió el agujero que el topo había hecho aquella vez. El sol brilló espléndido sobre ellos y la golondrina preguntó si quería acompañarla: podía llevarla sentada

sobre la espalda, y volarían hasta el verde bosque. Pero Pulgarcita sabía que la rata de campo se entristecería si la abandonaba de aquel modo.

—¡No, no puedo! —dijo Pulgarcita.

—¡Adiós, adiós, buena y preciosa niña! —dijo la golondrina, y se fue volando iluminada por el sol.

Pulgarcita se quedó mirándola, y sus ojos se llenaron de lágrimas, pues quería mucho a la pobre golondrina.

«Pío, pío, pío, pío», cantaba el pájaro en el verde bosque.

Pulgarcita se quedó muy triste. No la dejaban salir a la cálida luz del sol. El grano que habían sembrado en el campo, delante de la casita de la ratita, creció tan alto con el buen tiempo, que a la pobre niña, que no medía más que una pulgada, le parecía un espeso bosque.

—¡Este verano te coserás el ajuar! —dijo la rata de campo, pues su vecino, el feo topo de piel de terciopelo negro, había pedido su mano—. ¡Tendrás lana y lino! Siempre vestirás con esas telas cuando seas la esposa del topo.

Pulgarcita tenía mucho que tejer, y la ratita contrató a cuatro arañas para tejer e hilar día y noche. Todas las tardes llegaba de visita el topo, y siempre hablaban de que cuando acabara el verano y el sol no calentara tanto, porque ahora abrasaba la tierra, sí, cuando hubiera terminado el verano, se casaría con Pulgarcita. Pero ella no estaba nada contenta, no quería nada al feo topo. Todas las mañanas se levantaba al salir el sol y todas las tardes, cuando el sol se ponía, se acercaba despacio a la puerta, y cuando el viento separaba las espigas podía ver el cielo azul, y pensaba en la luz y en lo bonito que era todo allí fuera, y le venían grandes deseos de volver a ver a su querida golondrina. Pero nunca volvió; seguramente se había ido volando muy lejos, al bello bosque verde.

Cuando llegó el otoño, Pulgarcita tenía listo el ajuar.

—Dentro de cuatro semanas te casarás —dijo la rata de campo.

Pero Pulgarcita lloró y dijo que no quería casarse con el feo topo.

—¡Sandeces! —dijo la ratita—. No seas cabezota, porque, si no, te morderé con mis blancos dientes. ¡Pero si es estupendo! ¡Su piel de terciopelo negro le gustaría hasta a una reina! Tiene cocina y despensa. ¡Da gracias a Dios por casarte con él!

Así que habría boda. El topo ya había venido a llevarse a Pulgarcita. Viviría con él en un sitio muy profundo debajo de la tierra, nunca podría salir a ver el cálido sol, pues a él no le gustaba. La pobre niña estaba muy triste y decidió salir a despedirse del claro sol que aún podía ver desde la puerta de la casa de la ratita.

—¡Adiós, claro sol! —dijo alzando los brazos al cielo, e incluso salió un poquito de la casa de la rata, porque ya era otoño y de la cebada solo quedaban los rastrojos secos—. ¡Adiós, adiós! —dijo tomando en sus manos una florecita roja—. Saluda de mi parte a mi querida golondrina cuando la veas.

«¡Pío, pío!», se oyó en ese mismo instante por encima de su cabeza. Miró hacia arriba: era la golondrina, que en aquel mismo instante pasaba por allí. En cuanto vio a Pulgarcita se alegró. Ella le contó cómo la obligaban a casarse con el topo y que tendría que vivir debajo de la tierra, donde nunca llegaba la luz del sol. No podía menos de llorar.

—Ahora llega el frío invierno —dijo la golondrina—, tengo que irme volando muy lejos, a los países cálidos, ¿quieres acompañarme? ¡Puedes ir sentada sobre mi espalda! Átate fuerte con el cinturón y nos iremos volando y dejaremos aquí al feo topo y su negra casa; iremos muy lejos, más allá de las montañas, hasta los países cálidos, donde el sol brilla aún más bello que aquí, donde siempre es verano y siempre hay flores preciosas. Vente conmigo, dulce Pulgarcita; tú me salvaste la vida cuando yo yacía helada en las oscuras profundidades de la tierra.

—¡Sí, iré contigo! —dijo Pulgarcita.

Y se sentó sobre la espalda del pájaro, apoyó los pies contra las alas extendidas, ató firmemente su cinturón a una de las plumas más fuertes, y la golondrina se elevó volando por el aire, sobrevolando

bosques y lagos, mucho más alto que las grandes montañas siempre cubiertas de nieve.

Pulgarcita se quedaba helada con el aire frío, pero entonces se acurrucaba debajo de las cálidas plumas del pájaro y solo dejaba fuera la cabecita para ver todas aquellas preciosidades que había allá abajo.

Y llegaron a los países cálidos. La claridad del sol es allí mucho mayor que en nuestro país. El cielo es dos veces más alto y por todas partes crecen preciosas uvas verdes y rojas. En los bosques crecen limones y naranjas, huele a mirto y a menta, y en los caminos corretean niños preciosos jugando con grandes mariposas multicolores. Pero la golondrina siguió volando aún más lejos, y todo era más bello cada momento. Bajo los soberbios árboles verdes a la orilla del mar azul había un resplandeciente palacio de mármol blanco de tiempos antiguos, con parras enroscándose en las altas pilastras [30] . En lo más alto había muchos nidos de golondrinas, y en uno de ellos vivía la golondrina que llevaba a Pulgarcita.

—¡Esa es mi casa! —dijo la golondrina—. Pero elige tú misma una de las flores maravillosas que crecen ahí abajo, y yo te llevaré hasta ella y estarás allí tan bien como puedas desear.

—¡Qué estupendo! —dijo ella palmoteando.

Había una gran columna de mármol blanco caída en tierra y rota en tres pedazos, y entre ellos crecían preciosas flores blancas. La golondrina bajó a Pulgarcita y la depositó sobre uno de los anchos pétalos. ¡Y qué cosa tan asombrosa! Allí había un hombre pequeñito, en medio de la flor, blanco y transparente como si fuera de cristal. En la cabeza llevaba una espléndida corona de oro y en los hombros tenía unas hermosas alas transparentes. No era mayor que Pulgarcita. Era el ángel de la flor. En cada flor vivía un hombre o una mujer como él, aunque este era el rey de todos ellos.

—¡Dios mío, qué bello es! —susurró Pulgarcita a la golondrina.

El principito se asustó mucho al ver a la golondrina, porque para él era un pájaro realmente gigantesco, con lo pequeño y delicado que era él, pero cuando vio a Pulgarcita se alegró muchísimo: era la

niña más bella que había visto jamás. Por eso se quitó de la cabeza la corona de oro y se la puso a ella, y le preguntó cómo se llamaba y si quería ser su esposa. Sería entonces reina de todas las flores. ¡Aquello sí que era un hombre, muy diferente al hijo de la señora sapo y al topo de piel de terciopelo negro! De modo que le dijo que sí al precioso príncipe, y de cada flor salió un caballero o una dama, tan encantadores que era un gusto verlos. Cada uno le llevó un regalo a Pulgarcita, pero el mejor de todos fue un par de alas de una gran mosca blanca. Se las sujetaron a Pulgarcita a la espalda, para que también ella pudiera volar de flor en flor. Reinaba gran alegría, y la golondrina se sentó en su nido y cantó para ellos lo mejor que sabía, aunque en su corazón estaba triste porque quería mucho a Pulgarcita y no habría querido separarse nunca de ella.

—¡No seguirás llamándote Pulgarcita! —dijo el ángel de la flor—. Es un nombre feo, y tú eres muy bella. Te llamaremos Maya.

—¡Adiós, adiós! —dijo la golondrina, y se marchó otra vez de los países cálidos camino de Dinamarca, muy lejos.

Allí tenía un nido pequeño en una ventana de la casa del hombre que cuenta cuentos [31] ; cantó para él su pío-pío, y gracias a ello nos enteramos de esta historia.

23 sembrado: tierra sembrada, hayan o no germinado las semillas.

24 estigma: parte de la flor situada en la parte superior del pistilo y que recibe el polen en el acto de fecundación de las plantas.

25 escudilla: vasija que se utiliza para tomar sopa o caldo.

26 cenagosa: llena de lodo.

27 nupcial: relativo a la boda.

28 rastrojo: residuo que queda en la tierra después de la siega.

29 parsimonioso: escaso, lento.

30 pilastra: columna cuadrangular.

31 Aquí aparece, de forma explícita, el narrador de la historia, quien la conoció a través de la golondrina viajera. Es un trasunto del propio Andersen.

LA SIRENITA

En mitad justo del mar, el agua es tan azul como las hojas del más bello aciano [32] y tan transparente como el más puro cristal; pero es muy profundo, más profundo de lo que pueda alcanzar la más larga cadena de ancla; podrían ponerse muchos campanarios, unos encima de otros, para llegar desde el fondo hasta la superficie del agua. Allá abajo vive el pueblo del mar.

Pero no penséis que allí no hay más que un desnudo fondo de arena. No, allí crecen árboles y plantas prodigiosas, con hojas y tallos tan flexibles, que al menor movimiento del agua se agitan como si estuvieran vivos. Los peces, grandes y pequeños, se deslizan por entre las ramas igual que los pájaros por el aire. En lo más hondo está el castillo del rey del mar; sus muros de coral y sus largas ventanas apuntadas son del ámbar más transparente, y el techo está construido con conchas, que se abren y cierran con los movimientos del agua. Es precioso, pues cada una tiene una brillante perla que sería el más preciado adorno de la corona de una reina.

El rey del mar era viudo desde hacía muchos años, pero su anciana madre llevaba la casa. Era una mujer muy lista, pero muy orgullosa de su nobleza, y llevaba doce ostras en la cola, mientras que los demás solo podían llevar seis. Por lo demás, solo se pueden decir de ella cosas buenas, sobre todo porque quería mucho a las princesitas del mar, sus nietas. Eran seis niñas preciosas, aunque la más joven era la más bella de todas: su piel era tan suave y delicada como un pétalo de rosa, sus ojos, tan azules como el mar profundo, pero, como las demás, no tenía piernas; su cuerpo terminaba en una cola de pez.

Se pasaban todo el largo día jugueteando en el palacio, en el gran salón donde crecían flores vivas en medio de las paredes. Las grandes ventanas de ámbar estaban abiertas, y los peces entraban nadando, igual que en nuestras casas entran las golondrinas cuando

abrimos las ventanas, se acercaban a las princesitas, comían de su mano y se dejaban acariciar.

Fuera del castillo había un gran jardín con árboles azules y rojos como el fuego; sus frutos relucían como el oro, y sus flores como un fuego ardiente, pero azul como las llamas del azufre. Por encima crecía un asombroso arrecife azul. Uno podría creer que estaba en el aire y que veía el cielo por arriba y por abajo, pero en realidad estaba en el fondo del mar. Cuando había calma chicha se podía vislumbrar apenas el sol, que parecía una flor púrpura de cuyo cáliz manaba luz.

Cada princesita tenía su propia parcelita en el jardín, y en ella podía cavar y plantar lo que quería. Una hizo su macizo de flores en forma de ballena, otra prefirió que el suyo se pareciera a una sirenita, y la más joven hizo el suyo totalmente redondo como el sol, y en él solo había flores rojas igual que el mismo sol. Era una niña extraña, callada y pensativa y, mientras las demás hermanas se engalanaban con las cosas más extrañas que cogían de los barcos hundidos, ella solo quiso, aparte de las flores rosadas que se parecían al sol de allá arriba, una estatua de mármol, un precioso muchacho esculpido en blanca piedra brillante y que había caído al fondo del mar en un naufragio. Plantó junto a la estatua un sauce llorón rosado que creció muy hermoso, con las frescas ramas colgando hasta el azul fondo de arena, donde la sombra se hacía violeta y se agitaba al compás de las ramas. Parecía como si su copa y sus raíces se inclinaran para besarse.

No había para ella deleite mayor que oír hablar de los seres humanos de allá arriba. La anciana abuela contaba muchísimas cosas sobre barcos y ciudades, hombres y animales, y sobre todo le encantaba que allá arriba en la tierra las flores olieran, pues aquello no sucedía en el fondo del mar, y que los bosques fueran verdes y que los peces que se veían entre las ramas allá arriba cantaran bellas melodías. Eran los pajaritos, que la abuela llamaba peces porque de otro modo no la habrían podido entender, pues nunca habían visto un pájaro.

—Cuando cumpláis quince años —dijo la abuela—, se os permitirá subir a la superficie del mar, sentaros a la luz de la luna en los arrecifes y ver los grandes barcos que pasan por delante de los

bosques y las ciudades que hay allí.

Al año siguiente, una de las hermanas cumplió quince años, pero las otras… Bueno, se llevaban un año cada una, de modo que a la más joven le quedaban cinco largos años antes de poder salir del fondo del mar para ver cómo son las cosas en nuestro mundo. Pero se prometieron una a otra contarse lo que habían visto y lo que más les había gustado aquel primer día. Porque su abuela no les contaba nunca suficiente, ¡y había tantas cosas que querían conocer…!

Ninguna tenía tantas ganas como la más pequeña; precisamente ella, que era la que más tenía que esperar y que era callada y pensativa. Muchas noches se apoyaba en la ventana abierta y miraba a través del agua de color azul oscuro, donde los peces agitaban sus aletas y sus colas. Podía ver la luna y las estrellas; cierto que brillaban muy débilmente, pero a través del agua parecían mucho más grandes que a nuestros ojos. Cuando había como una nube negra que se deslizaba por debajo de ellas, la sirenita sabía que era una ballena nadando o un barco lleno de gente. Seguramente ni se les ocurría pensar que allá abajo había una preciosa sirenita que extendía sus blancas manos hacia la quilla.

La mayor de las princesas cumplió quince años y la autorizaron a subir a la superficie del mar.

Cuando volvió tenía cientos de cosas que contar, pero lo más hermoso, según dijo, fue tumbarse a la luz de la luna en un banco de arena en medio del mar tranquilo, muy cerca de la costa, y ver la gran ciudad, donde brillaban luces como centenares de estrellas; oyó la música y el ruido y el alboroto de los carruajes y las personas, vio numerosos campanarios y torres de las iglesias y escuchó el tañer [33] de las campanas. Precisamente porque no podía acercarse, todo aquello la había atraído aún más.

¡Oh, con qué atención escuchó la hermana pequeña! Y cuando aquella noche estaba junto a la ventana abierta mirando a través del agua de color azul oscuro, pensó en la gran ciudad con todo aquel ruido y ajetreo, y hasta creyó poder oír las campanas de las iglesias que repicaban para ella.

Al año siguiente fue la segunda hermana la que pudo subir por el agua e ir nadando adonde quisiera. Salió a la superficie justo cuando el sol se estaba poniendo, y el espectáculo que se ofreció ante ella fue precioso. «¡Todo el cielo parecía de oro!», dijo. Y las nubes…, bueno, su belleza no podía describirse. Se deslizaban rojas y violetas por encima de ella, pero mucho más deprisa pasó volando, como un largo velo blanco, una bandada de cisnes salvajes que se dirigía hacia el sol. La sirena nadó también hacia él, pero el sol se hundió y el fulgor rosado se extinguió en el mar y en las nubes.

Al año siguiente subió la tercera de las hermanas: era la más atrevida de todas y entró nadando por un ancho río que desembocaba en el mar. Vio preciosas colinas verdes con viñedos, palacios y granjas que asomaban entre los majestuosos bosques. Oyó cantar a los pájaros, y el sol brillaba tan caliente que hubo de zambullirse muy dentro del agua para refrescar su rostro ardiente. En una pequeña ensenada [34] encontró un tropel de niños humanos. Completamente desnudos, corrían y chapoteaban en el agua. Quiso jugar con ellos, pero huyeron despavoridos; llegó un animalito negro (era un perro, pero ella no había visto nunca un perro). Le ladró de tal forma, que sintió pánico y escapó hacia mar abierto, pero jamás podría olvidar los majestuosos bosques, las verdes colinas y los preciosos niños que nadaban en el agua sin tener cola de pez.

La cuarta de las hermanas no era tan atrevida; se quedó en alta mar y contó que allí todo era precioso; se podía ver a muchas millas de distancia, y el cielo semejaba una gran campana de cristal. Había visto barcos, pero muy lejos, parecían gaviotas; los graciosos delfines iban dando saltos, y las grandes ballenas echaban el agua por la nariz; era como si hubiera centenares de surtidores por todas partes.

Le llegó su turno a la quinta hermana. El día de su cumpleaños caía en pleno invierno, y pudo ver lo que las otras no habían visto. El mar tenía un color muy verde y por todas partes nadaban los grandes icebergs, que parecían perlas, contaba ella, pero eran mucho más grandes que los campanarios que construían los humanos. Adoptaban las formas más extrañas y relucían como

diamantes. Se había sentado en uno de los más grandes, y todos los veleros evitaban, asustados, el lugar en que ella estaba con su cabello arremolinándose al viento. Y por la noche el cielo se encapotó, hubo rayos y truenos mientras el negro mar alzaba los grandes bloques de hielo a gran altura y los hacía brillar con los violentos relámpagos. Todos los barcos arriaron las velas, había pánico y terror, pero ella siguió sentada tranquilamente en su iceberg flotante viendo cómo los azules rayos caían zigzagueantes sobre el mar resplandeciente.

La primera vez que una de las hermanas recibía permiso para subir a la superficie quedaba encantada de las cosas nuevas y bellas que podía ver, pero ahora que ya eran mayores y podían subir siempre que quisieran, se mostraban indiferentes; preferían volver a casa, y al cabo de un mes decían que su casa era lo más bonito de todo y que en casa se estaba estupendamente.

Muchas tardes, las hermanas se cogían del brazo y subían a la superficie. Tenían unas voces deliciosas, más bellas que las de cualquier ser humano y, cuando se desataba una tormenta y pensaban que los barcos podían zozobrar, iban nadando delante de ellos y cantaban muy bellamente lo hermoso que era el fondo del mar, y pedían a los navegantes que no tuvieran miedo de bajar. Pero ellos no entendían las palabras, creían que era la tormenta y preferían quedarse sin ver todas aquellas maravillas, porque cuando se hundía el barco los hombres se ahogaban y solo muertos llegaban al palacio del rey del mar.

Cuando las hermanas subían por las tardes a la superficie del mar cogidas del brazo, la hermana pequeña se quedaba sola mirándolas; parecía a punto de llorar, pero las sirenas no tienen lágrimas, con lo que sufren todavía mucho más.

—¡Ay, si tuviera quince años! —decía—. Estoy segura de que me encantará ese mundo de allá arriba y los humanos que viven allí.

Por fin cumplió los quince años.

—Bueno, ha llegado tu momento —dijo su abuela, la anciana reina viuda—. Ven, déjame que te engalane como a tus hermanas.

Y le puso una guirnalda de lirios blancos en el pelo, aunque cada pétalo de la flor era media perla. Y la anciana mandó a ocho grandes ostras que se pegaran a la cola de la princesa, para que pudiese hacer ostentación de su rango.

—¡Qué daño! —dijo la sirenita.

—Sí, el rango obliga a sufrir un poco —dijo la anciana.

¡Oh, le habría gustado tanto arrancarse aquellos adornos y quitarse la pesada guirnalda! Sus rojas flores marinas la adornaban mucho mejor, pero no se atrevió a hacerlo.

—Adiós —dijo, y subió ágil y ligera por el agua, como una burbuja.

El sol acababa de ponerse cuando su cabeza emergió del agua, pero las nubes brillaban todavía como las rosas y el oro, y en el cielo rojizo lucía la estrella vespertina bellísima y luminosa; el aire era suave y fresco, y el mar estaba quieto como un espejo. Había un gran barco de tres palos, pero solo tenía izada una vela, porque no hacía viento, y los marineros estaban sentados en la arboladura [35] y las vergas [36] . Sonaban música y cantos, y según la tarde se iba haciendo más oscura se fueron encendiendo luces multicolores. Parecía como si banderas de todas las naciones estuvieran ondeando al viento. La sirenita fue nadando hacia el ojo de buey [37] del camarote, y cuando el agua la alzaba podía ver a través de los vidrios transparentes a muchos seres humanos bellamente ataviados; pero el más apuesto era el joven príncipe de grandes ojos negros. No tendría más de dieciséis años. Era su cumpleaños, por eso había fiesta. Los marineros bailaban en cubierta y, cuando el joven príncipe subió con ellos, estallaron cientos de cohetes en el aire; había tanta luz como en pleno día, y la sirenita se asustó muchísimo y se sumergió, pero volvió a asomar la cabeza; parecía como si todas las estrellas del cielo estuvieran cayendo sobre ella. Nunca había visto unos fuegos artificiales como aquellos. Grandes soles se abrían con estruendo a su alrededor, bellísimos peces de fuego ascendían zigzagueando por el cielo azul, el resplandor se reflejaba en el mar tranquilo y transparente. En el barco había también tanta luz que se podía ver fácilmente cada hombre y cada cable. ¡Oh, qué apuesto era el joven príncipe! ¡Estrechaba la mano a todos, reía y sonreía, mientras la deliciosa noche se llenaba de

música!

Se hacía tarde, pero la sirenita no podía apartar sus ojos del barco y del guapísimo príncipe. Las luces multicolores se apagaron, los cohetes dejaron de elevarse por los aires, dejaron de sonar las salvas de cañón, pero las profundidades del mar hacían sonar murmullos y chasquidos. La sirenita se columpiaba en el agua para mirar el camarote, pero el barco aumentó la velocidad; una vela se izó tras las otras, ahora las olas eran más altas, aparecieron grandes nubes y cayeron relámpagos en la lejanía. ¡Oh, qué tormenta más espantosa empezó entonces! Los marineros habían izado velas al darse cuenta de que se acercaba. El gran barco se columpiaba a enorme velocidad sobre el mar embravecido, el agua se elevaba en grandes montañas negras, quería derribar el mástil, pero el barco se zambullía como un cisne entre las altas olas y volvía a levantarse sobre las montañas de agua. Para la sirenita era un viaje estupendo, pero no se lo parecía así a los marineros; el barco crujía y crepitaba, las gruesas tablas se combaban [38] con los embates del mar, que penetraba en la nave. El mástil se rajó por la mitad como una caña, y el barco se inclinó hacia un lado, mientras el agua entraba en el casco. La sirenita se dio cuenta entonces de que estaban en peligro, incluso ella tenía que tener cuidado con los maderos y los fragmentos del barco que flotaban por el agua. Por unos instantes la oscuridad era negra como el carbón, y la sirenita no podía ver nada en absoluto; pero, cuando había un nuevo relámpago, se volvían a reconocer todas las cosas del barco. Cada uno se salvaba como podía. Buscó al joven príncipe y lo vio; el barco se deshizo y el príncipe se hundió en el profundo mar. En ese momento se alegró mucho, pues vendría junto a ella, pero recordó que los humanos no podían vivir en el agua y que solo muerto podría el príncipe acompañarla al palacio de su padre. No, no podía ser; nadó entre las tablas y las planchas olvidando que podían aplastarla, se sumergió y volvió a aparecer entre las olas, y por fin llegó junto al joven príncipe, que casi no podía seguir manteniéndose a flote en aquel mar embravecido; sus brazos y sus piernas empezaban a agotarse, sus bellos ojos se cerraron; habría muerto de no haber llegado la sirenita. Ella le mantuvo la cabeza sobre el agua y dejó que las olas los llevaran a donde quisieran.

Al amanecer, la tormenta había cesado. Del barco no se veía ni una

astilla; el sol apareció rojo y brillante sobre la superficie del agua. Las mejillas del príncipe parecieron recibir nueva vida del sol, pero sus ojos seguían cerrados. La sirena besó su bella y despejada frente y acarició su cabello. Pensó que se parecía a la estatua de mármol de su jardincito, y volvió a besarlo, deseando que viviera.

Ahora veía ante ella la tierra firme, altas montañas azules en cuyas cumbres brillaba la nieve, que semejaba cisnes acostados. Abajo en la orilla había espléndidos bosques verdes, y en primer plano se erguía una iglesia o un convento, no lo sabía bien, aunque era ciertamente un edificio. Limoneros y naranjos crecían en el jardín, y ante el portal se alzaban altas palmeras. El mar formaba allí una caleta [39] , estaba quieto como un espejo, pero era muy profundo hasta los pies mismos del acantilado, donde se formaba una playa de fina arena blanca. Nadó hasta allí con el apuesto príncipe, lo puso sobre la arena, pero con mucho cuidado para que la cabeza quedara en alto, recibiendo la cálida luz del sol.

Repicaron entonces las campanas del gran edificio blanco, y llegaron muchas niñas hacia la orilla. La sirenita se alejó nadando y se ocultó tras unas altas rocas que descollaban por encima del agua, se puso espuma de mar en el pelo y el pecho para que nadie pudiera verle la cara y observó: quería ver quién llegaba hasta el pobre príncipe.

No pasó mucho rato sin que una muchachita llegara hasta él; pareció asustarse mucho, pero solo por un momento; luego hizo venir a otros seres humanos, y la sirena vio al príncipe revivir y sonreír a los que lo rodeaban, pero a ella no le sonrió, pues no sabía que era ella quien lo había salvado. La sirenita se sintió muy triste cuando condujeron al príncipe al interior del gran edificio, se zambulló apenada en el agua y regresó al palacio de su padre.

Siempre había sido callada y pensativa, pero ahora mucho más. Sus hermanas le preguntaron qué había visto en su primera vez allá arriba, pero ella no contó nada.

Muchas tardes y mañanas subía donde había dejado al príncipe. Vio cómo los frutos del jardín maduraban y cómo eran recogidos, cómo se fundía la nieve en las montañas, pero al príncipe no lo vio, y cada vez regresaba más triste a su casa. Su único consuelo era

sentarse en su jardincito y abrazar la bella estatua de mármol que se parecía al príncipe, pero ya no cuidaba sus flores, que crecían enmarañadas y entrelazaban sus hojas y sus largos tallos entre las ramas de los árboles, y todo quedaba envuelto en oscuridad.

Finalmente no pudo resistir más y se lo contó a una de sus hermanas y luego a todas las demás, pero solo a ellas y a unas cuantas sirenas que no se lo contaron a nadie más que a sus amigas íntimas. Una de ellas sabía quién era el príncipe: también ella había visto la fiesta del barco, sabía de dónde era el príncipe y dónde estaba su reino.

—¡Ven, hermanita! —dijeron las otras princesas.

Y, cogidas del brazo, subieron hasta la superficie del mar formando una larga fila y se dirigieron adonde estaba el palacio del príncipe.

Estaba construido con una clase de piedra brillante de color amarillo claro, con grandes escaleras de mármol, una de las cuales llevaba directamente hasta el agua. Preciosas cúpulas doradas se alzaban por encima del tejado, y entre las columnas que rodeaban todo el edificio había estatuas de mármol que parecían vivas. A través del transparente cristal de las altas ventanas podían verse espléndidos salones, donde colgaban valiosos cortinajes de seda y tapices, y todas las paredes estaban decoradas con grandes pinturas de bellísimo aspecto. En medio del más grande de los salones borboteaba un surtidor negro. Los chorros de agua subían muy alto hacia la cúpula de cristal, a través de la cual brillaba el sol sobre el agua y las bellísimas plantas que crecían en el gran estanque.

Ahora ya sabía la sirena dónde vivía él, y allá fue muchas tardes y muchas noches, nadó hasta acercarse a la orilla mucho más de lo que se había atrevido ninguna de las hermanas, e incluso llegó a entrar en el estrecho canalito que había bajo el balcón de mármol que arrojaba su sombra sobre el agua. Allí se sentaba a mirar al joven príncipe, que se creía solo, a la clara luz de la luna.

Lo vio muchas tardes navegando en su preciosa barca, donde sonaba música y ondeaban banderas al viento. La sirena se asomaba a mirar entre los verdes juncos, con el viento jugueteando con su largo velo blanco, y si alguien la veía pensaba que era un cisne que

alzaba sus alas.

Muchas noches escuchó a los relucientes peces contar muchas cosas buenas sobre el joven príncipe, y se alegraba de haberle salvado la vida cuando flotaba medio muerto entre las olas, y recordaba la cabeza del príncipe reposando sobre su pecho, y con qué dulzura lo había besado. Él no sabía ni que ella existía, no podía ni siquiera soñar con ella.

Cada vez amaba más a los seres humanos, cada vez deseaba más ardientemente irse a vivir con ellos; el mundo de los humanos le parecía mucho más grande que el suyo propio. Se deslizaban sobre el mar en sus barcos, ascendían por las altas montañas hasta las nubes, y sus tierras se extendían mucho más allá de lo que ella alcanzaba a ver, con sus bosques y campos. Ansiaba saber tantas cosas, y le preguntó a su anciana abuela, porque ella conocía bien el mundo superior, cómo llamaba a las tierras que había por encima del mar.

—Si los humanos no se ahogan —preguntó la sirenita—, ¿pueden vivir siempre, no mueren como nosotros, la gente del mar?

—¡Claro que mueren! —dijo la anciana—. Y además sus vidas son más cortas que las nuestras. Nosotros llegamos a los trescientos años, pero, cuando dejamos de existir, nos convertimos en espuma del mar: ni siquiera tenemos una tumba en medio de aquello a lo que amamos. Nosotros no tenemos alma inmortal y no podemos seguir viviendo. ¡Somos como los verdes juncos, que cuando se cortan no vuelven a reverdecer! Pero los seres humanos tienen un alma que sigue viviendo después de que el cuerpo se ha convertido en polvo. ¡Se eleva hasta las estrellas por el claro cielo! Igual que nosotros salimos del mar para ver las tierras de los hombres, ellos suben a maravillosos lugares desconocidos que nosotros no podremos ver jamás.

—¿Por qué no tenemos nosotros alma inmortal? —dijo tristemente la sirenita—. Yo daría todos los cientos de años que me quedan de vida para poder ser humana un solo día y tener luego mi parte de ese mundo celestial.

—¡Ni lo pienses! —dijo la anciana—. Nosotros somos más felices y

nuestra vida es mejor que la de los hombres que habitan allá arriba.

—Yo también moriré y me evaporaré como la espuma del mar, no oiré la música de las olas ni veré las preciosas flores ni el rojo sol. ¿No puedo hacer nada para conseguir un alma eterna?

—¡No! —dijo la anciana—. Solo si un humano te amara de tal modo que llegaras a ser para él más importante que su padre o su madre; si todo su amor y todos sus pensamientos se derramaran sobre ti y el sacerdote pusiera su mano derecha sobre la tuya e hicierais un juramento de fidelidad por los siglos de los siglos, solo entonces entraría en tu cuerpo un alma y podrías gozar de la felicidad del ser humano. Él te daría su alma y al mismo tiempo conservaría la suya. ¡Pero eso es imposible! Y con lo bonita que queda en el mar tu cola de pez, allá arriba, en la tierra, les parece horrible, no saben lo que es; ellos necesitan dos torpes columnas que llaman piernas, y solo con ellas se consideran guapos.

La sirenita suspiró y miró con tristeza su cola de pez.

—Alegrémonos —dijo la anciana—, bailemos y saltemos los trescientos años de vida que tenemos; es un tiempo muy largo, y cuanto mejor lo pasemos, mejor cuando muramos. Esta noche habrá baile en la corte.

El lujo que allí había no se ve jamás en la tierra. Las paredes y el techo del gran salón de baile eran de cristal grueso pero transparente. Varios cientos de colosales conchas, de color rosa y verde, formaban filas a los lados con luces azules que iluminaban todo el salón y brillaban a través de las paredes, de manera que el mar estaba todo iluminado. Se podían ver innumerables peces grandes y pequeños que nadaban hacia el muro de cristal; en algunos brillaban escamas de color púrpura, y en otros parecían de plata y oro. En medio del salón bailaban los tritones y las sirenas entonando sus maravillosos cantos. Voces tan bellas no existen entre los seres humanos en la tierra. La sirenita era la que mejor cantaba de todos, y la aplaudieron, y por un momento sintió alegría en su corazón, porque sabía que su voz era la más bella que existía en la tierra o en el mar. Pero en seguida volvió a pensar en el mundo de allá arriba. No podía olvidar al apuesto príncipe ni su pena por carecer de un alma inmortal como la que él tenía. Por eso

se escabulló del palacio de su padre y, mientras allí dentro todo eran cantos y alegría, ella se sentó entristecida en su jardincito. Entonces oyó las trompas de caza, cuyo sonido llegaba a través del agua y pensó: «Ahora estará él navegando allá arriba; él, a quien amo más que a mi padre y a mi madre; él, sobre quien se derraman mis pensamientos y en cuya mano quiero poner la felicidad de toda mi vida. Lo arriesgaré todo para conseguirlo, a él y su alma inmortal. Mientras mis hermanas bailan en el palacio de mi padre, iré a la bruja del mar; siempre me ha dado miedo, pero quizá ella sepa cómo ayudarme».

La sirena salió de su jardín y se dirigió a los espumeantes remolinos, detrás de los cuales vivía la bruja. Nunca había recorrido hasta entonces aquel camino; allí no crecían flores ni hierba marina, no había sino el gris suelo arenoso por todas partes, yermo, que arrastraba a las profundidades todo lo que caía a su alcance. Tenía que atravesar los vertiginosos remolinos para entrar en las posesiones de la bruja del mar, y buena parte del camino discurría sobre ardiente barro burbujeante, que la bruja llamaba su turberita. Detrás estaba su casa en mitad de un extraño bosque. Los árboles y arbustos eran pólipos, medio animales medio plantas, que parecían serpientes de cien cabezas que crecían en el suelo. Las ramas eran largos brazos viscosos con dedos como gusanos flexibles, y miembro a miembro se agitaban desde la raíz hasta la punta. Cualquier cosa que podían asir la sujetaban con fuerza y no volvían a soltarla. La sirenita estaba muy asustada; su corazón saltaba de miedo. Habría querido retroceder, pero pensó en el príncipe y en el alma humana, y eso le dio ánimos. Se sujetó contra la cabeza sus largos cabellos ondulantes para que los pólipos no pudieran agarrarlos, juntó las manos sobre el pecho y voló así, igual que vuelan los peces por el agua, en medio de los horribles pólipos que alargaban hacia ella sus viscosos brazos y sus dedos. Vio que, en cuanto alguno de ellos conseguía agarrar alguna cosa, otros cientos de bracitos pequeños la sujetaban como si fueran fuertes cadenas. Seres humanos que habían perecido en el mar y se habían hundido hasta allá abajo aparecían como blancos esqueletos entre los brazos de los pólipos. También sujetaban con fuerza timones de barcos, cajas, esqueletos de animales terrestres y hasta una sirenita que habían cazado y atormentado: aquello era lo más espantoso de todo.

Llegó entonces a un claro del bosque, grande y resbaladizo, donde grandes y gordos caracoles marinos retozaban dejando ver sus repugnantes vientres amarillos. En medio del claro se alzaba una casa hecha con huesos de seres humanos naufragados. Allí estaba la bruja, dejando que un sapo comiera de su boca, como los humanos dejan que un pequeño canario coja de su boca un terrón de azúcar. A los feos y gordos caracoles de mar los llamaba sus pollitos y los dejaba corretear por su enorme pecho esponjoso.

—¡Ya sé lo que quieres! —dijo la bruja del mar—. ¡Te has vuelto loca! Pero harás lo que deseas, aunque te causará grandes desgracias, mi bella princesa. Quieres librarte de tu cola de pez y tener en su lugar dos columnas para poder caminar igual que los humanos, para que el joven príncipe se enamore de ti y puedas conseguir tu alma inmortal.

En ese mismo momento, la bruja rio de forma tan violenta y repugnante, que el sapo y los caracoles se cayeron y rodaron por el suelo.

—Llegas en el momento oportuno —dijo la bruja—. Mañana, cuando salga el sol, no podría ayudarte hasta que pasara otro año. Te prepararé una bebida, y antes de que salga el sol nadarás hasta la costa, te sentarás en la orilla y te beberás mi poción, y entonces la cola se te rajará y se irá apretando hasta formar lo que los humanos llaman unas piernas preciosas, pero dolerá como si te estuvieran atravesando con una afilada espada. Todos los que te vean dirán que eres la muchacha más bella que han visto. Conservarás tu andar ondulante, no habrá bailarina que pueda igualarte, pero cada paso que des será como si pisaras un cuchillo afilado, y sangrarás. ¿Estás dispuesta a sufrir todo eso?

—¡Sí! —dijo la princesita con voz trémula, pensando en el príncipe y en conseguir un alma inmortal.

—Pero piensa —dijo la bruja— que en cuanto hayas adoptado forma humana no podrás volver a convertirte en sirena. No podrás volver al mar para ir con tus hermanas al palacio de tu padre, y si no consigues que el príncipe te ame tanto que llegue a olvidar a su padre y a su madre, que derrame sobre ti sus pensamientos y que diga al sacerdote que junte vuestras manos, no conseguirás tu alma

inmortal. A la mañana siguiente al día que él se case con otra, tu corazón se romperá y te convertirás en espuma de mar.

—¡Sí, quiero hacerlo! —dijo la sirenita, pálida como una muerta.

—¡Pero, además, tendrás que pagarme! —dijo la bruja—. Y no es poco lo que voy a pedir. Tienes la voz más bella de las profundidades del mar y piensas hechizar con ella al príncipe, pero quiero que me regales esa voz. Lo mejor que tú posees te lo pido yo a cambio de mi valiosa bebida. Pues en ella te daré mi propia sangre, para que la bebida corte como una espada de doble filo.

—Pero si te quedas con mi voz —dijo la sirenita—, ¿qué me quedará a mí?

—Tu preciosa figura —dijo la bruja—, tu caminar ondulante y tus ojos expresivos; con ellos podrás fascinar a cualquier ser humano. ¡Vaya, pierdes el valor! Anda, saca tu lengüecita y te la cortaré en pago por mi poderosa bebida.

—Así sea —dijo la sirenita, y la bruja preparó el caldero para hervir la bebida mágica.

—La limpieza es una cosa buena —dijo mientras fregaba el caldero con los caracoles que había atado en un nudo.

Luego se hizo un corte en el pecho y dejó gotear su negra sangre en el caldero; el vapor formaba las más extrañas figuras, que causaban pavor y asco. La bruja arrojaba más y más cosas al caldero. Por fin estaba lista la bebida, que era transparente como agua clara.

—Aquí la tienes —dijo la bruja, cortando la lengua a la sirenita, que se quedó muda, sin poder hablar ni cantar—. Si los pólipos te agarran cuando vuelvas a atravesar mi bosque —añadió la bruja—, échales una gota de esta bebida, y brazos y dedos saltarán en mil pedazos.

Pero la sirenita no tuvo necesidad de hacerlo, porque los pólipos retrocedían asustados al ver la reluciente bebida que brillaba en sus manos como una llameante estrella. Atravesó entonces el bosque, el pantano y los espumeantes remolinos.

Vio el palacio de su padre: ya se habían apagado las luces del gran salón de baile; seguramente estarían todos durmiendo. Pero no se atrevió a visitarlos ahora que estaba muda y que iba a dejarlos para siempre. Su corazón parecía romperse de dolor. Se deslizó en el jardín, cogió una flor de cada uno de los macizos de sus hermanas, lanzó con sus dedos miles de besos hacia el castillo y ascendió por el oscuro mar azul.

Aún no había salido el sol cuando vio el palacio del príncipe y subió por la espléndida escalera de mármol. La hermosa luna brillaba luminosa. La sirenita bebió la ardiente y picante bebida y sintió como si una espada de doble filo atravesara sus delicados miembros; se desmayó y quedó como muerta. Cuando el sol empezó a brillar sobre el mar, se despertó sintiendo un dolor abrasador, pero a su lado estaba el apuesto y joven príncipe clavando en ella sus ojos negros como el carbón. Ella bajó los suyos y vio que su cola de pez había desaparecido y que en su lugar había dos piernecitas blancas más bellas que las de cualquier muchacha. Pero estaba completamente desnuda y se cubrió con sus largos cabellos. El príncipe le preguntó quién era y de dónde había venido, y ella lo miró dulce y triste con sus ojos de color azul marino, pues no podía hablar. Él la tomó entonces de la mano y la condujo al palacio. Cada paso que daba, tal como le había anunciado la bruja, era para ella como pisar sobre puntiagudas leznas y afilados cuchillos, pero lo sufrió gustosa. De la mano del príncipe subió la escalinata ligera como una burbuja, y todos quedaron admirados por su precioso andar ondulante.

Le pusieron costosos vestidos de seda y muselina; era la más bella del palacio, pero era muda: no podía cantar ni hablar. Bellísimas esclavas vestidas de seda y oro aparecieron para cantar para el príncipe y sus reales padres. Había una que cantaba mejor que las demás, y el príncipe aplaudió y le sonrió, y la sirenita se entristeció porque sabía que ella cantaba muchísimo mejor, y pensó: «¡Oh, si él supiera que para estar a su lado he tenido que ofrendar [40] mi voz para siempre!».

Las esclavas empezaron entonces a bailar preciosas danzas ondulantes al son de una música deliciosa; la sirenita alzó entonces sus bellos brazos blancos, se puso de pie sobre las puntas de los

dedos y bailó ondulante como nadie había danzado jamás. Con cada movimiento su belleza se hacía aún más patente, y sus ojos hablaban al corazón más hondo que el canto de las esclavas.

Todos quedaron fascinados, sobre todo el príncipe, que la llamó «mi preciosa huerfanita», y ella danzaba y danzaba, aunque cuando sus pies tocaban el suelo era como si pisara sobre afilados cuchillos. El príncipe dijo que quería que se quedara siempre a su lado, y le permitieron dormir a la puerta de los aposentos del príncipe sobre un almohadón de terciopelo.

Mandó que le tejieran un traje de hombre para que pudiera acompañarlo a caballo. Cabalgaban por los perfumados bosques, donde las verdes ramas les acariciaban los hombros, y los pajaritos cantaban detrás de las frescas hojas. Ella trepó con el príncipe a las altas montañas y, aunque sus delicados pies sangraban tanto que todos se daban cuenta, reía y seguía con él hasta que veían las nubes flotando bajo ellos como una bandada de pájaros que volaba hacia lejanas tierras.

En el castillo del príncipe, mientras los demás dormían, ella salía a la amplia escalera de mármol para refrescar sus ardientes pies con el agua fría del mar, y entonces pensaba en los que vivían allá abajo, en las profundidades.

Una noche llegaron sus hermanas cogidas del brazo; cantaban muy tristes al nadar, y la sirenita les hizo señas, la reconocieron y le contaron lo tristes que se habían quedado todos. Luego volvieron a visitarla todas las noches, y una vez vio de lejos a su anciana abuela, que no había subido a la superficie en muchos años, y al rey del mar, con su corona en la cabeza. Extendieron los brazos hacia ella, pero no se atrevieron a acercarse a la costa tanto como las hermanas.

Día a día, el príncipe iba tomándole más y más aprecio, la quería como se puede querer a un niñito cariñoso, pero ni siquiera se le pasaba por la imaginación convertirla en su reina. Pero ella tenía que ser su mujer, porque, si no, jamás conseguiría un alma inmortal, y se convertiría en espuma de mar la mañana de sus esponsales.

«¿No me quieres más que a nadie?», parecían decir los ojos de la sirenita cuando él la tomaba en sus brazos y le besaba su hermosa frente.

—Claro que te quiero más que a nadie —decía el príncipe—, porque eres la que tienes mejor corazón, me eres fiel y me recuerdas a una muchacha que vi una vez, pero seguramente jamás volveré a ver. Yo iba en un barco que zozobró, las olas me arrojaron a tierra muy cerca de un precioso templo donde servían varias muchachas: la más joven de ellas me encontró en la orilla y me salvó la vida; solo la vi dos veces. Solo a ella podré amar en este mundo, pero tú te pareces a ella, casi sustituyes a su imagen en mi alma. Ella pertenece al sagrado templo, por eso mi buena suerte te ha enviado a mí. ¡Jamás nos separaremos!

«¡Ay, él no sabe que fui yo quien le salvó la vida! —pensó la sirenita —. Yo lo llevé por el mar hasta el bosque donde estaba el templo, yo me senté detrás de las rocas a esperar que llegara algún ser humano. Yo vi a la hermosa muchacha a la que ama más que a mí —y la sirena suspiró más profundamente, no sabía llorar—. La muchacha pertenece al sagrado templo —se dijo ella—, no volverá al mundo y no se volverán a ver; yo estoy con él, lo veo todos los días, quiero cuidarlo, amarlo, ofrendarle mi vida».

Pero el príncipe tenía que casarse, y se va a casar con la hija del rey vecino —contaron—, por eso están aparejando un barco tan bonito. El príncipe va a visitar las tierras del rey vecino —decían—, pero en realidad es para ver a la hija del rey; lo acompañará un gran séquito. Pero la sirenita sacudía la cabeza y reía; ella conocía los pensamientos del príncipe mucho mejor que cualquier otra persona.

—Tengo que viajar —le había dicho el príncipe—. Tengo que ver a la hermosa princesa, mis padres así lo exigen, pero no me obligarán a traerla a casa como mi novia. ¡No puedo amarla! No se parece a la hermosa muchacha del templo, a la que tú sí te pareces. Si alguna vez tuviera que elegir novia serías tú, mi muda huerfanita de ojos que hablan [41] .

Y la besaba en la roja boca y jugueteaba con sus cabellos y ella apoyaba la cabeza en su corazón para soñar en la felicidad y el alma inmortal.

—Tú no tienes miedo al mar, mi mudita —decía él cuando estaban en el precioso barco que había de llevarlos a las tierras del rey vecino. Y le hablaba de tormentas y bonanzas, de extraños peces que vivían en las profundidades, y de los buzos que había visto, y ella sonreía con sus historias, pues sabía mejor que nadie lo que había en el fondo del mar.

En la clara noche de luna, cuando todos los demás dormían, menos el piloto que llevaba el timón, ella miró por la borda del barco, fijó su mirada en el agua transparente y creyó ver el palacio de su padre; en lo más alto estaba la anciana abuela con su corona de plata en la cabeza mirando por entre las violentas corrientes hacia la quilla del barco. Entonces salieron sus hermanas a la superficie y le hicieron tristes señas para decirle que todo iba bien, pero el grumete se acercó a la sirenita, y las hermanas se sumergieron y el muchacho pensó que lo que había visto era la espuma del mar.

A la mañana siguiente el barco entró en el puerto de la magnífica ciudad del rey vecino. Todas las campanas de las iglesias repicaban, y en las altas torres tocaban trompetas, mientras los soldados formaban con ondeantes banderas y brillantes bayonetas. Había fiestas todos los días. Bailes y recepciones se sucedían, pero la princesa aún no había llegado; estaba muy lejos, decían, en el sagrado templo, aprendiendo las virtudes de una reina. Por fin llegó.

La sirenita estaba ansiosa por ver su belleza y hubo de reconocer que jamás había visto figura tan hermosa. Tenía la piel fina y delicada, y tras las largas y oscuras pestañas sonreían unos ojos azules y leales.

—¡Eres tú! —dijo el príncipe—. Tú, la que me salvó cuando yo yacía como un cadáver en la playa —y apretó entre sus brazos a su ruborosa novia—. ¡Oh, qué feliz soy! —le dijo a la sirenita—. Ha sucedido lo mejor que yo hubiera podido esperar. Alégrate de mi felicidad, porque tú me amas más que nadie.

Y la sirenita le besó la mano mientras se le rompía el corazón. A la mañana siguiente de su boda moriría y se transformaría en espuma de mar.

Repicaron las campanas de todas las iglesias, los heraldos [42] recorrieron las calles anunciando el compromiso. En todos los altares ardía aceite aromático en costosas lámparas de plata. Los sacerdotes movían los incensarios mientras el novio y la novia se daban la mano y recibían la bendición del obispo. La sirenita estaba vestida de seda y oro y sostenía la cola de la novia, pero sus oídos no escuchaban la música festiva, sus ojos no veían la sagrada ceremonia, solo pensaba en la noche de su muerte, en todo lo que había perdido en el mundo.

Esa misma tarde, la novia y el novio subieron a bordo del barco, los cañones dispararon salvas, ondearon las banderas y en el centro del barco se alzó una tienda real de oro y púrpura, con magníficos almohadones: allí dormirían los novios en la fría y tranquila noche.

Las velas se hinchaban con el viento, y el barco se deslizaba suavemente, sin una sacudida, sobre el mar transparente.

Cuando oscureció, se encendieron lámparas multicolores y los marineros bailaron alegres danzas en cubierta. La sirenita pensaba en la primera vez que salió del agua y vio aquella alegría y aquel boato, y se mezcló en las danzas, onduló como se ondulan las olas del mar; sus delicados pies le dolían como si pisara sobre afilados cuchillos, pero no los sentía, pues mayor era el daño que sufría su corazón. Sabía que era la última noche que vería al príncipe, a aquel por quien había abandonado a su familia y su hogar, por quien había sacrificado su maravillosa voz y por quien había sufrido día a día tormentos interminables sin que él se diera nunca cuenta. Era la última noche que podría respirar el mismo aire que el príncipe, que podría ver el profundo mar y el cielo estrellado. La esperaba una noche eterna sin pensamientos ni sueños, pues no tenía alma, no podría conseguir nunca tenerla. Todo fue alegría y diversión en el barco hasta muy pasada la medianoche; ella reía y bailaba con la idea de la muerte clavada en su corazón. El príncipe besó a la hermosa novia y ella jugueteó con sus cabellos negros, y cogidos del brazo fueron a descansar en la magnífica tienda.

En el barco se hizo el silencio y todos descansaron; solo el piloto seguía al timón. La sirenita apoyó los brazos en la borda y miró hacia el Este buscando la aurora, el primer rayo de sol que habría de matarla. Entonces vio a sus hermanas, que subían a la superficie

del mar tan pálidas como ella misma; sus largos y hermosos cabellos ya no ondeaban con la brisa: se los habían cortado.

—Se los hemos dado a la bruja para que nos ayudara a salvarte esta noche. Nos ha dado este cuchillo. ¿Ves qué afilado está? Clávalo, antes de que salga el sol, en el corazón del príncipe, y cuando su sangre caliente caiga sobre tus piernas volverán a unirse formando una cola de pez, y volverás a ser una sirena, podrás zambullirte con nosotras en el agua y vivir trescientos años antes de convertirte en espuma de mar. ¡Apresúrate! O tú o él: uno de los dos tenéis que morir esta noche antes de que salga el sol. Nuestra anciana abuela sufre tanto, que ha perdido sus blancos cabellos, igual que los nuestros han caído ante la cuchilla de la bruja. ¡Mata al príncipe y vuelve con nosotras! ¡Apresúrate, mira esas líneas rojas del cielo! Dentro de unos minutos se alzará el sol y morirás.

Y lanzaron un suspiro increíblemente profundo y se sumergieron entre las olas.

La sirenita levantó el tapiz de púrpura que cerraba la tienda y vio a la hermosa novia con la cabeza apoyada en el pecho del príncipe; besó su bella frente, miró al cielo, donde cada instante eran más visibles los rayos de la aurora, miró el afilado cuchillo y volvió a clavar sus ojos en el príncipe, que pronunciaba entre sueños el nombre de su novia: solo a ella tenía en el pensamiento. Y el cuchillo tembló en las manos de la sirena… y entonces lo arrojó muy lejos, hacia las olas, que brillaron enrojecidas, como si hubiera caído sangre en el agua. Miró otra vez al príncipe, con los ojos casi vidriosos ya. Se arrojó al mar y sintió cómo sus miembros se iban convirtiendo en espuma.

Salió el sol sobre el mar, sus rayos caían suaves y cálidos sobre la espuma mortalmente fría, pero la sirenita no sentía la muerte, miraba hacia el claro sol y vio que encima de ella flotaban cientos de seres transparentes y bellísimos. A través de ellos podía ver las blancas velas del barco y las rojas nubes del cielo; sus voces eran melodiosas, pero su melodía era tan espiritual, que ningún ser humano podía oírlas, ni ningún ojo humano podía verlas. La sirenita se dio cuenta de que también ella tenía un cuerpo como el de aquellas figuras y notó que se elevaba más y más entre la espuma.

—¿Quiénes sois? —preguntó, y su voz sonó como la de aquellas criaturas tan espirituales, que no hay música terrenal que pueda producirla.

—¡Las hijas del aire! —respondieron las otras—. La sirena no tiene alma inmortal y no puede tenerla si no es por el amor de un ser humano. Tu existencia eterna depende de extrañas fuerzas. Las hijas del aire tampoco tenemos alma inmortal, pero podemos conseguirla haciendo buenas obras. Volaremos hacia los países cálidos donde el tibio aire de la peste mata a los humanos y lo refrescaremos. Esparciremos el aroma de las flores por el aire y les daremos así reposo y curación. Cuando hayamos pasado trescientos años haciendo todo el bien que podamos, conseguiremos un alma inmortal y participaremos de la felicidad eterna de los humanos. Tú, pobre sirenita, has intentado conseguir con tu corazón lo mismo que nosotras, has sufrido y padecido, te has elevado así hasta el mundo de los espíritus aéreos, y con tus buenas acciones podrás conseguir tú también tu alma inmortal dentro de trescientos años.

Y la sirenita alzó sus claros brazos hacia el sol de Dios y por primera vez supo lo que era una lágrima. En el barco volvía a haber ajetreo y animación, vio al príncipe buscándola junto a su hermosa novia, miraron con tristeza la burbujeante espuma como si supieran que ella se había arrojado a las olas. Sin que la vieran, besó la frente de la novia, le sonrió a él y ascendió con las hijas del aire hacia la nube rosada que flotaba en el aire.

—¡Dentro de trescientos años iremos volando así hasta el reino de Dios!

—¡Podemos llegar antes! —susurró una de ellas—. Entraremos invisibles en las casas de los humanos, donde hay niños, y cada día que encontremos a un niño bueno que sea la alegría de sus padres y que pague con bien el amor que ellos le dan, nos acortará Dios nuestro tiempo de prueba. Cuando entremos volando en su habitación y le sonriamos alegres, el niño no sabrá que así se acortan en uno nuestros trescientos años. Pero si vemos a un niño malo y desobediente, lloraremos lágrimas de pena, y cada lágrima añadirá un día a nuestro tiempo de prueba [43] .

32 aciano: planta con hermosas flores azules o violáceas.

33 tañer: tocar un instrumento musical.

34 ensenada: parte de mar que entra en la tierra.

35 arboladura: conjunto de maderos y vergas de un buque.

36 vergas: perchas perpendiculares a los mástiles en las embarcaciones a vela.

37 ojo de buey: ventana o claraboya circular.

38 combar: torcer o encorvar.

39 caleta: entrada de mar, más pequeña que la bahía.

40 ofrendar: regalar.

41 Este epíteto («mi muda huerfanita de ojos que hablan») hace referencia a lo que anunció la bruja del mar a la sirenita: que perdería su voz pero podría seducir al príncipe con el lenguaje de su mirada.

42 heraldo: mensajero.

43 Este final parece un guiño a los jóvenes lectores del cuento, a los que se involucra en el destino de la sirenita.

EL VALIENTE SOLDADITO DE PLOMO

Había una vez veinticinco soldaditos de plomo, que eran hermanos porque habían nacido todos de la misma cuchara de plomo. Llevaban el fusil al hombro, miraban al frente y sus preciosos uniformes eran rojos y azules. Lo primero que oyeron en este mundo cuando los sacaron de la caja en que estaban fueron las palabras: «¡Soldaditos de plomo!», que gritó un niño dando palmas. Se los habían regalado porque era su cumpleaños, y los colocó encima de la mesa. Todos los soldaditos eran iguales, menos uno que tenía una sola pierna, pues lo habían fundido el último, cuando no quedaba plomo suficiente. Pero estaba tan firme sobre su única pierna como los demás sobre las dos, y era él precisamente el que más llamaba la atención.

En la mesa donde los colocaron había otros muchos juguetes; pero el que más destacaba era un precioso castillo de papel. Por las ventanitas se veía el interior de los salones. Por fuera se alzaban arbolitos en torno a un espejito que hacía las veces de lago, en el que nadaban reflejándose cisnes de cera. Todo era precioso, pero lo más hermoso de todo era una doncellita que estaba delante de la puerta abierta del castillo. También ella estaba recortada en papel, pero tenía puesta una falda de finísimo lino y una estrecha cintita azul en los hombros. En la cintura llevaba una brillante lentejuela, tan grande como su rostro. La doncella tenía los dos brazos extendidos hacia adelante, porque era bailarina, y una de las piernas estaba tan levantada, que el soldadito de plomo no llegaba a verla y creyó que solo tenía una pierna.

«¡Sería una buena esposa para mí! —pensó—. Pero es muy distinguida, vive en un palacio, y yo no tengo más que una caja, y además para veinticinco; ella no cabría. ¡Pero tengo que conocerla!».

Y se puso detrás de una caja de rapé que había encima de la mesa, para ver a la distinguida señorita que parecía tenerse sobre una sola

pierna sin perder el equilibrio.

Cuando llegó la noche, los otros soldaditos de plomo se fueron a su caja, y las personas de la casa se fueron a la cama. Los juguetes empezaron entonces sus diversiones, dieron la bienvenida a los nuevos, hicieron la guerra y bailaron. Los soldaditos de plomo se agitaban dentro de la caja porque querían participar, pero no podían quitar la tapa. El cascanueces daba volteretas, y la tiza hacía cuentas en la pizarra. Era todo un espectáculo, y el canario se despertó y empezó a parlotear también, y además en verso. Los dos únicos que no se movían de su sitio eran el soldadito de plomo y la pequeña bailarina que se tenía sobre las puntas de los pies con los brazos extendidos. El soldadito estaba firme sobre su única pierna, y sus ojos no se apartaban un solo instante de la bailarina.

El reloj dio las doce y, ¡zas!, la tapa de la caja de rapé se abrió, pero dentro no había tabaco, no; había un pequeño trol negro que pasaba por figurita artística.

—¡Soldado de plomo! —dijo el trol—. Mira a otro lado.

Pero el soldadito de plomo se rio como si no lo hubiera oído.

—¡Pues ya verás mañana! —dijo el trol.

Cuando llegó la mañana y los niños se levantaron, colocaron al soldadito de plomo en la ventana, y ya fuera por culpa del trol o debido a una corriente de aire, el caso es que de pronto la ventana se abrió y el soldadito cayó de cabeza desde el tercer piso. Fue un viaje horrible; al fin se quedó cabeza abajo, con la pierna en el aire y la bayoneta clavada entre los adoquines.

La criada y el niño bajaron en seguida a buscarlo, pero aunque estuvieron a punto de pisarlo no lo vieron. Si el soldadito hubiera gritado: «¡Estoy aquí!», habrían podido encontrarlo, pero no le pareció conveniente gritar, pues iba de uniforme.

Empezó a llover, las gotas caían cada vez más apretadas, cayó un auténtico aguacero. Cuando acabó, llegaron dos mozalbetes.

—¡Anda! —dijo uno de ellos—. Aquí hay un soldado de plomo.

¡Pongámoslo a navegar!

Así que hicieron un barco con una hoja de periódico, metieron al soldadito de plomo y allá se fue el barco navegando junto al bordillo. Los mozalbetes corrían a su lado dando palmas. ¡Cuidado! ¡Qué olas tan grandes se formaban en el arroyo, qué corriente había! Y es que había llovido a cántaros. El barco de papel se balanceaba arriba y abajo, y cuando daba vuelta a una esquina el soldado se estremecía. Pero era valiente y no cambió el semblante; seguía mirando al frente con el fusil al hombro.

De pronto el barco cayó por un largo desagüe. Todo estaba tan oscuro como dentro de su caja.

«Me pregunto si podré regresar a casa —pensó—. ¡Sí, es culpa del trol! ¡Ay, si la doncellita estuviera conmigo en el barco, me daría igual que todo fuera aún más oscuro!».

En esto llegó una gran rata de agua que vivía en la alcantarilla.

—¿Tienes pasaporte? —preguntó la rata—. ¡A ver el pasaporte!

Pero el soldadito de plomo no dijo nada y sujetó aún más fuerte su fusil. El barco siguió su marcha, y la rata quedó atrás. ¡Uf! ¡Cómo rechinaba los dientes y gritaba echando sapos y culebras!

—¡Detenedle, detenedle! ¡No ha pagado el peaje! ¡Seguramente no tiene pasaporte!

Pero la corriente era cada vez más fuerte, el soldadito de plomo veía la luz del día al final de la alcantarilla, pero también oía un fragor que asustaría a un valiente. Imaginaos, la alcantarilla se precipitaba a un gran canal, y aquello podía ser tan peligroso para nuestro soldadito como lo sería para nosotros caer por una enorme catarata.

Estaba ya tan cerca que no había forma de detenerse. El barco cayó, el soldadito se mantuvo todo lo tieso que pudo, nadie hubiera podido decir que había parpadeado. El barco dio dos o tres vueltas y se llenó de agua hasta el borde; empezó a hundirse. El soldadito de plomo estaba con el agua hasta el cuello, y el barco seguía

hundiéndose. El papel se deshacía más y más. El agua ya cubría la cabeza del soldadito… Entonces pensó en la preciosa bailarina a la que no volvería a ver más, y en los oídos del soldadito de plomo sonó la canción:

¡A marchar, soldado, a marchar,

ante la muerte no debes temblar!

El papel se rompió y el soldadito de plomo se hundió rápidamente…, pero en ese mismo momento se lo tragó un gran pez.

¡Caramba, qué oscuridad había allí dentro! Era aún peor que en la alcantarilla, y además había muy poco espacio. Pero el soldadito de plomo era valiente y seguía allí tumbado muy firme con su fusil al hombro.

El pez hizo unos movimientos de lo más terribles. Por fin se quedó completamente quieto, y apareció algo así como un rayo de luz. La luz brilló con más claridad y alguien gritó:

—¡Un soldadito de plomo!

Habían pescado al pez, lo habían llevado al mercado, lo habían vendido y había acabado en la cocina, donde la muchacha lo abrió con un gran cuchillo. Cogió con dos dedos al soldadito por la cintura y lo llevó al salón, donde todos querían ver a aquel hombre tan curioso que había viajado en el interior de un pez. Pero el soldadito de plomo no estaba nada orgulloso. Lo colocaron encima de la mesa y allí…, ¡anda, las cosas tan extrañas que pueden suceder en esta vida!, el soldadito de plomo estaba en la misma habitación donde había estado antes. Vio a los mismos niños y los juguetes sobre la mesa. El precioso castillo con la bellísima bailarina, que seguía erguida sobre una sola pierna, con la otra levantada. También ella era valiente, y el soldadito de plomo se conmovió tanto al verla, que estuvo a punto de llorar lágrimas de

plomo, pero no era propio de un soldado. La miró, y ella lo miró a él, pero no dijeron nada.

En esto, uno de los niños tiró al soldadito a la chimenea, sin dar ninguna razón para ello. Seguramente sería culpa del trol.

El soldadito de plomo quedó deslumbrado y sintió un calor horroroso, pero no sabía bien si era por el fuego o por el amor. Los colores se le habían ido, nadie sabía si por el viaje o por la pena. Miró a la muchachita, ella lo miró a él. Y el soldadito notó cómo se derretía, pero siguió valiente con el fusil al hombro. Entonces se abrió una puerta, el viento arrastró a la bailarina, que voló como una sílfide hasta la chimenea y cayó al lado del soldadito de plomo, soltó una llamarada y desapareció. Y el soldadito de plomo se derritió y quedó convertido en una bolita, y la muchacha del servicio, cuando al día siguiente limpió las cenizas, encontró algo que parecía un corazón de plomo. De la bailarina no quedaba más que la lentejuela, ennegrecida por el fuego.

Cuentos de princesas

y emperadores

EL RUISEÑOR

Ya sabéis que en China el emperador es chino, y chinos son también todos los que están con él. De esta historia hace muchos años, pero precisamente por eso vale la pena oírla, pues podría olvidarse.

El palacio del emperador era el más hermoso del mundo. Estaba hecho de fina porcelana costosísima, pero tan frágil que había que tener mucho cuidado al tocarla. En el jardín había flores asombrosas, y a las más bellas les habían atado unas campanitas de plata, que sonaban para que nadie pasara a su lado sin fijarse en las flores. Sí, en el jardín del emperador todo estaba perfectamente pensado, y era tan extenso que ni el jardinero sabía dónde terminaba. Si uno caminaba y caminaba, llegaba a un precioso bosque con altos árboles y profundos lagos. El bosque se extendía hasta la orilla del mar, que era azul y profundo. Los grandes barcos podían navegar debajo mismo de las ramas, y en estas habitaba un ruiseñor que cantaba tan maravillosamente bien, que hasta el pobre pescador que tenía tantas otras cosas a las que atender se detenía a escucharlo cuando, por la noche, salía a echar las redes y oía al ruiseñor.

—¡Dios mío, qué hermoso es! —decía, pero tenía que atender sus cosas y se olvidaba del pájaro.

Pero a la noche siguiente, cuando volvía a cantar y el pescador salía, volvía a decir lo mismo:

—¡Dios mío, qué hermoso es!

Desde todas las naciones del mundo llegaron viajeros a la ciudad del emperador y la admiraron, y también el palacio y el jardín, pero en cuanto oían cantar al ruiseñor decían todos:

—¡Esto es lo mejor de todo!

Y los viajeros lo contaron al volver a sus casas, y los sabios

escribieron muchos libros sobre la ciudad, el palacio y el jardín, pero no se olvidaron del ruiseñor, que era lo que más valioso les parecía. Y los que sabían hacer poesía escribieron bellísimos poemas, todos sobre el ruiseñor del bosque que había a la orilla del profundo mar.

Esos libros dieron la vuelta al mundo y algunos llegaron hasta el emperador. Se sentó en su trono de oro, leyó y leyó, y no hacía más que asentir con la cabeza porque disfrutaba leyendo las magníficas descripciones de la ciudad, el palacio y el jardín. «¡Pero el ruiseñor es lo mejor de todo!», ponía en el libro.

—¡Pues vaya! —dijo el emperador—. ¡El ruiseñor! ¡Pero si no lo conozco! ¡Pero si en mi imperio existe un pájaro así, superior a mi jardín, y al que jamás he oído! ¡Enterarse leyendo de una cosa así!

De modo que llamó a su caballero, que era tan principal que si alguien inferior se atrevía a dirigirle la palabra o a preguntarle algo, él no respondía más que «¡P!», que no significa nada.

—Dicen que aquí hay un pájaro asombroso que se llama ruiseñor —dijo el emperador—. Dicen que es lo mejor que hay en mi gran reino. ¿Cómo es que nadie me ha hablado nunca de él?

—¡Jamás he oído hablar de él! —dijo el caballero—. Nunca ha sido presentado en la corte.

—Quiero que venga esta misma noche a cantar para mí —dijo el emperador—. Todo el mundo sabe lo que tengo, menos yo mismo.

—¡Jamás he oído hablar de él! —dijo el caballero—. ¡Lo buscaré, lo encontraré!

Pero, ¿dónde encontrarlo? El caballero subió y bajó corriendo por todas las escaleras, atravesó a la carrera salones y pasillos. Nadie, de toda la gente que se encontró, había oído hablar del ruiseñor, y el caballero volvió corriendo a ver al emperador y le dijo que seguramente sería una fábula de los que habían escrito los libros:

—Su Majestad Imperial no puede creer todo lo que se escribe; hay cosas inventadas y lo que llaman magia negra.

—Pero el libro en el que lo he leído —dijo el emperador— me lo ha enviado el poderosísimo emperador del Japón, de modo que no puede ser mentira. ¡Quiero oír al ruiseñor! ¡Esta noche tiene que estar aquí! ¡Ha hallado la gracia del emperador! ¡Si no viene, toda la gente de la corte tendrá que darse golpes en la barriga después de cenar!

—¡Tsing-pe! —dijo el caballero.

Y volvió a subir y bajar corriendo por todas las escaleras, a atravesar a la carrera salones y pasillos. Y media corte corría también, porque a nadie le apetecía darse golpes en la barriga. Todos preguntaban por aquel asombroso ruiseñor al que conocía todo el mundo menos la gente de la corte.

Por fin encontraron a una muchachita pobre en la cocina. Dijo:

—¡Dios mío, conozco muy bien a ese ruiseñor! ¡Sí, cómo canta! Tengo permiso para llevarle las sobras de la mesa a mi pobre madre enferma, que vive en la playa, y al volver estoy cansada, y entonces me siento en el bosque a escuchar cantar al ruiseñor. Se me llenan los ojos de lágrimas, igual que cuando me besa mi madre.

—Pequeña cocinera —dijo el caballero—, os proporcionaré un empleo fijo en la cocina y os autorizaré a ver comer al emperador si nos conducís hasta el ruiseñor, porque tiene una cita aquí para esta noche.

Y se fueron todos juntos al bosque donde solía cantar el ruiseñor. Media corte fue para allá. Cuando iban caminando tan contentos, empezó a mugir una vaca.

—¡Oh! —dijo el chambelán [44] mayor—. ¡Ya lo tenemos! ¡Qué potencia para un animal tan pequeño! Creo que ya lo había oído alguna vez.

—¡No, son las vacas mugiendo! —dijo la pequeña cocinera—. Aún estamos lejos.

Las ranas croaron en el estanque.

—¡Precioso! —dijo el deán [45] chino de palacio—. Ya lo oigo, allí

suena como si fueran campanitas de iglesia.

—¡No, son las ranas! —dijo la pequeña cocinera—. Pero creo que lo oiremos en seguida.

Y el ruiseñor empezó a cantar.

—¡Ese es! —dijo la niña—. ¡Escuchad, escuchad! ¡Allí está!

Y señaló con el dedo un pajarito gris que había entre las ramas.

—¡No es posible! —dijo el caballero—. Nunca me lo habría imaginado así. ¡Pero si es de lo más simple, seguro que ha perdido los colores al verse ante tantas personas principales!

—Pequeño ruiseñor —gritó muy fuerte la pequeña cocinera—, nuestro gracioso emperador desea que cantes para él.

—¡Con mucho gusto! —dijo el ruiseñor, y cantó que daba gloria oírle.

—¡Parecen campanas de cristal! —dijo el caballero—. ¡Y usa una garganta pequeñísima! Qué extraño que no lo hayamos oído nunca.

—¿Canto otra vez para el emperador? —dijo el ruiseñor, que creía que el emperador estaba allí.

—Apreciado ruiseñor —dijo el caballero—, tengo el gran placer de invitaros a una fiesta en la corte esta noche, donde deleitaréis a su gracia serenísima con vuestros deliciosos cantos.

—Me sale mejor al aire libre —dijo el ruiseñor, pero lo siguió gustoso porque ese era el deseo del emperador.

Habían adornado maravillosamente el palacio. Las paredes y el suelo, que eran de porcelana, relumbraban a la luz de miles de lámparas de oro; habían colocado flores maravillosas en los pasillos, aquellas flores maravillosas que repiqueteaban. Cuando corría la gente y soplaba el viento, sonaban todas las campanitas, y no había forma de oírse unos a otros.

En medio del gran salón donde estaba el emperador habían

colocado una percha de oro para que se posara el ruiseñor. Toda la corte estaba allí, y a la pequeña cocinera le habían concedido permiso para quedarse detrás de la puerta, pues ahora tenía el título de cocinera de verdad. Todos iban ataviados con sus mejores galas y todos miraron al gris pajarito, al que saludó el rey con un movimiento de cabeza.

Y el ruiseñor cantó tan bellamente, que al emperador se le llenaron los ojos de lágrimas, y entonces el ruiseñor cantó aún mejor; llegaba directamente al corazón, y el emperador se puso tan contento, que dijo que le regalaba al ruiseñor su zapatilla de oro para que se la pusiera al cuello. Pero el ruiseñor le dio las gracias y dijo que no, que ya tenía suficiente recompensa.

—He visto lágrimas en los ojos del emperador; ¡ese es mi mayor tesoro! Porque las lágrimas de un emperador tienen un poder maravilloso. ¡Dios sabe que mi recompensa es suficiente! —y volvió a cantar con su maravillosa y dulce voz.

—Ha sido lo más adorable que jamás he visto —dijeron las damas, y se dedicaron a meterse agua en la boca para hacer gorgoritos cuando alguien hablaba con ellas, creyendo que así eran ruiseñores. Sí, también los lacayos y las camareras hicieron saber que a ellos también les había gustado, y eso es muchísimo, porque son los más difíciles de satisfacer. Desde luego, el ruiseñor tuvo un auténtico éxito.

Ahora se quedaría en la corte, tendría su propia jaula y libertad para salir dos veces al día y una vez cada noche. Salía con doce sirvientes, todos con una cinta de seda en la pierna y bien sujetos al pájaro. En tales condiciones no resultaba demasiado placentero.

Toda la ciudad hablaba del pájaro asombroso y, cuando se encontraban dos personas, uno le decía al otro:

—¡Rui!

Y el otro contestaba:

—¡Señor!

Y suspiraban y se entendían muy bien; hasta pusieron su nombre a once hijos de tenderos, aunque ninguno de ellos sabía una sola melodía.

Un día llegó un paquete muy grande para el emperador. Ponía: «Ruiseñor».

—¡He aquí un libro nuevo sobre nuestro famoso pájaro! —dijo el emperador.

Pero no era un libro: era una pequeña obra de arte metida en una caja, un ruiseñor mecánico que se suponía parecido al vivo, aunque estaba todo cubierto de diamantes, rubíes y zafiros. En cuanto le dieron cuerda, el ruiseñor empezó a cantar una de las piezas que cantaba el auténtico, y la cola subía y bajaba reluciente de oro y plata. Alrededor del cuello colgaba una cintita en la que estaba escrito: «El ruiseñor del emperador del Japón no es nada comparado con el del emperador de China».

—¡Es precioso! —dijeron todos, y el que había traído el ruiseñor mecánico recibió de inmediato el título de Suministrador Imperial Supremo de Ruiseñores.

—Ahora podrían cantar juntos a dúo.

Y los hicieron cantar juntos, pero no funcionó, porque el ruiseñor de verdad cantaba a su modo, y el pájaro mecánico tenía dentro unos cilindros.

—¡No es culpa suya! —dijo el maestro de música—. Lleva perfectamente el compás y es de mi escuela.

Así que el pájaro artificial tendría que cantar solo. Tuvo tanto éxito como el de verdad, y además su aspecto era mucho más bonito: relucía como las pulseras y los broches.

Treinta y tres veces cantó la misma pieza sin cansarse. A la gente le habría gustado seguir escuchándolo, pero el emperador dijo que tenía que cantar también un poco el ruiseñor vivo… Pero, ¿dónde estaba? Nadie se había dado cuenta de que había salido volando por la ventana abierta y se había ido a su verde bosque.

—¡Pero cómo es posible! —dijo el emperador.

Y todos los cortesanos insultaron al ruiseñor, diciendo que era un animal de lo más desagradecido.

—¡Pero seguimos teniendo el mejor de los dos pájaros! —dijeron, y el pájaro mecánico tuvo que cantar otra vez, y fue la trigésima cuarta vez que oían la misma pieza, aunque aún no se la habían aprendido bien, porque era muy difícil; y el maestro de música hizo muy grandes elogios del pájaro, e incluso aseguró que era mejor que el ruiseñor de verdad, no solo por lo que se refería a su ropaje y a los numerosos diamantes preciosos, sino también por su interior.

—Porque ya veis, mis señores, y sobre todo vos, emperador. Con el ruiseñor de verdad no se puede prever nunca lo que va a pasar, pero con el pájaro mecánico todo es seguro. ¡Es así y no de otro modo! Uno puede fiarse de él, puede abrirse y comprobarse cómo es la mente humana, cómo están colocados los cilindros, cómo funcionan y cómo se van siguiendo uno a otro.

—¡Eso pienso yo! —dijeron todos.

Y el maestro de música obtuvo permiso el domingo siguiente para mostrar el pájaro al pueblo. También el pueblo tenía que oírlo, dijo el emperador, y lo oyeron y se pusieron tan contentos como si se hubieran emborrachado con té, que es una cosa muy china, y todos dijeron: «¡Oh!», y levantaron un dedo en el aire, el dedito largo, y menearon la cabeza. Pero el pobre pescador que había oído cantar al ruiseñor de verdad dijo:

—Suena bastante bien, y se parece, pero le falta algo, no sé qué.

El pájaro mecánico fue colocado sobre un cojín de plata al lado de la cama del emperador. A su alrededor tenía todos los regalos que le habían dado, oro y piedras preciosas, y fue ascendido al título de Cantor de Cabecera de su Majestad Imperial, con el rango del Número Uno a la Izquierda, pues el emperador consideraba ese lado el más noble, ya que allí estaba el corazón, porque también los emperadores tienen el corazón a la izquierda. Y el maestro de música escribió veinticinco volúmenes sobre el pájaro mecánico. Eran de lo más erudito y de lo más largo, con las palabras chinas

más difíciles, y todos decían que los habían leído y comprendido, porque, si no, los considerarían tontos y les darían golpes en la barriga.

Así transcurrió un año entero. El emperador y todos los demás chinos se sabían de memoria cada gorgorito de la canción del pájaro mecánico, pero precisamente por eso les encantaba, y ellos también la cantaban. Los chicos de la calle cantaban:

—¡Sisisi! ¡Clocclocclоc! —y el emperador también… ¡Ciertamente era precioso!

Pero una noche, cuando mejor cantaba el pájaro mecánico, y el emperador estaba tumbado en la cama escuchándolo, dijo:

—Cling.

Todas las ruedecitas se pusieron a dar vueltas y la música se paró.

El emperador saltó de la cama a toda prisa e hizo llamar a su médico de cabecera, pero ¡qué podía hacer él! Trajeron al relojero, que, tras mucho hablar y mucho mirar, recompuso a medias el pájaro, aunque dijo que había que tener mucho cuidado, porque tenía los pernos gastados y era imposible poner otros nuevos para que la música siguiera siendo igual. ¡Qué pena! Solo se atrevían a hacer cantar al pájaro mecánico una vez al año, y aun así con dificultad. Pero el maestro de música hizo un discursito con palabras difíciles afirmando que era tan bueno como antes, de modo que siguió siendo tan bueno como antes.

Pasaron cinco años, y todo el país fue aquejado de una gran pena, porque en el fondo todos querían a su emperador. Estaba enfermo e iba a morir, decían; ya habían elegido un nuevo emperador, y la gente le preguntaba en la calle al caballero cómo estaba el emperador.

—¡P! —decía él sacudiendo la cabeza.

El emperador yacía frío y pálido en su cama grande y magnífica; toda la corte lo creyó muerto y todos corrieron a saludar al nuevo emperador, los camareros salieron a hablar y las doncellas se

reunieron todas a tomar café. Por todos los salones y todos los pasillos colocaron alfombras para que no se oyeran pasos, de modo que había silencio, mucho silencio. Pero el emperador aún no había muerto. Yacía rígido y pálido en la estupenda cama con largos cortinajes de terciopelo y pesadas borlas de oro. Arriba había una ventana abierta y la luna brillaba sobre el emperador y el pájaro mecánico.

El pobre emperador casi no podía respirar; era como si algo le estuviera oprimiendo el pecho. Abrió los ojos y entonces vio que era la muerte lo que le oprimía el pecho. Se había puesto la corona de emperador y llevaba en una mano el sable de oro, y en la otra, su magnífico estandarte. Y todo alrededor, en los pliegues de los grandes cortinajes de terciopelo de la cama, aparecían extrañas cabezas, unas muy feas, otras muy dulces. Eran todas las buenas y malas acciones del emperador, que estaban mirándolo, ahora que la muerte estaba sobre su corazón.

—¿Te acuerdas? —se susurraban una a otra—. ¿Te acuerdas? —y contaron tantas cosas, que la frente se le llenó de sudor.

—¡No me di cuenta! —dijo el emperador—. ¡Música, música! —gritó—. ¡El gran tambor chino para no oír lo que dicen!

Pero siguieron, y a cada cosa que decían la muerte asentía con la cabeza.

—¡Música, música! —aulló el emperador—. ¡Mi querido pajarito de oro, canta, canta! ¡Te he dado oro y riquezas, yo mismo te he puesto al cuello mi zapatilla de oro, canta, canta!

Pero el pájaro estaba silencioso, no había nadie para darle cuerda, y además ya no podía cantar. Pero la muerte seguía mirando al emperador con las grandes cuencas vacías de sus ojos. Y había silencio, un silencio espantoso.

Entonces, en ese mismo instante, sonó junto a la ventana un canto preciosísimo. Era el pequeño ruiseñor de verdad, que estaba allí fuera, sobre una rama. Había oído hablar de la desgracia del emperador y por eso había venido, a confortarlo y darle esperanza. Y según cantaba, las figuras se iban haciendo más y más débiles, la

sangre subía con más fuerza por los débiles miembros del emperador y la muerte misma escuchaba y decía:

—¡Sigue, ruiseñor, sigue!

—¡Dame tu precioso sable de oro! ¡Quiero que me des el espléndido estandarte! ¡Dame la corona del emperador!

Y la muerte le dio aquellos tesoros a cambio de una canción, y el ruiseñor continuó cantando, y cantó sobre el silencioso cementerio donde crecen rosas blancas, donde exhala su aroma el saúco y donde la fresca hierba se humedece con las lágrimas de los vivos. La muerte añoró entonces su jardín y salió volando por la ventana como fría y húmeda neblina.

—¡Gracias, gracias! —dijo el emperador—. ¡Divino pajarito, te reconozco! Te expulsé del país y del reino, y tú, sin embargo, con tu canto has alejado de mi lecho esas malas visiones, has apartado a la muerte de mi corazón. ¿Cómo podré recompensarte?

—¡Ya me recompensaste! —dijo el ruiseñor—. Vi lágrimas en tus ojos la primera vez que canté; nunca podré olvidarlo. Son joyas que alegran el corazón de un cantor. Pero ahora duerme y recupérate. ¡Cantaré para ti!

Y cantó…, y el emperador se sumió en un profundo sueño benéfico y dulce.

El sol entraba hasta él por las ventanas cuando despertó recuperado y sano. Ninguno de sus servidores había regresado todavía, pues creían que estaba muerto, pero el ruiseñor continuaba cantando.

—¡Quédate siempre a mi lado! —dijo el emperador—. Solo cantarás cuando quieras, y haré mil pedazos el pájaro mecánico.

—¡No lo rompas! —dijo el ruiseñor—. ¡Ha hecho todo el bien que podía! ¡Consérvalo siempre! Yo no puedo vivir en tu palacio, pero permíteme que venga cuando me apetezca; por las noches me posaré en esta rama que hay junto a la ventana y cantaré para ti, para que te alegres y medites. Cantaré sobre los que son felices y sobre los que sufren, cantaré sobre lo bueno y lo malo que se oculta

a tu alrededor. El pajarito cantor vuela hacia el pobre pescador, hacia el techo del campesino, hacia todos los que están lejos de ti y de tu corte. Amo tu corazón más que tu corona, aunque tu corona tiene olor a algo sagrado… ¡Vendré a cantar para ti! ¡Pero tienes que prometerme una única cosa!

—¡Todo! —dijo el emperador.

Y se vistió con sus ropajes imperiales él solo y se ciñó el sable, que pesaba por ser de oro, contra el corazón.

—¡Solo te pido una única cosa! No cuentes a nadie que tienes un pajarito que te lo cuenta todo; así irán mejor las cosas.

Y el ruiseñor se marchó volando.

Los servidores entraron a ver a su emperador muerto…, que estaba allí de pie. Y el emperador dijo:

—¡Buenos días!

■

44 chambelán: ayudante de un noble o un rey.

45 deán: maestro.

LA PRINCESA Y EL GUISANTE

Había una vez un príncipe que quería casarse con una princesa, pero tendría que ser una princesa de verdad. Así que viajó por todo el mundo para encontrar alguna. Pero siempre había algún problema: princesas había de sobra, pero que fueran princesas de verdad no estaba del todo claro; siempre había algo que no estaba del todo bien. Así que volvió a su casa preocupado, porque tenía muchas ganas de encontrar una auténtica princesa.

Una noche, hacía un tiempo espantoso. Había relámpagos y truenos, y llovía a cántaros. ¡Era horrible! Llamaron a la puerta, y el viejo rey fue a abrir.

Allí fuera había una princesa. ¡Pero, Dios mío, qué aspecto tenía, con aquella lluvia y aquella tormenta! El agua le escurría por el pelo y la ropa, le caía desde la nariz a las punteras de los zapatos y salía por los talones. Y dijo que era una princesa de verdad.

«Bueno, ahora veremos», pensó la anciana reina, pero no dijo nada.

Entró en el dormitorio, quitó toda la ropa de la cama y puso un guisante sobre el somier de tablas; luego cogió veinte colchones, los puso encima del guisante, y luego veinte edredones de plumas encima de los colchones.

Allí dormiría aquella noche la princesa.

Por la mañana le preguntaron qué tal había dormido.

—¡Oh, terriblemente mal! —dijo la princesa—. Casi no he podido pegar ojo en toda la noche. Dios sabe lo que habría en esa cama. Debajo había algo duro y tengo todo el cuerpo lleno de moratones. ¡Es horrible!

Así pudieron comprobar que era una princesa de verdad, pues había notado el guisante a pesar de los veinte colchones y los veinte

edredones. No podía haber nadie tan sensible, a no ser una auténtica princesa.

El príncipe se casó con ella, porque ahora sabía que había encontrado una princesa de verdad, y el guisante acabó en el museo, y allí sigue para que lo vean, si no se lo ha llevado nadie.

¡Menudo [46] cuento!

■

46 Advierte el doble significado de la palabra «menudo» en este contexto: ¡Qué cuento más especial! Y, al mismo, tiempo, ¡Qué cuento tan breve!

EL TRAJE NUEVO DEL EMPERADOR

Hace muchos años había un emperador al que le gustaban tanto los trajes nuevos y elegantes, que gastaba todo su dinero en ropa. No le interesaban sus soldados, no le interesaba el teatro ni ir al bosque: solo tener trajes nuevos. Tenía una levita para cada hora del día; y si de los reyes se suele decir que están en consejo, de él siempre se decía: «El emperador está en el probador».

La gran ciudad donde vivía era un lugar muy alegre; todos los días llegaban muchos forasteros, y un día llegaron dos embaucadores. Se presentaron como tejedores y dijeron que sabían tejer las telas más preciosas que uno pudiera imaginarse. No solo los colores y los dibujos eran muy hermosos, sino que cortaban trajes con una tela que tenía la propiedad de ser invisible para cualquier persona que no mereciera su cargo o que fuera absolutamente tonta.

«Sería un traje estupendo —pensó el emperador—. Poniéndomelo podría averiguar qué hombres de mi reino no merecen los cargos que ocupan. Podría distinguir a tontos y listos. ¡Tienen que tejer inmediatamente esa tela para mí!».

Y entregó muchísimo dinero a los dos embaucadores para que comenzaran el trabajo.

Así que instalaron un telar y fingieron que trabajaban, aunque en el telar no había nada. Al poco pidieron la seda más fina y el oro más precioso. Se lo metieron en las bolsas y trabajaron en el telar vacío hasta bien entrada la noche.

«Me gustaría saber cuánto han progresado con la tela», pensó el emperador, pero le dio un vuelco el corazón pensando que si era tonto o no estaba a la altura de su cargo no la vería. En realidad creía no tener nada que temer, pero prefirió enviar a alguien a ver cómo iban las cosas. Toda la gente de la ciudad conocía la extraordinaria propiedad de la tela, y todos estaban ansiosos por ver

lo inútil o lo tonto que era su vecino.

«Enviaré al telar a mi anciano y noble ministro —pensó el emperador—. Él podrá ver mejor que nadie cómo es la tela, porque es inteligente y no hay nadie que esté a la altura de su cargo tanto como él».

Así que allá fue el anciano y bondadoso ministro a la sala donde estaban trabajando en el telar vacío.

«¡Válgame Dios! —pensó el anciano ministro abriendo ojos como platos—. ¡Pero si no veo nada!».

Pero no lo dijo.

Los embaucadores le pidieron que hiciera el favor de acercarse más y le preguntaron si no era un dibujo precioso y unos colores hermosísimos. Y señalaban el telar vacío, y el pobre del viejo ministro siguió abriendo los ojos como platos sin poder ver nada, pues nada había.

«¡Dios mío! —pensó—. ¿Seré tonto? Nunca se me había ocurrido y nadie debe saberlo. ¿Será que no estoy a la altura de mi cargo? No, no puedo decirle a nadie que no he visto la tela».

—Bueno, decid algo —dijo uno de los tejedores.

—¡Oh, es preciosa! ¡Maravillosa! —dijo el anciano ministro mirando a través de las gafas—. ¡Qué dibujo, qué colores! ¡Sí, le diré al emperador que me agrada muchísimo!

—Nos alegramos —dijeron los dos tejedores.

Y nombraron los colores y explicaron el extraordinario dibujo. El anciano ministro prestó mucha atención para poder decir lo mismo cuando fuera a ver al emperador, y así lo hizo.

Los embaucadores pidieron más dinero, más seda y oro, diciendo que lo necesitaban para la tela. Se lo guardaron todo en la bolsa, al telar no llegó ni una hebra, y continuaron, como hasta entonces, tejiendo en el telar vacío.

El emperador envió a otro buen funcionario a ver cómo iba el tejido y a preguntar si la tela estaría lista pronto. Pasó igual que con el ministro, miró y miró, pero, como no había nada más que el telar vacío, no pudo ver nada.

—¿No es una tela preciosa? —dijeron los dos embaucadores, señalando y explicando el precioso dibujo inexistente.

«Tonto no soy —pensó el buen hombre—. Debe de ser entonces que no estoy a la altura de mi cargo. ¡Qué raro! Pero no puedo dejar que nadie se dé cuenta». Así que elogió la tela que no veía y les expresó su alegría por los magníficos colores y el precioso dibujo.

—¡Es maravillosa! —le dijo al emperador.

Toda la gente de la ciudad hablaba de aquella preciosa tela.

Entonces el emperador quiso ver por sí mismo la tela mientras aún estaba en el telar. Con un gran cortejo de hombres elegidos, entre ellos los dos buenos funcionarios que ya habían estado allí, fue a ver a los dos astutos embaucadores, que estaban tejiendo a más no poder, aunque sin hebra ni hilo.

—¿Verdad que es magnifique [47] ? —dijeron los dos buenos funcionarios—. Vea Vuestra Majestad qué dibujo, qué colores.

Y señalaron el telar vacío, porque creían que los demás sí podían ver la tela.

«¡Anda! —pensó el emperador—. ¡No veo nada! ¡Pero qué extraño! ¿Seré tonto? ¿No estaré a la altura de un emperador? ¡Es lo más terrible que podía pasarme!».

—¡Oh, qué bonito! —dijo el emperador—. ¡Tenéis mi más sincero aplauso!

Y se inclinó satisfecho para observar el telar vacío; no quería reconocer que no veía nada. Todo el séquito que lo acompañaba miró y remiró y, aunque no pudieron ver más que los otros, le dijeron al emperador:

—Es muy bonita —y le aconsejaron que estrenara un traje ancho

con aquella tela nueva y maravillosa en el gran desfile que iba a celebrarse pronto—. ¡Es magnifique, estupenda, excelente! —se decían unos a otros, y todos estaban de lo más contentos.

El emperador regaló a cada uno de los embaucadores una cruz de caballero para que se la colgaran del ojal, y el título de barón Tejedor.

La noche de la víspera del desfile, los tejedores se la pasaron levantados y con dieciséis luces encendidas. La gente estaba convencida de que estaban de lo más atareados terminando el traje nuevo del emperador. Ellos fingían coger la tela del telar, la cortaban en el aire con grandes cuchillas, la cosían con agujas sin hilo y al terminar dijeron:

—¡El traje está listo!

El emperador fue allá en persona acompañado de sus principales caballeros; los embaucadores levantaron los brazos como si estuvieran sosteniendo algo, y dijeron:

—Aquí están las calzas, aquí está la casaca, aquí está el manto —y así sucesivamente—. Es tan sutil como una telaraña. Parece que no se lleva nada en el cuerpo, pero esa es precisamente su virtud.

—¡Sí! —dijeron todos los caballeros, aunque no veían nada, pues nada había.

—Tenga Vuestra Majestad Imperial la amabilidad de quitarse la ropa —dijeron los embaucadores—, y le pondremos el traje nuevo delante del espejo grande.

El emperador se quitó toda la ropa, y los embaucadores hicieron como si le fueran poniendo las prendas nuevas que habían cosido; lo cogían por la cintura y hacían como si ataran algo, que eran los faldones, y el emperador daba vueltas y vueltas delante del espejo.

—¡Dios mío, qué bien le sienta! ¡Qué espléndida caída! —decían todos—. ¡Qué dibujo! ¡Qué colores! ¡Es un traje magnífico!

—Ahí fuera está dispuesto ya el palio con que acompañarán a Vuestra Majestad en el desfile —dijo el maestro de ceremonias.

—Ya estoy listo —dijo el emperador—. ¿Verdad que me sienta estupendamente?

Y volvió a darse la vuelta delante del espejo, porque tenía que fingir que contemplaba su elegancia.

Los chambelanes que llevaban los dos faldones tantearon con las manos en el suelo para coger la cola. La sostuvieron en el aire sin atreverse a reconocer que no veían nada.

Y así marchó el emperador en el desfile bajo el sagrado palio [48] , y la gente que llenaba las calles y las ventanas decía:

—¡Dios mío, qué magnífico es el traje del emperador! ¡Qué preciosos faldones tiene la levita! ¡Qué bien le sienta!

Nadie quería reconocer que no veía nada, porque al hacerlo mostrarían que no estaban a la altura de sus cargos o que eran muy tontos. Ninguno de los trajes del emperador había tenido tanto éxito.

—¡Pero si no lleva nada encima! —dijo un niño pequeño.

—¡Dios mío, escuchad a este inocente! —dijo el padre, y unos les susurraron a otros lo que había dicho el niño.

—¡No lleva nada encima, es un niño pequeño el que ha dicho que no lleva nada encima!

—¡No lleva nada encima! —gritó por fin la gente.

Y el emperador se dio un buen susto, pues estaba convencido de que tenían razón, pero pensó: «Tengo que terminar el desfile». Y continuó aún más orgulloso, con los chambelanes llevando unos faldones inexistentes.

■

47 magnífico en francés. Los funcionarios desean hacerse pasar por personas muy refinadas a través de sus usos lingüísticos.

48 palio: especie de dosel colocado sobre cuatro o más varas largas, bajo el cual se lleva procesionalmente el Santísimo Sacramento, o una imagen, y que es usado también por el papa y algún jefe de Estado.

Cuentos de invierno

EL ABETO

Allá en el bosque había un pequeño abeto precioso; estaba en un buen sitio, tenía sol, aire de sobra y a su alrededor crecían muchos compañeros grandes, tanto abetos como pinos. Pero el pequeño abeto estaba muy ansioso por crecer: no pensaba en el cálido sol ni en el aire fresco, no le importaban los niños campesinos que pasaban charloteando cuando salían a coger fresas o frambuesas; a menudo llegaban con un cesto lleno, o con fresas ensartadas en unas pajas, se sentaban al lado del arbolito y decían:

—¡Anda, qué arbolito más bonito!

El árbol no quería escucharlos.

Al año siguiente tenía un anillo más de ramas, y al otro año otro aún mayor. Porque en un abeto se pueden ver los años que ha crecido por los anillos de ramas.

—¡Oh, ojalá fuera un árbol grande como los otros! —suspiraba el pequeño abeto—. Entonces podría extender mis ramas alrededor de la copa y ver el ancho mundo. Los pájaros construirían nidos entre mis ramas y cuando soplara el viento me inclinaría aristocráticamente, como los otros.

No le divertían nada ni el sol ni los pájaros ni las rojas nubes que se deslizaban por encima de él por la mañana y por la tarde.

Era invierno, y la nieve que le rodeaba era deslumbrantemente blanca, y llegó corriendo una liebre y saltó por encima del arbolito… ¡Oh, cómo le molestó aquello!… Pero pasaron dos inviernos, y al tercero el árbol era tan grande que la liebre tuvo que rodearlo. «¡Oh, crecer, crecer, ser grande y viejo, es lo único hermoso en este mundo!», pensaba el árbol.

Todos los otoños llegaban los leñadores y talaban algunos de los árboles más grandes. Sucedía todos los años, y el joven abeto, que

ahora ya estaba bastante crecido, temblaba cuando aquellos árboles caían con un crujido y un chasquido hasta el suelo. Les cortaban las ramas, parecían desnudos, largos y flacos, casi ni se los reconocía, y entonces los ponían encima de unos carros, y los caballos se los llevaban del bosque.

¿Dónde irán? ¿Qué será de ellos?

En primavera, cuando llegaron la golondrina y la cigüeña, el árbol les preguntó:

—¿Sabéis dónde los llevan? ¿No los habéis visto?

Las golondrinas no sabían nada, pero la cigüeña le miró pensativa, inclinó la cabeza y dijo:

—Sí, creo que sí. He visto muchos barcos nuevos mientras iba volando a Egipto. En los barcos había magníficos mástiles. Yo diría que eran ellos, olían a abeto. Los saludo muchas veces, van erguidos, sí, van muy erguidos.

—¡Oh, ojalá fuera yo suficientemente grande para poder deslizarme sobre el mar! ¿Cómo es el mar, en realidad? ¿A qué se parece?

—¡Bueno, es complicado de explicar! —dijo la cigüeña.

Y se fue.

—¡Alégrate de tu juventud! —dijeron los rayos del sol—. ¡Alégrate de tus frescos brotes, de la vida joven que hay en ti!

Y el viento besó el árbol, y el rocío lloró lágrimas sobre él, pero el abeto no comprendía.

Cuando llegó la Navidad, talaron muchos árboles jóvenes, árboles que muchas veces ni siquiera tenían el tamaño o la edad de este abeto que nunca estaba satisfecho y que estaba siempre queriendo marcharse. Aquellos árboles jóvenes, que eran los más bellos de todos, siempre conservaban sus ramas, los colocaban en unos carros, y unos caballos se los llevaban del bosque.

—¿Adónde van? —preguntó el abeto—. No son más grandes que yo,

uno era incluso más pequeño, ¿por qué no les quitan las ramas? ¿Adónde los llevan?

—¡Lo sabemos, lo sabemos! —gorjearon los gorriones—. Allá abajo en la ciudad miramos por los cristales. ¡Sabemos dónde los llevan! ¡Oh, van hacia el brillo y el esplendor más grande que uno pueda imaginarse! Hemos mirado por las ventanas y hemos visto que los plantan en medio de la caliente sala y los adornan con las cosas más preciosas: manzanas doradas, pastelillos de miel, juguetes y muchos cientos de velas.

—¿Y luego…? —preguntó el abeto temblando en todas sus ramas—. ¿Y luego? ¿Qué pasa luego?

—¡Bueno, no hemos visto más! ¡Era algo incomparable!

—¿Será ese el destino que me espera? —se regocijaba el árbol—. ¡Es aún mejor que ir por el mar! ¡Cómo me atormenta el deseo! ¡Ojalá fuera Navidad! Ahora soy alto y grueso como los que se llevaron el año pasado… ¡Ojalá estuviera ya en el carro! ¡Ay, si estuviera ya en esa caliente sala con todo ese brillo y esplendor! ¿Y luego…? Bueno, luego habrá algo aún mejor, aún más hermoso. Si no, ¿por qué habrían de adornarme? ¿Pero es que puede haber algo todavía más magnífico, todavía más espléndido? ¿Pero qué es? ¡Oh, cómo sufro, cómo ardo de deseo! ¡Ni yo mismo sé lo que me pasa!

—¡Alégrate de que yo esté aquí! —dijeron el aire y el sol—. ¡Alégrate de tu fresca juventud en plena naturaleza!

Pero no se alegró. Crecía y crecía. Era verde en invierno, y en verano, verde oscuro. La gente que lo veía decía:

—¡Es un árbol precioso!

Y en Navidad fue el primero que talaron. El hacha lo cortó por la cintura, el árbol cayó con un suspiro sobre la tierra, sintió dolor, desmayo, no podía pensar en nada feliz, se sintió triste por tener que alejarse de su hogar, del lugar donde había brotado; sabía que no volvería a ver nunca a sus viejos y queridos compañeros, a los pequeños arbustos y las flores que lo rodeaban, quizá ni siquiera a los pájaros. La partida no fue nada agradable.

El árbol no volvió en sí hasta que en el mercado, apilado junto a otros árboles, oyó a un hombre decir:

—¡Es precioso! ¡Tenemos que comprar este!

Llegaron entonces unos criados de librea [49] y llevaron el abeto a una sala grande y bonita. Por las paredes colgaban retratos y en la gran chimenea de azulejos había grandes jarrones chinos con leones en las asas. Había mecedoras, sofás de seda, grandes mesas llenas de libros ilustrados y de juguetes que valían muchos táleros… o por lo menos eso es lo que decían los niños. Y pusieron al abeto de pie en un gran cubo lleno de arena, pero no se notaba que era un cubo, porque habían colgado paños verdes todo alrededor y lo habían puesto sobre una gran alfombra de colores. ¡Oh, cómo temblaba el árbol! ¿Qué pasará? Criados y doncellas llegaron para decorarlo. En las ramas colgaron pequeñas redes recortadas en papel de colores, y todas las redes estaban llenas de dulces. Manzanas y nueces doradas colgaban de él como si hubieran crecido allí, y más de cien velitas rojas, azules y blancas quedaron sujetas en las ramas, parecían vivas como personas —el árbol nunca había tenido un aspecto semejante —, se balanceaban entre el verde, y encima de la copa colocaron una gran estrella de purpurina. Era precioso, auténticamente precioso.

—Esta noche —decían todos—. Esta noche resplandecerá.

«¡Oh! —pensaba el árbol—. ¡Ojalá fuera ya de noche! ¡Ojalá estuvieran encendidas las velas! ¿Y qué sucederá luego? ¿Vendrán los árboles del bosque a verme? ¿Volarán los gorriones hasta los cristales? ¿Echaré raíces, seguiré adornado invierno y verano?».

Sí, estaba seguro, pero la corteza le dolía de pura ansia, y el dolor de corteza es tan malo para un árbol como el dolor de cabeza para nosotros.

Encendieron las velas. ¡Qué brillo, qué esplendor! El árbol temblaba en todas sus ramas de tal modo que una de las velas prendió las agujas y empezaron a arder.

—¡Válgame Dios! —gritaron las doncellas, y lo apagaron a toda prisa.

Ahora el árbol ni siquiera se atrevía a moverse. ¡Qué horror! Tenía miedo de perder cualquiera de sus atavíos, estaba completamente aturdido con aquel resplandor… Y entonces se abrieron las puertas y un tropel de niños entró a todo correr, estuvieron a punto de derribar el árbol. Los mayores entraron detrás, más tranquilos. Los pequeños estaban mudos…, pero solo un instante, y volvieron a gritar de alegría y todo retumbó. Bailaron alrededor del árbol y quitaron los regalos uno tras otro.

«¿Qué es lo que hacen? —pensó el árbol—. ¿Qué va a pasar?».

Y las velas se consumieron hasta llegar a las ramas, y se apagaron, y entonces dejaron que los niños saquearan el árbol. ¡Oh, cómo se precipitaron sobre él! Hicieron crujir las ramas, y si no hubiera sido porque la copa y la estrella de oro estaban sujetas al techo, lo habrían tirado.

Los niños bailaron alrededor del árbol con sus preciosos juguetes, ninguno miraba el árbol excepto la anciana niñera, que iba a mirar entre las ramas, pero solo para ver si no se habían dejado olvidados un higo o una manzana.

—¡Un cuento, un cuento! —gritaron los niños, y arrastraron hacia el árbol a un hombrecito que se sentó debajo del abeto—. Porque así estaremos en plena naturaleza —dijeron—, y el árbol se divertirá mucho escuchando.

—Pero solo contaré uno. ¿Queréis el de Ivede-Avede o el de Klumpe-Dumpe que se cayó por las escaleras, pero llegó a alcanzar el trono y se casó con la princesa?

—¡Ivede-Avede! —gritaron unos.

—¡Klumpe-Dumpe! —gritaron otros.

Menudo griterío y menudos gritos. Solo el abeto estaba en silencio pensando: «¿Es que yo no participo, es que no voy a hacer nada?». En realidad ya había participado, ya había hecho todo lo que tenía que hacer.

Y el hombre les contó el de Klumpe-Dumpe, que se cayó por las

escaleras, pero llegó a alcanzar el trono y se casó con la princesa. Y los niños aplaudieron y gritaron:

—¡Otro, otro! —porque también querían oír el de Ivede-Avede y solo les había contado el de Klumpe-Dumpe.

El abeto estaba en completo silencio, pensativo; los pájaros del bosque nunca le habían contado cosas así. «Klumpe-Dumpe se cayó por las escaleras, pero se casó con la princesa. ¡Vaya, vaya, qué cosas pasan en el mundo!», pensaba el abeto creyendo que era verdad, puesto que lo había contado un señor muy simpático. «Vaya, vaya, quién sabe. A lo mejor yo también me caigo por las escaleras y me caso con una princesa». Y se alegró pensando que al día siguiente volverían a vestirlo con velas y juguetes, oro y frutas.

«¡Mañana no temblaré! —pensó—. Disfrutaré de mi esplendor y volveré a oír el cuento de Klumpe-Dumpe, y quizá también el de Ivede-Avede». Y el árbol quedó silencioso y pensativo toda la noche.

Por la mañana entraron unos hombres y unas muchachas.

«¡Ya empezamos otra vez!», pensó el árbol. Pero se lo llevaron de la sala, lo subieron por las escaleras hasta el desván y allí, en un rincón oscuro donde nunca llega la luz del sol, lo abandonaron.

«¿Qué significa esto? —pensó el árbol—. ¿Qué tengo que hacer ahora? ¿Qué cosas podré oír?». Y se apoyó en la pared y allí se quedó pensando y pensando… Y bastante tiempo, porque pasaron días y noches. Nadie subía, y cuando por fin llegó alguien era para colocar unas grandes cajas en el rincón. El árbol quedó oculto, se diría que olvidado.

«¡Ahora es invierno ahí fuera! —pensó el árbol—. La tierra está dura y cubierta de nieve, los hombres no podrían plantarme ahora. Por eso tengo que quedarme aquí, abrigadito, hasta la primavera. ¡Qué bien pensado! ¡Qué buenas son las personas!… ¡Ojalá esto no estuviera tan oscuro y tan horriblemente solitario!… ¡Ni siquiera una pequeña liebre!… ¡Y se estaba tan bien allí en el bosque con la nieve, y la liebre que saltaba por encima de mí! Sí, incluso cuando saltaba por encima de mí, aunque entonces no me gustaba. ¡Y aquí arriba estoy tan terriblemente solo!».

—Pi, pi —dijo un ratoncito que asomó en ese momento.

Y llegó otro más. Olfatearon el abeto y se deslizaron entre sus ramas.

—¡Hace un frío horrible! —dijeron los ratoncitos—. ¡Pero aquí se está muy bien! ¿No es verdad, viejo abeto?

—¡Yo no soy viejo! —dijo el abeto—. Hay muchos más viejos que yo.

—¿De dónde eres? —preguntaron los ratones—. ¿Y qué sabes? —eran de lo más curiosos—. Háblanos de los lugares bonitos de la tierra. ¿Has estado en ellos? ¿Has estado en el comedor, donde hay quesos en la alacena y donde hay jamones colgados del techo, bailando a la luz de las velas de sebo, donde uno entra flaco y sale gordo?

—No lo conozco —dijo el abeto—, pero el bosque sí que lo conozco; allí brilla el sol y cantan los pájaros —y les contó todo acerca de su juventud, y los ratoncitos nunca habían oído nada igual, y escucharon y dijeron:

—¡Anda, cuántas cosas has visto! ¡Qué feliz has sido!

—¡Yo! —dijo el abeto, y se puso a reflexionar sobre lo que él mismo había estado contando—. Sí, en el fondo fueron tiempos muy interesantes…

Pero entonces les habló de la Nochebuena, cuando lo decoraron con galletas y velas.

—¡Oh! —dijeron los ratoncitos—. ¡Qué feliz has sido, viejo abeto!

—¡No soy viejo! —dijo el árbol—. Hasta este invierno no he salido del bosque, estoy en la flor de la edad.

—¡Qué bien hablas! —dijeron los ratoncitos.

Y a la noche siguiente volvieron con otros cuatro ratones para oír las historias del árbol, y cuanto más contaba más cosas recordaba él mismo, y pensaba: «¡Fueron unos tiempos muy interesantes! ¡Pero

ya vendrán otros mejores, ya vendrán! Klumpe-Dumpe se cayó por las escaleras, pero se casó con la princesa; quizá yo también me case con una princesa». Y el abeto pensó en una preciosa abedulita que crecía en el bosque; para el abeto era una auténtica princesa hermosísima.

—¿Quién es Klumpe-Dumpe? —preguntaron los ratones.

Y el abeto les contó el cuento enterito; recordaba hasta la última palabra, y a los ratoncitos les gustó tantísimo que estuvieron a punto de subírsele a la copa. A la noche siguiente llegaron aún más ratones, y el domingo incluso dos ratas. Pero estas dijeron que la historia no era demasiado interesante, y eso apenó a los ratoncitos, porque los hacía de menos a ellos también.

—¿Solo sabes un cuento? —preguntaron las ratas.

—Solo uno —respondió el árbol—. Lo escuché aquella noche feliz, aunque entonces no pensaba en lo feliz que era.

—Es un cuento horrible. ¿No sabes ninguno con carne y con velas de sebo? ¿Ningún cuento del comedor?

—¡No! —dijo el árbol.

—¡Bueno, pues muchas gracias! —respondieron las ratas, y se marcharon a su casa.

Los ratoncitos se marcharon también, y el árbol suspiró:

—¡Qué bueno era que aquellos inquietos ratones se sentaran a mi alrededor a oír lo que les contaba! Ahora también eso acabó…, pero ya volveré a divertirme cuando me saquen otra vez de aquí.

¿Pero cuándo será?… Bueno, era de madrugada, llegó gente y trastearon por el desván, movieron las cajas, sacaron el árbol y lo tiraron al suelo, pero un hombre lo arrastró hacia las escaleras, donde brillaba la luz del día.

«¡Ya vuelve a empezar la vida!», pensó el árbol. Sintió el aire fresco, los primeros rayos del sol… y se encontró en el patio. Todo fue tan rápido, que el árbol hasta se había olvidado de sí mismo; había

tantas cosas que ver a su alrededor… El patio daba a un jardín donde todo florecía: las rosas colgaban frescas y olorosas sobre la pequeña valla, los tilos estaban en flor, y las golondrinas volaban muy alto diciendo «purrui-purrui mi marido ya llegó», pero no se referían al abeto.

—¡Ahora viviré! —se regocijó, y extendió sus ramas.

¡Ay, estaban todas mustias y amarillas! Estaba echado en un rincón entre malas hierbas y agujas de sus ramas. La estrella de papel dorado seguía en lo alto de la copa y brillaba con los luminosos rayos del sol.

En el patio jugaban algunos de los niños que habían estado bailando en Navidad alrededor del árbol y que se habían alegrado con él. Uno de los más pequeños se acercó y quitó la estrella de oro.

—Mirad lo que hay en el asqueroso árbol de Navidad —dijo pisoteando las ramas, que crujieron bajo sus botas.

Y el árbol observó la belleza y la frescura de las flores del jardín, se miró a sí mismo y deseó haberse quedado en su oscuro rincón del desván. Pensó en su fresca juventud en el bosque, en la animada Nochebuena y en los ratoncitos que con tanto gusto habían escuchado la historia de Klumpe-Dumpe.

—¡Se acabó, se acabó! —dijo el pobre árbol—. ¡Si me hubiera alegrado cuando aún podía! ¡Se acabó, se acabó!

Y el criado llegó, partió el árbol en trocitos e hizo un montón. Ardía muy bien debajo del caldero. Suspiró profundamente, y cada suspiro era como una pequeña detonación. Y los niños que estaban jugando entraron a sentarse delante del fuego, miraron y gritaron:

—¡Pam, pam!

Pero a cada chasquido, que era un profundo suspiro, el árbol pensaba en un día de verano en el bosque, en una noche de invierno cuando brillaban las estrellas, pensaba en la Nochebuena y en Klumpe-Dumpe, el único cuento que había oído y contado… Y el árbol se quemó por completo.

Los muchachos estaban jugando en el patio, y el más pequeño llevaba en su pecho la estrella de oro que el árbol había lucido en su noche más feliz. Ahora se había acabado todo, y el árbol se había acabado, y también el cuento. Acabado, acabado, como pasa con todos los cuentos.

■

49 librea: traje que los príncipes, señores y algunas otras personas o entidades dan a sus criados; por lo común, uniforme y con distintivos.

LA PEQUEÑA CERILLERA

Hacía un frío horrible. Nevaba y empezaba a oscurecer. Era Nochevieja, la última noche del año. En medio de aquel frío y aquella oscuridad iba por la calle una niñita pobre con la cabeza descubierta y los pies descalzos. En realidad había salido de casa en zapatillas, pero no le servían: eran unas zapatillas demasiado grandes; las había usado su madre, así que eran muy grandes. La pequeña las perdió al cruzar la calle a toda prisa, los carruajes pasaban a gran velocidad y no consiguió encontrar una de las zapatillas, y la otra se la llevó corriendo un muchacho que decía que la podría usar de cuna cuando tuviera un hijo.

Allá iba entonces la niñita con sus piececitos descalzos, enrojecidos y azules de frío. En el viejo delantal llevaba un montón de cerillas, y en la mano llevaba otro manojo. Nadie le había comprado ninguna en todo el día, nadie le había dado ni una miserable moneda de cobre. Estaba hambrienta y helada y parecía asustada, ¡pobrecita! Los copos de nieve caían sobre sus largos cabellos rubios con preciosos rizos en el cuello, pero la niña no pensaba en ello. En las ventanas se veían luces y en la calle había un delicioso olor a ganso asado. Era Nochevieja, y en eso pensaba la niña.

En un rincón que había entre dos casas, porque una estaba más adelante en la acera que la otra, se sentó la niña y se quedó encogida. Se sentó sobre sus piernecitas, pero seguía teniendo cada vez más frío y no se atrevía a volver a casa; no había vendido ni una sola cerilla, no había conseguido ni una sola moneda de cobre, su padre la pegaría, y en casa también hacía frío, no tenían más que un tejado encima de la cabeza, y el viento entraba soplando aunque las grietas más grandes estaban tapadas con paja y telas. Sus manitas estaban muertas de frío. ¡Ah, una cerillita le vendría bien! ¡Si se atreviera a sacar una del manojo, a frotarla contra el rascador para calentarse los dedos! Sacó una. ¡Richch! ¡Cómo chisporroteaba al arder! Era una llama caliente y clara, como la de una veleta, y puso las manos encima de ella. Era una luz extraña. La pequeña

imaginó que estaba sentada delante de una gran estufa de hierro con brillantes esferitas y rodillos de latón. ¡Ardía tan magníficamente aquella llamita, calentaba tan bien! Pero, ¿qué pasó?... La niña iba a estirar también las piernas para calentarlas..., y la llama se apagó. La estufa de hierro se desvaneció, y ella estaba allí sentada, con un trocito de cerilla carbonizada en la mano.

Encendió otra, ardió, brilló y el trozo de pared donde se reflejaba la luz se volvió transparente, como un velo. La niña se vio en una habitación con la mesa puesta; en ella había un mantel deslumbrantemente blanco, porcelana fina y un ganso asado, que olía estupendamente, relleno de ciruelas pasas y manzanas. Y sucedió algo aún mejor: el ganso saltó de la bandeja y empezó a patojear [50] por el suelo con el cuchillo y el tenedor en la espalda, y se acercó a la pobre niña. Entonces se apagó la cerilla y no quedaba más que el grueso y frío muro.

Cogió otra. Y se encontró debajo de un precioso árbol de Navidad, aún mayor y con más adornos que el que había visto por la puerta de cristal de la casa del rico comerciante la Navidad pasada. Miles de velas lucían en las verdes ramas, y cuadros multicolores como los que adornaban los escaparates de la tienda dirigían sus ojos hacia ella. La pequeña alzó los brazos..., y la cerilla se apagó, las lucecitas de Navidad subieron más y más alto y la niña las vio convertirse en claras estrellas; una de ellas cayó dejando tras de sí una línea de fuego en medio del cielo.

—¡Alguien ha muerto! —dijo la pequeña, porque la anciana abuela, que era la única que se portaba bien con ella, pero que ya había muerto, le había dicho: «Cuando cae una estrella, es que un alma sube hacia Dios».

Frotó otra cerilla contra la pared, surgió la luz y en el resplandor apareció su anciana abuela, tan clara, tan luminosa, tan dulce y tan buena.

—¡Abuela! —gritó la pequeña—. ¡Oh, llévame contigo! Cuando se apague la cerilla te irás igual que se fueron la estufa caliente y el maravilloso ganso asado y el precioso árbol de Navidad.

Y encendió rápidamente todas las demás cerillas que llevaba en el

manojo, porque quería conservar a su abuela. Y las cerillas brillaron esplendorosas, había tanta claridad como en pleno día. La abuela nunca había sido tan grande ni tan bella; tomó a la niña en sus brazos y echaron a volar llenas de resplandor, llenas de alegría, más arriba. No hacía frío, el hambre y el miedo habían desaparecido..., estaban al lado de Dios.

Pero en el rincón de las casas apareció por la mañana la niña, con las mejillas rojas y una sonrisa en los labios... Estaba muerta, la última noche del año la había hecho helarse. El primer día del año amaneció sobre el pequeño cadáver que estaba sentado allí con las cerillas en la mano: tenía un manojo casi entero quemado. «Quería calentarse», dijo alguien. Nadie sabía las cosas bellas que la niña había visto, con qué esplendor había subido con su anciana abuela hacia la alegría del Año Nuevo.

50 patojear: titubear.

EL MUÑECO DE NIEVE

–¡Qué cosquillitas siento dentro de mí con este frío tan estupendo que hace! —dijo el muñeco de nieve—. Con el viento te sientes vivo. ¡Y el abrasador ese, cómo abrasa! —se refería al sol, que estaba a punto de ocultarse—. ¡Pero no conseguirás ni que pestañee, aquí seguiré bien firme!

Dos grandes trozos triangulares de teja hacían las veces de ojos; la boca era un trozo de un rastrillo viejo, de modo que también tenía dientes.

Había nacido entre los hurras de los muchachos, saludado por el tintineo de los cascabeles y el chasquido del látigo de los trineos.

El sol se ocultó, asomó la luna llena, redonda y grande, clara y bella en el cielo azul.

—Ahí está otra vez por otro lado —dijo el muñeco de nieve, que creía que era el sol, que asomaba de nuevo—. Le he quitado ese vicio de abrasar. Ahora puede quedarse ahí arriba dando luz para que yo pueda verme a mí mismo. ¡Si supiera qué he de hacer para poderme mover! Si pudiera, me gustaría patinar por el hielo como he visto que hacen los chicos. Pero no sé correr.

—¡Guau, guau! —ladró el viejo mastín; estaba un poco ronco, estaba así desde que dejó de ser perro faldero y de vivir debajo de la estufa—. El sol te enseñará a correr. Vi lo que le pasó a tu predecesor del año pasado, y a su predecesor. ¡Guau, guau!, todos se fueron.

—No te comprendo, camarada —dijo el muñeco de nieve—. ¿Que ese de ahí arriba me va a enseñar a correr a mí? —se refería a la luna—. En cuanto me quedé mirándolo echó a correr y ahora asoma por otro lado.

—No sabes nada —dijo el perro—. ¡Pero es que te han construido

hace tan poco tiempo! Lo que estás viendo se llama «luna», el que se fue era el sol, que volverá mañana y te enseñará a correr hasta el estanque. Va a cambiar el tiempo muy pronto, lo noto en mi pata trasera izquierda, me da punzadas. Va a cambiar el tiempo.

«No lo entiendo —se dijo el muñeco de nieve—; pero me da la sensación de que lo que dijo no debe de ser muy agradable. Y me parece que tampoco ese abrasador va a ser amigo mío».

—¡Guau, guau! —ladró el mastín, dio tres vueltas alrededor de sí mismo y se tumbó a dormir dentro de su caseta.

Efectivamente, el tiempo cambió. Una niebla espesa y húmeda cayó de madrugada sobre toda la comarca; al amanecer sopló el viento, tan gélido que hubo una helada estupenda. ¡Pero qué espectáculo al salir el sol! Los árboles y los arbustos estaban todos cubiertos de escarcha, era como un bosque de corales blancos, como si todas las ramas estuvieran envueltas en deslumbrantes flores blancas. Las innumerables ramitas que en verano no pueden verse debido a la abundancia de hojas, se hacían ahora visibles hasta la última; era un encaje deslumbrantemente blanco que se derramaba como un fulgor blanco desde cada rama. El colgante abedul se agitaba al viento, tenía vida como los árboles en verano. Aquello era una auténtica maravilla y, cuando brilló el sol, todo destelleó como si estuviera espolvoreado con polvo de diamante y sobre la capa de nieve del suelo fulguraron grandes diamantes, o también se podría creer que eran incontables lucecitas diminutas, más blancas aún que la blanca nieve.

—¡Es una auténtica maravilla! —dijo una muchacha que salió al jardín acompañada de un joven y que se detuvo justo al lado del muñeco de nieve a mirar los árboles—. ¡Un espectáculo tan bonito no se puede ver en verano! —dijo ella, y sus ojos fulguraron.

—Ni tampoco un tipo como este —dijo el joven señalando al muñeco de nieve—. Es estupendo.

La muchacha rio, le dijo adiós con la cabeza al muñeco de nieve y se fue por el camino, bailando con su amigo, sobre la nieve, que crujió bajo sus pies como si pisaran almidón.

—¿Quiénes eran esos dos? —preguntó el muñeco al mastín—. Tú llevas más tiempo que yo en la casa, ¿los conoces?

—¡Pues claro! —dijo el mastín—. Ella me dio palmaditas, y él me dio un hueso. A esos no les muerdo.

—¿Y qué hacen aquí? —preguntó el muñeco de nieve.

—Están prometidos —dijo el mastín—. Se irán a vivir a una caseta de perro y roerán huesos juntitos. ¡Guau, guau!

—¿Son más importantes que tú y que yo? —preguntó el muñeco.

—Son los amos —dijo el mastín—. Realmente, cuando uno acaba de nacer sabe una birria de cosas. Lo veo en ti. Yo tengo edad y saber, conozco a todos los de la casa. Y he conocido un tiempo en que no pasaba frío encadenado aquí fuera. ¡Guau, guau!

—El frío es estupendo —dijo el muñeco—. Cuenta, cuenta, pero no hagas tintinear la cadena, que me rompo.

—¡Guau, guau! —ladró el perro—. Fui cachorro, pequeño y lindo, eso decían, y me acostaba en un sillón de la casa, en el regazo de sus señorías; me daban besos en el hocico y me limpiaban las patas con pañuelos bordados, me llamaban «preciosito» y «patitas guarritas». Pero me hice demasiado grande para ellos. Así que me regalaron al ama de llaves y fui a parar al sótano. Puedes verlo desde donde estás, puedes ver el cuarto donde yo era amo y señor, porque vivía con el ama de llaves. Ciertamente el lugar era más humilde que el piso de arriba, pero también era más acogedor. No me manoseaba nadie, ni me llevaban en brazos, como a los niños de arriba. La comida era igual de buena, pero había mucha más. Tenía mi propio cojín y además había una estufa, que para esta época es lo mejor del mundo. Me escondía debajo de ella, y nadie me molestaba. ¡Oh, aún sueño con aquella estufa! ¡Guau, guau!

—¿Es bonita una estufa? —preguntó el muñeco de nieve—. ¿Se parece a mí?

—¡Justo lo contrario que tú! Es negra como el carbón. Tiene un cilindro de latón, come leña y echa fuego por la boca. Uno se puede

colocar pegadito a ella, incluso debajo, es comodísimo. Puedes verla por la ventana desde donde estás.

Y el muñeco de nieve miró y, efectivamente, vio un objeto negro brillante con un cilindro de metal; el fuego brillaba por debajo. El muñeco se quedó extrañamente melancólico, tenía una sensación que ni él mismo era capaz de explicar. Le sucedía algo que él desconocía, pero que todos los seres humanos conocen, si no son muñecos de nieve.

—¿Y por qué la abandonaste? —dijo el muñeco de nieve; se daba cuenta de que aquel objeto tenía que ser femenino—. ¿Cómo pudiste marcharte de un lugar como ese?

—Me fui obligado —dijo el mastín—. Me echaron y me encadenaron. Le había mordido una pierna hasta el hueso al más joven de sus señorías porque él me había quitado el hueso que estaba royendo. ¡Hueso por hueso!, digo yo. Pero ellos lo tomaron muy a mal, y desde entonces estoy encadenado y he perdido mi clara voz, escucha lo ronco que estoy: ¡Guau, guau! Y se acabó.

El muñeco de nieve ya no escuchaba. No paraba de mirar el sótano del ama de llaves, su cuarto, allí estaba la estufa sobre sus cuatro patas de hierro, parecía tan grande como el muñeco de nieve.

—¡Qué hormigueo tan extraño siento! —dijo—. ¿Nunca podré bajar hasta allí? Es un deseo inocente, y nuestros deseos inocentes seguro que se pueden realizar. Es mi mayor deseo, mi único deseo, y sería una injusticia no poder satisfacerlo. Tengo que entrar ahí, tengo que acercarme a ella aunque tenga que romper la ventana.

—Nunca podrás entrar —dijo el mastín—. Y si te pones al lado de la estufa, ¡adiós, se acabó!

—Prácticamente estoy acabado —dijo el muñeco—, creo que me estoy rompiendo.

Todo el día estuvo el muñeco mirando la ventana. En la penumbra de la habitación era aún más atrayente, la estufa despedía una luz tenue, como no sabe brillar la luna ni tampoco el sol, no, como solo puede brillar una estufa que tiene algo dentro. Cada vez que abrían

la puerta salían llamaradas, y las llamas encendían de rojo el blanco rostro del muñeco de nieve, lo encendían de rojo hasta el pecho.

—¡No puedo soportarlo! —dijo—. ¡Qué bonita es cuando saca la lengua!

La noche fue muy larga, pero no para el muñeco de nieve enfrascado en sus hermosos pensamientos, que se congelaban y crujían.

Por la mañana se helaron las ventanas del sótano, eran las flores de hielo más hermosas que podía desear cualquier muñeco de nieve, pero ocultaban la estufa, los cristales no se deshelaban y no podía verla. Hubo crujidos, chasquidos, era una gran helada que habría debido alegrar a cualquier muñeco de nieve, pero él no estaba alegre. Podía y debía sentirse muy feliz, pero no era feliz. Sentía añoranza de la estufa.

—Pues es una enfermedad muy mala para un muñeco de nieve —dijo el mastín—. Yo también he sufrido esa enfermedad, pero la he superado. ¡Guau, guau! Va a cambiar el tiempo.

Y cambió el tiempo: llegó el deshielo.

El deshielo aumentaba, el muñeco de nieve disminuía. No dijo nada, no se quejó, y eso es una señal elocuente [51] .

Una mañana se derrumbó. En su lugar solo quedó en pie algo así como un palo de escoba que los niños habían usado de columna para construirlo.

—Ahora entiendo su añoranza —dijo el mastín—. El muñeco de nieve llevaba dentro un raspador [52] de estufa, eso es lo que se movía dentro de él y eso es lo que ha quedado. ¡Guau, guau!

Y pronto acabó el invierno.

—¡Guau, guau! —ladró el mastín. Pero las niñas cantaron:

Ábrete, aspérula [53] , fresca y bonita,

cuelga, sauce, sobre el agua tus hojitas,

venid, cuco y alondra, cantemos,

que a la primavera pronto veremos.

Yo también canto cucú, lo canto así,

ven, sol querido, ven para mí.

Así que nadie piensa ya en el muñeco de nieve.

51 La dignidad en el sufrimiento y la ausencia de queja son características comunes de los personajes de los cuentos de Andersen.

52 raspador: instrumento que se utiliza para raspar.

53 aspérula: planta trepadora.

LA REINA DE LAS NIEVES.

UN CUENTO EN SIETE CUENTOS

Primer cuento:

Que trata del espejo y los pedazos

Bueno, empecemos. Cuando hayamos llegado al final del cuento sabremos más que ahora, porque había un trol [54] malo, uno de los peores: era el demonio. Un día estaba de un humor de perlas porque había hecho un espejo que tenía la propiedad de que todo lo bueno y bello que se reflejaba en él desaparecía de inmediato y se quedaba prácticamente en nada, mientras que lo malo y feo resaltaba y se volvía aún peor. Los paisajes más hermosos parecían espinacas cocidas, y las mejores personas se volvían horribles o aparecían de cabeza y sin barriga, las caras quedaban tan desfiguradas que no se podían reconocer, y si uno tenía una peca podía estar seguro de que se le extendería por la nariz y la boca. Era de lo más divertido, decía el demonio. Si una persona tenía un pensamiento bueno y piadoso, en el espejo aparecía una mueca, y el demonio trol se reía mucho con su invento. Todos los que iban a las escuelas de trols, porque había escuelas para trols, contaban por todas partes que aquello era un milagro. Solo ahora podía verse, decían, cómo eran realmente el mundo y las personas. Echaron a correr con el espejo, y al final no quedó país ni persona que no se hubieran visto desfigurados en él. Ahora querían dirigirse al cielo mismo para burlarse de los ángeles de Nuestro Señor. Cuanto más alto volaban con el espejo, mayor era la mueca que aparecía, y apenas podían seguir sujetándolo. Subían cada vez más alto, más cerca de Dios y de los ángeles. Entonces, el espejo tembló de tal modo al hacer la mueca, que se les escapó de las manos y se precipitó hacia la tierra, donde se deshizo en cientos y miles de millones de pedazos, y aún más, y entonces causó aún más desventuras que antes, porque

algunos pedazos eran apenas mayores que un grano de arena, y se fueron volando por el ancho mundo, y cuando se le metían a alguien en el ojo, allí se quedaban, y las personas lo veían todo deformado, o solo tenían ojos para el lado malo de las cosas, pues cada granito de espejo conservaba la misma propiedad que el espejo entero. A algunas personas se les metió incluso un trocito de espejo en el corazón, y era horrible, pues el corazón se les convertía en un pedazo de hielo. Algunos pedazos del espejo eran tan grandes que los usaron como cristales de ventana, pero a través de esos cristales no resultaba agradable ver a los amigos. Otros pedazos fueron a parar a las gafas, y las cosas fueron de mal en peor, porque la gente se ponía las gafas para ver mejor y no equivocarse al juzgar, pero lo malo se reía tanto que les hacía temblar la barriga, y eso les daba unas cosquillas de lo más agradable. Y algunos pedazos siguen volando por el aire. ¡Escuchemos!

Segundo cuento:

Un niño y una niña

En la gran ciudad, donde hay mucha gente y muchas casas y no queda sitio suficiente para que todo el mundo pueda tener su jardincito, de manera que la mayoría tiene que contentarse con unas cuantas flores plantadas en maceta, había dos niños pobres que tenían un jardín algo mayor que una maceta. No eran hermanos, pero se querían tanto como si lo fueran. Sus padres eran vecinos y vivían en dos buhardillas, que estaban una frente a la otra, un canalón [55] era lo único que separaba ambos tejados. Cada buhardilla tenía una ventanita y con solo saltar sobre el canalón se podía pasar de un tejado a otro.

Los padres tenían unas cajas grandes de madera en las que crecían hortalizas, que consumían ellos mismos, y un pequeño rosal. Había uno en cada caja, y crecían estupendamente. Los padres se dieron cuenta de que poniendo las cajas de través sobre el canalón casi llegaban de una ventana a la otra, y que hacía muy bonito, como si fueran dos macizos de flores. Las matas de guisantes colgaban por

los lados de las cajas, y los rosales extendían largas ramas, que se enredaban en la ventana inclinándose las unas hacia las otras, y formaban casi un arco triunfal de verdor y flores. Como las cajas eran muy altas y los niños sabían que no debían andar por encima de ellas, de vez en cuando los autorizaban a subir uno a casa del otro y sentarse bajo las rosas en sus sillitas, y allí jugaban tan ricamente.

En invierno se acababa la diversión. Las ventanas solían estar casi cubiertas de hielo, pero entonces calentaban monedas de cobre en el fogón, ponían las monedas calientes sobre el vidrio helado y hacían unas preciosas mirillas redondas. Detrás de cada una se asomaba un lindo ojito; eran el niño y la niña. Él se llamaba Kay y ella Gerda. En verano podían estar juntos simplemente dando un salto; en invierno tenían que bajar primero muchas escaleras y subir luego otras muchas escaleras. Fuera azotaba la nieve.

—Son abejas blancas haciendo un enjambre —dijo la anciana abuela.

—¿También ellas tienen reina? —preguntó el niño, porque sabía que las abejas de verdad la tienen.

—¡Claro! —dijo la abuela—. Va volando por la parte más densa del enjambre, es la más grande de todas y nunca se queda quieta en el suelo, en seguida regresa volando a las grandes nubes. Muchas noches de invierno revolotea por las calles de la ciudad y mira por las ventanas, que se llenan entonces de hielo con unas formas muy extrañas, como si fueran flores.

—Sí, las he visto —dijeron los niños, convencidos de que era verdad.

—¿Puede llegar a entrar aquí la reina de las nieves? —preguntó la niña.

—¡Que venga! —dijo el niño—. La pondré sobre el fogón caliente y se fundirá.

Pero la abuela le alisó el pelo y contó otras historias.

Por la noche, cuando el pequeño Kay estaba en casa a medio desvestir, se encaramó sobre la silla que había al lado de la ventana y miró por el agujerito. Fuera caían algunos copos de nieve, y uno de ellos, el más grande, se quedó en el borde de una de las cajas de flores. El copo de nieve fue creciendo más y más hasta que al fin se convirtió en una mujer vestida de finísima gasa blanca que parecía hecha de millones de copos estrellados. Era muy bella y delicada, aunque de hielo, de hielo brillante y deslumbrante, pero estaba viva. Los ojos brillaban como dos relucientes estrellas, pero en ellos no había tranquilidad ni descanso. Movió la cabeza hacia la ventana y saludó con la mano. El niño se asustó y se cayó de la silla, y entonces creyó ver un gran pájaro que pasaba volando junto a la ventana.

Al día siguiente heló, y luego llegó el deshielo, y luego la primavera. Brillaba el sol, despuntaba el verdor, las golondrinas construían nidos, se abrieron las ventanas, y los muchachitos volvieron a sentarse en su jardincito sobre el canalón del piso más alto.

Las rosas florecieron ese verano esplendorosas. La niña había aprendido un salmo que hablaba de las rosas, y cuando oía hablar de las rosas, la niña pensaba en las suyas, y le cantaba al niño, y el niño cantaba con ella:

Crecen las rosas en el valle,

que el niño Jesús hable.

Y los pequeños se cogían de la mano, besaban las rosas y miraban la luminosa claridad del sol de Dios y le hablaban como si allí estuviera el niño Jesús. ¡Qué espléndidos días de estío, qué agradable era estar fuera junto a los frescos rosales que parecían florecer sin parar!

Kay y Gerda se sentaron a mirar el libro ilustrado de animales y pájaros, y el reloj del gran campanario dio exactamente las cinco…

Kay dijo:

—¡Ay! ¡He sentido un pinchazo en el corazón y algo se me ha metido en el ojo!

La niña le tomó la cabeza entre las manos; el niño abrió los ojos, pero no, no se veía nada.

—Debe de haberse ido ya —dijo.

Pero no se había ido. Era uno de aquellos granitos de cristal del espejo, del espejo mágico, como recordaréis, aquel horrible cristal que hacía que todo lo grande y bueno que se reflejaba en él se volviera pequeño y feo, mientras que lo malo y perverso aparecía con claridad y en seguida se advertía cualquier defecto que pudiera tener cualquier cosa. Al pobre Kay también se le había metido un grano en el corazón, que pronto se volvería como un trozo de hielo. Ya no le dolía, pero allí seguía estando.

—¿Por qué lloras? —preguntó el niño—. ¡Te pones feísima! ¡Si no he hecho nada malo! ¡Puaj! —gritó de repente—. A esa rosa se la está comiendo un gusano, y mira, ¡pero si está toda arrugada! En realidad son unas rosas horribles, se parecen a las cajas en que están metidas.

Pero él, dando una fuerte patada a la caja, arrancó dos rosas.

—¡Kay! ¿Qué estás haciendo? —gritó la niña.

Y, al ver cómo se sobresaltaba, arrancó otra rosa más y se volvió a meter por su ventana, abandonando a la adorable Gerda.

Cuando ella volvió a aparecer con el libro de estampas, él dijo que aquello era solo para niños pequeños. Y si la abuela contaba cuentos, él siempre sacaba algún pero… Y cuando podía la imitaba, se ponía sus gafas y hablaba como ella. Pronto sabía imitar a todas las personas de la calle y hablar como ellas. Todo lo que tenían de raro y de poco bonito lo imitaba, y la gente decía: «Menuda cabeza que tiene este chico», pero era culpa del cristal que se le había metido en el ojo, el cristal que se le había metido en el corazón. Por eso chinchaba incluso a la pequeña Gerda, que lo quería con toda su

alma.

Sus juegos se hicieron muy diferentes a los de antes, eran muy inteligentes… Un día de invierno, cuando caían los copos de nieve, cogió una lupa grande, extendió los faldones de su abrigo y dejó que le cayeran encima los copos de nieve.

—Mira por la lupa, Gerda —dijo.

Y los copos de nieve se hicieron mucho mayores y parecían hermosas flores o estrellas de diez puntas: daba gusto verlos.

—Mira qué artístico —dijo Kay—, es mucho más interesante que las flores de verdad, y no tienen un solo defecto, son totalmente perfectos… ¡Ojalá no se fundieran!

Poco después llegó Kay con unos gruesos guantes y su trineo a la espalda, y le dijo a Gerda al oído:

—Me han dado permiso para ir a la plaza grande donde juegan los demás —y se marchó.

Allí en la plaza, los chicos más descarados solían atar sus trineos al carro de algún comerciante y se dejaban arrastrar un buen trecho. Era muy divertido. Cuando mejor se lo estaban pasando con sus juegos, llegó un gran trineo. Estaba todo pintado de blanco y dentro iba una persona envuelta en una gruesa piel blanca y con un grueso gorro blanco; el trineo dio dos vueltas alrededor de la plaza y Kay ató rápidamente su pequeño trineo al otro y se fue detrás de él. Iba cada vez más rápido y llegó a la siguiente calle. El conductor del trineo volvió la cabeza y saludó amablemente a Kay, como si lo conociera. Cada vez que Kay intentaba soltar su pequeño trineo, aquella persona volvía la cabeza y Kay seguía sentado. Salieron por la puerta de la ciudad. Entonces comenzó a caer la nieve de tal forma que el muchacho no podía ni siquiera verse la mano puesta delante de los ojos. Y seguían galopando. Entonces tiró con fuerza de la correa, para soltarse del trineo grande, pero de nada sirvió; su pequeño vehículo estaba firmemente sujeto y corrían con la velocidad del viento. Entonces gritó muy fuerte, pero nadie lo oyó, y la nieve seguía cayendo, y el trineo seguía a toda velocidad. De pronto dio un salto, fue como si hubieran cruzado zanjas y

cercados. Estaba muy asustado; quería rezar el padrenuestro, pero no recordaba cómo era.

Los copos de nieve eran cada vez más grandes, hasta que al final parecían grandes gallinas blancas. De pronto dieron un salto a un lado, el trineo se detuvo y la persona que lo conducía se levantó; la piel y el gorro eran de nieve pura. Era una señora alta y esbelta, resplandecientemente blanca: era la reina de las nieves.

—Nos hemos alejado bastante —dijo—. Pero, ¿te estás quedando helado? Métete en mi piel de oso —y se sentó con él en el trineo, lo cubrió con la piel y fue como si se hundiera en un montón de nieve.

—¿Sigues helado? —preguntó besándole la frente.

¡Uf, aquello era más frío que el hielo, se le metía hasta el corazón, que ya era casi un trozo de hielo! Creyó que se moría…, pero solo fue un instante, en seguida se sintió bien, ya no sentía el frío.

—¡Mi trineo, no te olvides de mi trineo!

Fue de lo primero que se acordó, y lo ataron a una de las gallinas blancas, que regresó volando con el trineo a la espalda. La reina de las nieves besó otra vez a Kay, que ya había olvidado a la pequeña Gerda, y a la abuela, y a todos los de casa.

—Ya no habrá más besos —dijo ella—, porque te podría matar a besos.

Kay la miró. Era muy bella, era imposible imaginarse un rostro más hermoso e inteligente. Ya no parecía de hielo como aquella vez, cuando se sentó delante de la ventana y le hizo señas. A los ojos de Kay era perfecta, y el miedo lo abandonó; le contó que sabía hacer cálculos mentales, e incluso con quebrados, millas cuadradas terrestres, y eso de «cuántos habitantes», y ella no paraba de sonreír. Kay pensó entonces que lo que sabía no era suficiente, y ella se lo llevó volando, volaron muy alto, por encima de las negras nubes, mientras la tormenta rugía como cantando viejas melodías. Volaron sobre bosques y lagos, mares y tierras. Allá abajo rugía el frío viento, aullaban los lobos, y la nieve centelleaba; más arriba volaban las viejas cornejas graznando, y todavía más arriba brillaba

la luna, grande y clara, y en ella vio Kay la larguísima noche invernal. Durante el día, Kay dormía a los pies de la reina de las nieves.

Tercer cuento:

El jardín de flores de la mujer que sabía magia

Pero, ¿Qué hizo la pequeña Gerda al ver que Kay no volvía? ¿Dónde estaba Kay? Nadie lo sabía, nadie podía informar. Los chicos solo contaron que lo habían visto atar su pequeño trineo a otro grande y precioso, y que se fueron por una calle y salieron por la puerta de la ciudad. Nadie sabía dónde estaba. Se derramaron muchas lágrimas, debía de haberse hundido en el río que corría cerca de la ciudad. Eran los días oscuros y larguísimos del invierno.

Y llegó la primavera, con cálido sol.

—¡Kay está muerto! —dijo la pobre Gerda.

—¡No lo creo! —dijo la luz del sol.

—¡Está muerto! —dijo a las golondrinas.

—¡No lo creo! —respondieron.

Y al final tampoco Gerda lo creía.

—Me pondré mis zapatos rojos nuevos —dijo una madrugada—, los que Kay no ha visto nunca, y bajaré al río para preguntarle.

Era muy temprano. Besó a la anciana abuela, que dormía, se puso los zapatos rojos, salió sola por la puerta de la ciudad y fue al río.

—¿Es verdad que te has llevado a mi pequeño compañero de juegos? Te regalaré mis zapatos rojos si me lo devuelves.

Y creyó que las olas asentían meciéndose de forma extraña.

Entonces cogió sus zapatos rojos, que eran sus favoritos, y los tiró al río, pero cayeron cerca de la orilla, y las olitas los llevaron en seguida a tierra, como si el río no quisiera quitarle aquello que tanto le gustaba a la niña, pues el río no tenía a Kay. Pero ella pensó que no había tirado los zapatos a suficiente distancia y se metió en una barca que había entre los juncos, fue hasta un extremo del bote y arrojó los zapatos. Pero la barca no estaba atada y con el movimiento se apartó de la orilla. Gerda se dio cuenta e intentó salir a toda prisa, pero antes de que pudiera hacerlo la barca ya se había alejado un codo de la orilla, y su velocidad iba aumentando.

La pequeña Gerda se asustó mucho y se echó a llorar, pero solo la oyeron los gorriones; como no podían conducirla hasta la orilla, volaron siguiendo el río y cantando, como para consolarla: «¡Aquí estamos, aquí estamos!». La corriente arrastraba la barca. La pequeña Gerda estaba sentada en la barca muy quieta, con los pies cubiertos solo por las medias. Sus zapatitos rojos iban flotando detrás, pero no conseguían alcanzar la barca, que iba más deprisa.

Las dos orillas eran muy bonitas, había preciosas flores, viejos árboles y lomas con ovejas y vacas, pero no se veía persona alguna.

«¡Quizá el río me conduzca hasta el pequeño Kay!», pensó Gerda, y se puso de mejor humor, se incorporó y pasó muchas horas mirando las hermosas orillas verdes. Vio entonces un huerto de cerezos donde había una casita con extrañas ventanas rojas y azules; delante del tejado de paja había dos soldados de madera presentando armas a los que pasaban por el río.

Gerda los llamó, creyendo que estaban vivos; pero naturalmente no contestaron. Llegó muy cerca de ellos, y el río empujó el bote hasta la orilla.

Gerda gritó aún más fuerte, y de la casa salió una mujer que se apoyaba en un cayado [56] ; llevaba puesto un sombrero ancho pintado con hermosas flores.

—Pobre niñita —dijo la anciana—, ¿cómo te has metido en esa corriente tan grande y tan fuerte que te arrastra hacia el ancho mundo?

Y la anciana se metió en el agua, sujetó la barca con su cayado, tiró de ella hacia la orilla y sacó a la pequeña Gerda.

Y Gerda se alegró de pisar tierra firme, aunque tenía un poco de miedo a aquella anciana desconocida.

—Ven a contarme quién eres y cómo has llegado hasta aquí —dijo.

Y Gerda se lo contó todo. La vieja sacudió la cabeza diciendo: «Hum, hum» y, cuando Gerda acabó de contárselo todo y le preguntó si acaso había visto al pequeño Kay, la mujer dijo que por allí no había pasado, pero que ya vendría, que no se preocupara y saboreara las cerezas, que contemplara sus flores, que eran más bonitas que las de cualquier libro de estampas y que sabían contar un cuento cada una. Tomó a Gerda de la mano, entraron en la casita, y la anciana cerró la puerta con llave.

Las ventanas estaban muy altas y los cristales eran rojos, azules y amarillos. La luz del día brillaba allí dentro de forma extraña y con muchísimos colores, pero en la mesa había deliciosas cerezas y Gerda comió todas las que quiso. Y, mientras comía, la anciana le peinaba los cabellos con un peine de oro, y el cabello se ondulaba y brillaba con un precioso color amarillo enmarcando el simpático rostro, que era muy redondo y parecía una rosa.

—Las ganas que tenía yo de tener aquí a una niñita así de linda —dijo la anciana—. Ya verás lo bien que nos vamos a llevar las dos.

Y, según peinaba el pelo a la pequeña Gerda, Gerda iba olvidando más y más a Kay, su compañero de juegos. Porque la anciana sabía magia, aunque no era magia mala; solo practicaba un poquito de magia para divertirse, y ahora quería retener a su lado a la pequeña Gerda. Por eso fue al jardín, extendió su cayado frente a los rosales, y todas las flores, con lo bonitas que eran, se hundieron en la negra tierra y no había forma de saber dónde habían estado. La anciana tenía miedo de que cuando Gerda viera las rosas pensara en las suyas y recordara al pequeño Kay, pues entonces se marcharía corriendo.

Llevó entonces a Gerda al jardín. ¡Caramba, qué bien olía, qué hermoso era todo! Allí se veían, en esplendorosa floración, todas las

flores imaginables, de todas las estaciones del año. Ningún libro de estampas podía ser más bello o tener más colores. Gerda saltaba de alegría y empezó a jugar al sol bajo los altos cerezos. La anciana le ofreció una preciosa cama con edredón de seda roja, zurcido con violetas azules, y Gerda se durmió y tuvo bellísimos sueños, como una reina el día de su boda.

Al día siguiente pudo volver a jugar con las flores a la cálida luz del sol… Y así siguieron las cosas durante muchos días. Gerda conocía todas las flores, pero, aunque eran muchas, a ella le parecía como si faltara alguna, aunque no sabía cuál. Así que un día se sentó a mirar el sombrero de la anciana, con sus flores pintadas, y precisamente la más bonita era una rosa. La anciana había olvidado quitar la rosa del sombrero cuando metió las otras bajo tierra. Pero esas cosas pasan cuando uno es despistado…

—¡Anda! —dijo Gerda—. ¿No hay rosas aquí?

Y corrió entre los macizos, buscó y buscó, pero sus lágrimas calientes cayeron precisamente en el lugar donde se había hundido un rosal, y cuando las cálidas lágrimas humedecieron la tierra el árbol brotó de repente, con todas las flores que tenía cuando se hundió, y Gerda lo abrazó, besó las rosas y pensó en las preciosas rosas de su casa y en el pequeño Kay.

—¡Oh, cómo me he retrasado! —dijo la niña—. ¡Tengo que buscar a Kay! ¿Sabéis vosotras dónde está? —preguntó a las rosas—. ¿Creéis que está muerto?

—No está muerto —dijeron las rosas—, porque venimos de dentro de la tierra, donde están todos los muertos, y Kay no estaba.

—¡Muchas gracias! —dijo la pequeña Gerda, y se acercó a las otras flores y, mirando en sus cálices, preguntó:

—¿Sabéis dónde está el pequeño Kay?

Pero las flores estaban tomando el sol y soñando sus propias historias o sus propios cuentos. Le contaron muchos a la pequeña Gerda, pero ninguna de las flores sabía nada de Kay.

¿Y qué dijo el lirio?

—¿Oyes el tambor? Solo tiene dos tonos, bum, bum. ¡Escucha el lamento de las mujeres, el grito de los sacerdotes! Vestida con su larga túnica roja está la mujer hindú en la pira, las llamas la rodean a ella y a su esposo muerto. Pero la mujer hindú está pensando en el hombre vivo que está allí mirando, aquel cuyos ojos ardían más calientes que las llamas, el que tenía tal fuego en sus ojos que la hería más dentro del corazón que las llamas que pronto quemarían su cuerpo hasta dejarlo convertido en cenizas. ¿Puede morir la llama del corazón en las llamas de la pira?

—¡No entiendo nada! —dijo la pequeña Gerda.

—¡Pues ese es mi cuento! —dijo el lirio.

¿Qué dijo el dondiego [57] ?

—Allá arriba, en los angostos [58] senderos de montaña, se yergue un viejo castillo medieval. Espesas siemprevivas crecen abrazadas a los viejos muros rojos, hoja con hoja van trepando hasta el balcón donde hay una niña preciosa inclinada sobre la baranda mirando hacia el camino. No hay en las ramas rosa más fresca que ella; no hay flor de manzano que, arrebatada del árbol por el viento, se mueva más grácilmente que ella. ¡Cómo cruje el espléndido vestido de seda! ¿Acaso no vendrá?

—¿Te refieres a Kay? —preguntó la pequeña Gerda.

—Solo hablo de mi cuento, de mi sueño —respondió el dondiego.

¿Qué dijo la margarita?

—Entre los árboles hay una tabla larga colgada de unas cuerdas; es un columpio. Dos niñas preciosas (sus vestidos son blancos como la leche, largas cintas de seda aletean en los sombreros) están columpiándose. El hermano, que es mayor que ellas, está de pie en el columpio, rodea la cuerda con el brazo para sujetarse, pues en una mano sostiene una tacita y en la otra una pipa de barro con la que sopla burbujas de jabón. El columpio se mueve, y las burbujas vuelan con hermosos colores cambiantes, la última todavía saliendo

de la boca de la pipa, doblándose ante el viento. El columpio se mueve. El perrito negro, ágil como las burbujas, se alza sobre las patas traseras porque también él quiere columpiarse. La burbuja vuela, el perro cae, ladra y se enfurece. Las burbujas se rompen… Una tabla de columpio, una imagen de espuma que revienta, esa es mi canción.

—Quizá sea bonito lo que cuentas, pero lo cuentas de una forma muy triste y ni siquiera mencionas a Kay.

¿Qué dijeron los jacintos?

—Había tres hermanas muy hermosas, finas y delicadas. El vestido de una de ellas era rojo, el de la otra era azul y el de la tercera completamente blanco. Cogidas de la mano bailaban junto al apacible lago a la clara luz de la luna. No eran elfinas [59] , eran personas. Había un aroma muy dulce, y las niñas desaparecieron en el bosque. El aroma se hizo muy fuerte… Tres ataúdes, en los que yacían las preciosas niñas, iban deslizándose por el lago, venían de la espesura del bosque. Las luciérnagas revoloteaban por doquier, centelleando como lucecitas flotantes. ¿Están dormidas las niñas que hace poco bailaban, o están muertas? El aroma de las flores dice que son cadáveres, las campanas de la noche tañen a muerto.

—Me pones tristísima —dijo la pequeña Gerda—. Tienes un aroma muy fuerte, me imagino a esas niñas muertas, ¡ay! ¿Estará muerto el pequeño Kay? Las rosas han estado dentro de la tierra y dicen que no.

—Ding, dang —repicaron las campanas del jacinto—. No repicamos por el pequeño Kay, no lo conocemos. Simplemente cantamos nuestra canción, la única que sabemos.

Y Gerda se fue a los ranúnculos [60] , que brillaban entre las relucientes hojas verdes.

—Eres un pequeño sol luminoso —dijo Gerda—. Dime, si lo sabes, dónde puedo encontrar a mi compañero de juegos.

Y el ranúnculo brilló hermosísimo y miró a Gerda. ¿Qué canción sabría cantar el ranúnculo? Tampoco trataba de Kay.

—En un pequeño patio brillaba el sol de Dios, muy cálido, el primer día de primavera; los rayos descendían por las blancas paredes de la casa vecina, y a su lado crecían las primeras flores amarillas que destelleaban como el oro con los cálidos rayos del sol. La anciana abuela estaba fuera en su silla; su nieta, la pobre y hermosa sirvienta, volvía a casa para una breve visita. Besó a la abuela: en aquel cariñoso beso había oro, oro del corazón, oro también en la boca, oro derramado por el suelo, oro en la madrugada. ¡Pues esta es mi historia! —dijo el ranúnculo.

—Mi anciana y pobrecita abuela —suspiró Gerda—. Sí, seguro que me echa de menos, que está preocupada por mí igual que lo estaba por el pequeño Kay. Pero pronto volveré a casa y llevaré a Kay conmigo. De nada sirve seguir preguntando a las flores, solo saben sus propias canciones, no me solucionan nada.

Y se ató el vestido para poder correr más deprisa. Pero el narciso de los poetas le echó la zancadilla cuando iba a saltar por encima de él. La niña se detuvo, miró a la larga flor y preguntó:

—¿Sabes tú algo?

Y se inclinó hacia ella. ¿Y qué dijo la flor?

—¡Me contemplo, sí me contemplo! —dijo el narciso—. ¡Oh, oh, qué bien huelo! [61] En la pequeña buhardilla, a medio vestir, hay una pequeña bailarina: ora se apoya sobre una pierna, ora sobre las dos, levanta las piernas a los lados, da gusto verla. Empapa con agua de la tetera un trozo de tela que lleva en la mano, es el corsé… ¡La limpieza es buena cosa! El vestido blanco está colgado de la percha, también lo lava en la tetera y luego lo seca en el tejado. Se lo pone con la pañoleta de color azafrán alrededor del cuello, así el vestido brilla aún más blanco. La pierna en el aire, mira cómo se yergue sobre un solo tallo. ¡Me contemplo, me contemplo!

—Todo eso da igual —dijo Gerda—, no me dice nada.

Y se fue corriendo hacia la salida del jardín.

La puerta estaba cerrada, pero trasteó con el gozne oxidado, que se soltó, la puerta se abrió y Gerda salió corriendo sobre sus pies

desnudos, otra vez hacia el ancho mundo. Miró tres veces hacia atrás, pero nadie la perseguía. Finalmente no pudo seguir corriendo, se sentó sobre una piedra negra, y cuando miró a su alrededor, el verano había pasado ya, el otoño estaba avanzado. No se notaba dentro de aquel precioso jardín donde siempre brillaba el sol y lucían las flores de todas las estaciones.

—¡Dios mío, cómo me he retrasado! —dijo la pequeña Gerda—. ¡Pero si ya ha llegado el otoño, no puedo descansar!

Y se levantó para seguir su camino. ¡Oh, qué cansados y doloridos tenía sus piececitos! A su alrededor todo parecía frío y áspero. Las largas hojas de los sauces estaban amarillas y el rocío goteaba de ellas; caían las hojas una tras otra; solo la endrina [62] tenía frutos, aunque tan amargos que la boca se encogía al probarlos. ¡Oh, qué frío y qué duro era el ancho mundo!

Cuarto cuento:

El príncipe y la princesa

Gerda tuvo que descansar otra vez, y entonces saltó sobre la nieve, delante de ella, un gran cuervo. Llevaba un buen rato mirándola y torciendo el cuello. Dijo:

—Cra cra, buen dí, buen dí.

No sabía hablar mejor, pero lo decía con buena intención y buenos deseos hacia la niña. Le preguntó adónde iba tan sola por el ancho mundo. Aquella palabra… Gerda comprendía muy bien todo lo que contenía, y le contó al cuervo toda su vida y lo que había sufrido, y preguntó si había visto a Kay.

Y el cuervo asintió con la cabeza muy pensativo y dijo:

—¡Podría ser, podría ser!

—¿Qué? ¿Crees que sí? —gritó la niña, y casi mató al cuervo de lo

fuerte que lo besó.

—¡Sensata, sensata! —dijo el cuervo—. Creo que puede ser pequeño Kay, pero seguro que te habrá olvidado por la princesa.

—¿Vive con una princesa? —preguntó Gerda.

—¡Pues sí! —dijo el cuervo—. Pero me resulta muy difícil hablar tu idioma. Si entiendes la lengua de los cuervos, te lo puedo contar mejor.

—No, no la he estudiado —dijo Gerda, pero su abuela sí que sabía aquel idioma, y también la lengua P. ¡Ojalá la hubiera estudiado ella también!

—No importa —dijo el cuervo—, te lo contaré lo mejor que sepa, pero no será muy bien.

Y le contó lo que sabía.

—En el reino en que estamos vive una princesa bellísima, que ha leído todos los periódicos que hay en el mundo y los ha vuelto a olvidar, así es de lista. El otro día está sentada en el trono, lo que no resulta demasiado divertido, y entonces, dicen, se pone a tararear una melodía, esta: «¿Por qué no me caso?». «Pues cierto», dice, de modo que quería casarse, pero quería un hombre que supiera responder cuando ella hablara, uno que no fuera simplemente un noble, porque eso es muy aburrido. Mandó llamar a todas las damas de la corte a toque de tambor, y al oír lo que quería se pusieron muy contentas. «¡Me encanta! —dijeron—, eso mismo pensé yo el otro día». Créeme, todo lo que te digo es verdad —siguió el cuervo —. Tengo una novia mansa que puede entrar y salir libremente en palacio, y ella me lo ha contado todo.

Naturalmente también era un cuervo, pues cuando los cuervos buscan pareja siempre es otro cuervo.

—En seguida salieron los periódicos con una orla de corazones y el monograma [63] de la princesa. En ellos se podía leer que cualquier joven de buena apariencia era libre de entrar en palacio a hablar con la princesa, y el que hablara de forma que quedara claro que

era digno de aquel lugar y que hablara mejor que nadie, se convertiría en el marido de la princesa… ¡Sí, sí! —dijo el cuervo—, es tan cierto como que yo estoy aquí. Acudió un tropel de gente, había muchedumbres, pero no hubo suerte ni el primer día ni el segundo. Todos hablaban muy bien cuando estaban en la calle, pero, en cuanto entraban por la puerta y veían a la guardia vestida de plata y las escaleras llenas de lacayos vestidos de oro y los grandes salones iluminados, se quedaban de lo más confundidos. Y cuando estaban delante del trono donde se sentaba la princesa, lo único que sabían decir era la última palabra que había dicho la princesa, y ella no tenía ninguna gana de volver a oírla; era como si la gente hubiera tomado rapé [64] y les hubiera entrado sueño, hasta que volvían a salir a la calle: entonces sí que sabían hablar. Había una cola que llegaba desde la puerta de la ciudad hasta el palacio. Yo mismo fui a verlo —prosiguió el cuervo—. Les entraba hambre y sed, pero en el palacio no les daban ni siquiera un vaso de agua caliente para beber. Algunos de los más listos se habían llevado bocadillos, pero no los compartían con sus vecinos, pensando: «Mejor que tengan pinta de hambrientos, así la princesa no los querrá».

—Pero Kay, el pequeño Kay —preguntó Gerda—. ¿Cuándo llega Kay? ¿Estaba él entre toda aquella gente?

—¡Dame tiempo, dame tiempo! Ya estamos llegando. Era el tercer día cuando llegó una personita sin caballos ni carro, marchando muy gallardo hasta la puerta del castillo. Sus ojos brillaban como los tuyos, tenía el pelo largo y precioso, pero sus ropas eran pobres.

—¡Ese era Kay! —exclamó Gerda, jubilosa—. ¡Oh, lo he encontrado!

Y empezó a dar palmas.

—Llevaba una alforjita a la espalda.

—No, debía de ser su trineo —dijo Gerda—, porque se fue en el trineo.

—Puede ser —dijo el cuervo—, no lo vi bien. Pero mi novia mansa me dijo que entró por la puerta del palacio y cuando vio a los guardias de plata y a los lacayos de oro en la escalera no se

sorprendió lo más mínimo; les saludó con la cabeza y les dijo: «Debe de ser muy aburrido pasarse el día en la escalera, será mejor que entre». Los salones estaban deslumbrantes con tanta luz. Los consejeros y sus excelencias iban descalzos llevando bandejas de oro. Había que ser muy solemne y las botas le rechinaban un montón, pero no se asustó.

—¡Seguro que es Kay! —dijo Gerda—. Sé que llevaba unas botas nuevas, las oí rechinar en el cuarto de la abuela.

—¡Vaya si rechinaban! —dijo el cuervo—. Y entró tan gallardo en el salón de la princesa, que estaba sentada sobre una perla tan grande como una rueda, con todas las damas con sus doncellas y las doncellas de sus doncellas a su alrededor, y también todos los caballeros con sus criados y los criados de sus criados. Cuanto más cerca estaban de la puerta más orgullosos parecían. Al chico del criado que siempre va en zapatillas casi no se le puede ni mirar, de lo orgulloso que está al lado de la puerta.

—Debe de ser horrible —dijo la pequeña Gerda—. ¿Y Kay se casó con la princesa?

—Si yo no hubiera sido un cuervo, habría sido yo el que se casara con ella, y eso que ya estoy prometido. Debió de hablar tan bien como hablo yo cuando hablo la lengua de los cuervos, según me contó mi novia mansa. Era gallardo y apuesto, pero no había venido como pretendiente, sino solo para comprobar la inteligencia de la princesa, que le gustó, y a la princesa también le gustó él.

—¡Era Kay, seguro! —dijo Gerda—. Era tan listo que podía hacer cálculos mentales con quebrados… ¡Oh! ¿Me introducirás en el palacio?

—Bueno, eso es muy fácil de decir —dijo el cuervo—. ¿Pero cómo hacerlo? Lo hablaré con mi novia mansa, ella nos aconsejará. Porque te aseguro que una niña pequeña como tú nunca conseguirá permiso para entrar por las buenas.

—Pues tengo que hacerlo —dijo Gerda—. En cuanto Kay sepa que estoy aquí, vendrá en seguida a buscarme.

—Espérame junto a esa piedra —dijo el cuervo y, torciendo el cuello, se fue volando.

El cuervo no regresó hasta que era noche oscura.

—Rar, rar —dijo—. Muchos recuerdos de parte de mi novia; aquí tienes un panecillo, lo cogió en la cocina; allí hay mucho pan y debes de estar hambrienta… Es imposible entrar en palacio: tienes los pies descalzos, y los guardias de plata y los lacayos de oro no lo permitirán. Pero no llores. Podrás entrar. Mi novia conoce una escalerita trasera que conduce al dormitorio, y sabe dónde coger la llave.

Y entraron en el jardín, en la gran alameda donde caían las hojas una tras otra y, cuando se apagaron las luces del palacio, el cuervo condujo a la pequeña Gerda a una puerta trasera que estaba cerrada con llave. ¡Oh, cómo palpitaba el corazón de Gerda, de miedo y añoranza! Era como si fuera a hacer algo malo, aunque lo único que quería era saber si se trataba del pequeño Kay. Sí, ¡tenía que ser él! Recordaba vivamente sus inteligentes ojos, sus largos cabellos, podía ver su sonrisa cuando estaban sentados debajo de las rosas, allá en su casa. Él se alegraría seguramente de verla, de escuchar el largo camino que había tenido que recorrer por él, y de saber lo apenado que estaba todo el mundo porque no había vuelto. ¡Oh, qué miedo y qué alegría!

Ahora estaban en la escalera. En un anaquel [65] brillaba una lamparita; en el suelo estaba el cuervo manso torciendo el cuello a todos los lados y observando a Gerda, que hizo una reverencia como su abuela le había enseñado.

—Mi prometido me ha hablado muy bien de usted, mi querida señorita —dijo el cuervo manso—. La vita [66] de usted, como suele decirse, es muy conmovedora… Si toma usted la lámpara, yo iré delante. Iremos por el camino más directo, porque allí no nos encontraremos con nadie.

—Creo que viene alguien detrás de nosotros —dijo Gerda, y algo se deslizó delante de ella. Parecían sombras chinescas. Caballos de ondeantes crines y delgadas patas, monteros y señores y señoras a caballo.

—¡No son más que los sueños! —dijo el cuervo—. Vienen para llevarse los pensamientos de sus señorías a cazar: es buena cosa, así se puede disfrutar desde la cama. Pero, cuando alcance usted la gloria y la riqueza, demuéstrenos que posee un corazón agradecido.

—¡Bueno, no hablemos ahora de esas cosas! —dijo el cuervo del bosque.

Entraron en el primer salón; era de raso color de rosa, con flores artificiales en las paredes. Aquí los adelantaron los sueños, pero iban tan deprisa que Gerda no pudo ver a su señoría. Cada salón era más hermoso que el anterior; era fácil impresionarse, y por fin llegaron al dormitorio. El techo parecía una gran palmera con hojas de cristal, cristal caro, y en el suelo había dos camas apoyadas en una gruesa basa de oro, parecían lirios. Una era blanca, y en ella estaba la princesa; la otra era roja, y era allí donde Gerda debía encontrar al pequeño Kay. Apartó uno de los rojos pétalos y vio un cuello moreno… ¡Oh, era Kay!… Gritó muy fuerte su nombre, acercó la lámpara, él se despertó, volvió la cabeza y… ¡no era el pequeño Kay!

El príncipe solo se le parecía en el cuello, pero sí que era joven y guapo. Y desde la cama-lirio blanca se asomó la princesa y preguntó qué pasaba. Entonces la pequeña Gerda lloró y les contó toda su historia y lo que habían hecho los cuervos por ella.

—¡Pobrecita! —dijeron el príncipe y la princesa.

Y elogiaron a los cuervos y dijeron que no estaban enfadados con ellos, aunque no debían volver a hacer una cosa así. Y les darían una recompensa.

—¿Queréis volar libremente? —preguntó la princesa—. ¿O preferís un empleo fijo como cuervos de la corte, con derecho a todos los desperdicios de la cocina?

Los cuervos hicieron una reverencia y solicitaron el empleo fijo, porque pensaban en su vejez, y se dijeron: «Es muy bueno tener algo cuando se es viejo».

El príncipe se levantó de su cama e invitó a Gerda a que durmiera

allí, pues más no podía hacer por ella. La niña juntó sus manitas y pensó: «¡Qué buenos son los animales y las personas!». Y cerró los ojos y durmió estupendamente. Los sueños volvieron a entrar volando, y parecían ángeles de Dios, y llevaban un pequeño trineo en el que iba sentado Kay saludando con la mano; pero no eran más que sueños, y por eso desaparecieron en cuanto Gerda despertó.

Al día siguiente la vistieron de la cabeza a los pies de seda y terciopelo. La invitaron a quedarse en el castillo y pasarlo bien, pero ella solo pidió un carrito con un caballo y unas botitas; quería marcharse otra vez al ancho mundo en busca de Kay.

Y le dieron botas y un manguito. Le pusieron unas ropas preciosas y, cuando iba a marcharse, una carroza de oro puro se detuvo delante de la puerta. El escudo de armas del príncipe y la princesa brillaba como una estrella. Cochero, criados y guías —porque también había guías— estaban allí en pie con coronas de oro. El príncipe y la princesa le desearon buena suerte. El cuervo del bosque, que ya se había casado, los acompañó las tres primeras millas. El otro cuervo estaba en la puerta y sacudió las alas, pero no los acompañó porque tenía jaqueca desde que le habían dado el empleo fijo y comía demasiado. En la carroza había rosquillas de azúcar, y en el asiento había frutas y panes de especias.

—¡Adiós, adiós! —gritaron el príncipe y la princesa.

Y la pequeña Gerda lloró, y el cuervo lloró… Así pasaron las primeras millas. Luego el cuervo dijo también adiós y fue una despedida tristísima. Se subió volando a un árbol y agitó sus alas mientras pudo seguir viendo el coche, que brillaba con la clara luz del sol.

Quinto cuento:

La pequeña bandolera

Corrieron por el oscuro bosque, pero la carroza brillaba como una

llama que hirió los ojos de los bandoleros. No podían soportarlo.

—¡Es oro, es oro! —gritaron, echaron a correr, sujetaron los caballos, mataron a los guías, al cochero y a los criados, y sacaron del coche a la pequeña Gerda.

—Es gordita y bonita, la han engordado con nueces —dijo la vieja bandolera, que tenía una barba larga y erizada y unas cejas que le caían sobre los ojos—. ¡Será tan rica como un corderito bien cebado! ¡Bueno, vamos a ver qué tal sabe!

Y sacó su reluciente cuchillo, que brillaba horriblemente.

—¡Au! —gritó la vieja en ese mismo instante.

Su propia hija le había dado un mordisco en la oreja. La llevaba colgada a la espalda y era tan salvaje y traviesa que daba gusto.

—¡Niña mala! —dijo la madre, que no tuvo tiempo de matar a Gerda.

—¡Jugará conmigo! —dijo la pequeña bandolera—. Me dará su manguito, su bonito vestido, y dormirá conmigo en mi cama.

Y le dio otro mordisco a su madre, y la vieja bandolera dio un brinco y una voltereta, mientras los bandoleros reían diciendo:

—¡Mira cómo baila con su niña encima!

—Quiero ir en la carroza —dijo la pequeña bandolera, que siempre quería hacer su voluntad, porque era muy consentida y muy cabezota.

Ella y Gerda se sentaron allí y se adentraron por el bosque atravesando espinos y rastrojos. La pequeña bandolera era de la edad de Gerda, pero más fuerte, más ancha de hombros, y tenía la piel oscura. Los ojos eran completamente negros, tenía un aspecto casi triste, tomó a la pequeña Gerda de la cintura y le dijo:

—No te matarán mientras yo no me enfade contigo. Debes de ser una princesa, ¿verdad?

—No —dijo la pequeña Gerda, y le contó todo lo que había sucedido y cuánto quería al pequeño Kay.

La bandolera la miró con mucha pena, inclinó un poquito la cabeza y dijo:

—No te matarán aunque yo me enfade contigo, porque si me enfado te mataré yo misma.

Y le secó los ojos a Gerda y le metió las manos en el lindo manguito, que era blando y caliente.

La carroza se detuvo. Estaban en medio del patio del castillo de los bandoleros. Estaba rajado de arriba abajo, cuervos y cornejas salían volando de los huecos, y los grandes perros de presa, que parecían capaces de matar a una persona, saltaron, aunque sin ladrar, porque se lo tenían prohibido.

En la gran sala ardía sobre el suelo de piedra un gran fuego. El humo subía hasta el techo y salía por donde podía. Había un gran caldero con sopa hirviendo, y liebres y conejos daban vueltas en un espetón [67] .

—Esta noche dormirás aquí, conmigo, entre todos mis animalitos —dijo la bandolera.

Comieron y bebieron y se fueron a un rincón donde había paja y mantas. Por encima, en tablas y perchas, había más de un centenar de palomas que parecían dormir, pero que se movieron un poco al llegar las niñas.

—Son todas mías —dijo la pequeña bandolera.

Y cogiendo rápidamente a una de las más próximas, la agarró por las patas y la sacudió hasta hacerla batir las alas.

—¡Bésala! —gritó, y se la arrojó a Gerda a la cara—. Esas son las canallas del bosque —continuó señalando unos barrotes que cerraban un agujero en lo alto del muro—. Son las canallas del bosque, esas dos. Se irían volando si no las tuviera bien encerradas. Y este es mi antiguo novio, ¡bah!, mi querida vaca vieja —y sacó agarrado del asta un reno que tenía un anillo blanco de cobre

alrededor del cuello y que estaba atado—. También hay que tenerlo bien amarrado, si no se nos marcharía de un salto. Por las noches le hago cosquillas en el cuello con mi afilado cuchillo, ¡le tiene miedo!

Y la niña sacó su largo cuchillo de una grieta de la pared y se lo pasó al reno por el cuello. El pobre animal agitó las patas, y la bandolera rio y arrastró a Gerda hacia la cama.

—¿Vas a dormir con el cuchillo? —preguntó Gerda un poco asustada.

—Siempre duermo con el cuchillo —dijo la pequeña bandolera—. Nunca se sabe lo que puede pasar. Pero vuelve a contarme lo que me contaste antes acerca del pequeño Kay y por qué te marchaste al ancho mundo.

Y Gerda se lo contó, y las palomas torcaces que había en una jaula zurearon [68] mientras los demás dormían. La pequeña bandolera pasó el brazo por debajo del cuello de Gerda, cogió el cuchillo en la otra mano y durmió ruidosamente. Pero Gerda no pudo pegar ojo; no sabía si viviría o moriría. Los bandoleros estaban sentados en torno al fuego cantando y bebiendo, y la vieja bandolera daba volteretas. ¡Oh, a la niña le horrorizaba ver todo aquello!

Las palomas torcaces dijeron entonces:

—Zuru, zuru, hemos visto al pequeño Kay. Una gallina blanca trajo su trineo, él iba sentado en el coche de la reina de las nieves, que pasó volando bajo por encima del bosque cuando nosotras estábamos en nuestro nido; éramos aún crías. Nos echó el aliento y murieron todas menos nosotras dos. Zuru, zuru.

—¿Qué estáis diciendo? —gritó Gerda—. ¿Adónde fue la reina de las nieves? ¿Sabéis algo?

—Viajó despacito hasta Laponia, porque allí siempre hay nieve y hielo. Pregúntale al reno que está atado de la soga.

—Hay hielo y nieve, se vive estupendamente —dijo el reno—. Allí se puede saltar libremente por los grandes valles luminosos. Allí tiene su casa de verano la reina de las nieves, pero su castillo

permanente está más cerca del Polo Norte, en las islas que llaman Lofoten [69] .

—¡Oh, Kay, pequeño Kay! —suspiró Gerda.

—Estate calladita —dijo la bandolera— o te meto el cuchillo en la barriga.

Por la mañana, Gerda le contó lo que le habían dicho las palomas salvajes, y la pequeña bandolera puso cara de pena, pero sacudió la cabeza y dijo:

—¡Da igual! ¿Tú sabes dónde está Laponia? —le preguntó al reno.

—¿Quién puede saberlo mejor que yo? —dijo el animal, mientras los ojos le bailaban en sus órbitas—. Allí nací y allí me crie, allí salté por los campos nevados.

—¡Escucha! —le dijo la bandolera a Gerda—. Ya ves que todos nuestros hombres se han ido; mamá sigue ahí, y ahí seguirá, pero de madrugada se pone a beber de la botella grande y luego se echa una siestecita… ¡Voy a hacer algo por ti!

Saltó de la cama y la condujo, agarrándola por el cuello, hasta su madre, a la que dio un tirón del bigote diciéndole:

—¡Querida canallita mía, buenos días!

Y la madre le retorció la nariz hasta dejársela roja y azul, pero era una muestra de cariño.

Cuando la madre se bebió la botella y empezó su siestecilla, la bandolera fue adonde estaba el reno y le dijo:

—Me encantaría seguir haciéndote cosquillas con mi afilado cuchillo, porque resulta muy divertido, pero da igual; te voy a soltar la cuerda y te ayudaré a salir para que puedas correr a Laponia. Pero te llevarás a la niña al palacio de la reina de las nieves, donde está su compañero de juegos. Ya oíste lo que contó, porque habla bastante fuerte y tú no duermes muy profundamente.

El reno dio un gran salto de alegría, la bandolera subió a la pequeña

Gerda sobre el lomo y tuvo la precaución de atarla fuerte, incluso le dio un cojincito para que se sentara.

—Da igual —dijo—, te puedes quedar con tus botas de pelo porque dan calor, pero me quedo con el manguito, porque es muy bonito. De todos modos no te congelarás. Aquí tienes los mitones [70] grandes de mi madre, que te llegan hasta el codo. Póntelos. Ahora tus manos parecen tan feas como las de mi madre.

Y Gerda lloró de alegría.

—No aguanto verte lloriquear —dijo la pequeña bandolera—. ¡Pareces muy contenta! Aquí tienes dos panes y un jamón para que no pases hambre.

Ató las dos cosas a los lomos del reno. La pequeña bandolera abrió la puerta, encerró a los grandes perros y cortó la soga con su propio cuchillo, y le dijo al reno:

—¡Corre, pero ten cuidado con la niña!

Y Gerda alargó los brazos, con los grandes mitones, hacia la bandolera y le dijo adiós, y el reno echó a correr entre arbustos y tocones, atravesó el gran bosque, atravesó pantanos y estepas, corría todo lo que podía, los lobos aullaban y los cuervos graznaban. «Fut, fut», se oía en el cielo. Era como un estornudo rojo.

—¡Ahí está mi vieja aurora boreal! —dijo el reno—. ¡Mira cómo reluce!

Y corrió aún más deprisa, noche y día. Los panes se acabaron, el jamón también, y llegaron a Laponia.

Sexto cuento:

La lapona y la finesa

Se detuvieron al lado de una casita. Era muy miserable, el tejado llegaba hasta el suelo, y la puerta era tan baja que la familia tenía que entrar o salir arrastrándose sobre la barriga. No vivía más que una vieja lapona que estaba asando un pescado sobre una lámpara de aceite de ballena. Y el reno contó toda la historia de Gerda, pero primero la suya, pues pensaba que era mucho más importante, y Gerda estaba tan aterida de frío que no podía ni hablar.

—¡Ay, pobrecitos! —dijo la lapona—. Aún tenéis mucho camino por delante. Tenéis que seguir más de cien millas hasta Finnmark, porque allí es donde está la reina de las nieves, encendiendo auroras boreales todas las noches. Escribiré unas líneas en un bacalao seco, pues no tengo papel, y se lo llevaréis a la finesa que vive allí: ella podrá informaros mejor que yo.

Y cuando Gerda se calentó, comió y bebió, la lapona escribió unas líneas en un bacalao seco, le dijo a Gerda que lo guardara bien, volvió a atarla encima del reno, y este echó a correr. «¡Fut, fut!», se oía por el aire; la preciosa aurora boreal azul estuvo ardiendo toda la noche. Y llegaron a Finnmark y llamaron a la chimenea de la finesa, porque la casa ni siquiera tenía puerta.

Dentro hacía tanto calor que la finesa iba casi desnuda. Era pequeña y bastante sucia. En seguida le aflojó a la pequeña Gerda las ropas, y le quitó los mitones y las botas, pues, si no, habría pasado demasiado calor; le puso al reno un trozo de hielo sobre la cabeza y leyó lo que ponía en el bacalao. Lo leyó tres veces, hasta que se lo aprendió de memoria y echó el pescado al puchero de la comida, porque era comestible y nunca comía nada.

El reno contó primero su historia y luego la de la pequeña Gerda, y la finesa guiñó los ojos vivarachos, pero no dijo nada.

—Tú eres muy lista —dijo el reno—. Sé que puedes atar todos los vientos del mundo con un hilo de coser. Cuando el marino suelta un nudo tiene viento favorable, cuando suelta el segundo hay viento fuerte, y si suelta el tercero y el cuarto se produce tal tormenta que los bosques se derrumban. ¿Le darás a la niña una bebida para que tenga la fuerza de doce hombres y pueda vencer a la reina de las nieves?

—¡La fuerza de doce hombres! —dijo la finesa—. ¡Sí, creo que con eso bastará!

Y se fue a un anaquel, sacó un gran pellejo doblado y lo desdobló. Allí había escritas unas letras muy extrañas, y la finesa estuvo leyendo hasta que el sudor le corrió por la frente.

Pero el reno volvió a pedirle que ayudara a la pobre Gerda, y Gerda miraba con ojos suplicantes, llenos de lágrimas, a la finesa, que volvió a guiñar los ojos y se llevó al reno a un rincón, donde le cuchicheó algo mientras le ponía hielo fresco encima de la cabeza.

—El pequeño Kay está en casa de la reina de las nieves, y todo le parece muy de acuerdo con sus gustos y sus deseos, y cree que está en el mejor lugar del mundo, pero es porque tiene una espina de cristal en el corazón y un granito de cristal en el ojo. Hay que sacárselos, porque de otro modo nunca volverá a ser persona, y la reina de las nieves conservará su poder sobre él.

—Pero, ¿no puedes darle algo a la pequeña Gerda para que consiga vencerla?

—No puedo darle más fuerza de la que ya tiene. ¿No ves lo grande que es ya? ¿No ves cómo hombres y animales se ven obligados a servirla, cómo con los pies descalzos ha llegado tan lejos? Nosotros no podemos aumentar su poder, que radica en su corazón de dulce niña inocente. Si ella sola no puede llegar hasta la reina de las nieves y sacarle los cristales al pobre Kay, nosotros no podemos ayudarla. A dos millas de aquí empieza el jardín de la reina de las nieves; puedes llevar a la niña hasta allí. Déjala junto al gran arbusto de bayas [71] rojas que hay en medio de la nieve, pero no te entretengas a charlar y vuelve aquí en seguida.

Y la finesa subió a la pequeña Gerda sobre los lomos del reno, que corrió todo lo que podía.

—¡Oh, no he cogido las botas! ¡No he cogido los mitones! —gritó la pequeña Gerda.

Se dio cuenta por el frío cortante que hacía, pero el reno no se atrevió a detenerse y corrió hasta llegar al gran arbusto de bayas

rojas. Allí depositó a Gerda en el suelo, le dio un beso en la boca y por las mejillas del animal se deslizaron lágrimas grandes y relucientes; luego echó a correr todo lo que podía para volver a la casa. Allí se quedó la pobre Gerda, sin guantes, en medio de la gélida Finnmark.

Echó a correr todo lo deprisa que pudo. Entonces llegó todo un regimiento de copos de nieve, pero no caían del cielo, que estaba claro y brillaba con la aurora boreal; los copos de nieve iban corriendo por el suelo, y cuanto más se acercaban tanto mayores eran. Gerda recordó lo grandes y artísticos que le habían parecido cuando miró los copos de nieve con la lente de aumento, pero ahora eran muy distintos; eran grandes y asustaban, estaban vivos, eran la avanzadilla de la reina de las nieves. Tenían las formas más extrañas, parecían grandes erizos feos; otros parecían serpientes levantando la cabeza; otros, niñitos gordos cuyos relucientes cabellos blancos eran vivientes copos de nieve.

La pequeña Gerda rezó entonces un padrenuestro, y el frío era tan intenso que pudo ver su propia respiración: parecía humo que le salía por la boca. El aliento se iba haciendo cada vez más denso, y se transformó por fin en claros angelitos que crecían más y más según iban tocando tierra, y todos llevaban yelmo en la cabeza y lanza y escudo en las manos. Eran cada vez más, y cuando Gerda acabó su padrenuestro había toda una legión de ellos a su alrededor. Golpearon con sus lanzas a los horrendos copos de nieve hasta hacerlos saltar en mil pedazos, y la pequeña Gerda avanzó segura y gallarda. Los ángeles le dieron palmaditas en las manos y los pies, y ella sintió menos frío, y se dirigió con rapidez hacia el palacio de la reina de las nieves.

Pero ahora veremos primero cómo estaba Kay. No pensaba en la pequeña Gerda, y menos aún se podía imaginar que ella estaba delante del palacio.

Séptimo cuento:

Lo que sucedía en el palacio de la reina de las nieves y lo que sucedió después

Las paredes del palacio eran de nieve, y las ventanas y puertas eran de cortantes vientos. Había centenares de estancias, todas como de nieve. La mayor tenía una extensión de muchas millas, y todas estaban iluminadas por la poderosa aurora boreal y eran enormes, vacías, heladoramente frías y resplandecientes. Nunca había allí alegría, ni siquiera bailes de osos, cuando la tormenta soplaba y los osos polares caminaban sobre las patas traseras y hacían gala de delicados modales. Nunca había un jueguecito con cosas para chuparse los dedos y algo que cotillear, jamás una pequeña reunión para que tomaran café las blancas señoritas raposas. Vacías, inmensas y frías eran las estancias de la reina de las nieves. La aurora boreal llameaba con tanta precisión, que se podía calcular cuándo estaba en su punto culminante y cuándo en el momento más bajo. En medio de la interminable y vacía estancia de nieve había un lago helado. Estaba roto en miles de fragmentos, pero los fragmentos eran todos tan iguales que parecía una auténtica obra de arte. Y en medio se sentaba la reina de las nieves cuando estaba en casa, y decía que se sentaba en el espejo de la Razón, que era único en el mundo.

El pequeño Kay estaba todo azulado de frío, casi negro, pero no lo notaba porque ella le había quitado los escalofríos con sus besos, y además su corazón ya era prácticamente un trozo de hielo. Se dedicaba a arrastrar trozos de hielo lisos y afilados que colocaba de todas las formas posibles porque quería formar figuras con ellos; lo llamaba el «juego chino». Kay también se dedicaba a hacer figuras muy artísticas, y ese era el «juego de la Razón». A sus ojos, aquellas figuras eran magníficas y de extrema importancia. ¡Era por culpa del cristal que tenía en el ojo! Hacía figuras que en realidad eran una palabra escrita, pero nunca podía poner la palabra que quería, Eternidad, pues la reina de las nieves le había dicho: «Si puedes formar esa figura, serás tu propio dueño y yo te daré el mundo y un par de patines nuevos para el hielo». Pero no podía.

—Ahora me iré a los países cálidos —dijo la reina de las nieves—. Voy a echar un vistazo a las calderas. Son montes de fuego: los llaman el Etna y el Vesubio [72] . ¡Los blanquearé un poco! Estará muy bien, adorna mucho los limones y las uvas.

Y la reina de las nieves se fue volando y Kay se quedó solo en la gran sala de hielo de muchas millas, mirando los trozos de hielo y pensando y pensando hasta rechinar. Estaba sentado muy tieso y silencioso, diríase que había muerto congelado.

Fue entonces cuando entró la pequeña Gerda en el palacio, cruzó la gran puerta que era de cortantes vientos. Dijo su oración de la tarde, y los vientos se acostaron como si fueran a dormir, y ella entró en las grandes estancias vacías y frías… y entonces vio a Kay, lo reconoció, lo abrazó, lo apretó contra su pecho y gritó:

—¡Kay, mi dulce Kay querido! ¡Por fin te he encontrado!

Pero él seguía en silencio, tieso y frío. La pequeña Gerda lloró entonces cálidas lágrimas que cayeron sobre el pecho de Kay y le llegaron al corazón; el trozo de hielo se derritió y el trocito de hielo que tenía dentro se fundió. Kay la miró, y ella cantó el salmo:

Crecen las rosas en el valle,

que el niño Jesús hable.

Kay se echó entonces a llorar. Lloró de tal forma que se salió el grano de espejo que tenía en el ojo, y la reconoció y gritó de alegría:

—¡Gerda, mi dulce y pequeña Gerda! ¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Dónde he estado yo? —y miró a su alrededor—. ¡Qué frío hace aquí, qué frío y grande es esto!

Y se agarró muy fuerte a Gerda, y ella lloró y rio de alegría; era tan maravilloso que hasta los trozos de hielo bailaron de alegría a su alrededor y, cuando se echaron a descansar, formaron justo las letras que había dicho la reina de las nieves, las que Kay debía adivinar para ser su propio dueño y para que ella le diera todo el mundo y unos patines nuevos.

Y Gerda lo besó en las mejillas, que enrojecieron. Lo besó en los

ojos, que brillaron como los de ella. Lo besó en las manos y los pies, y él volvió a ser sano y fuerte. No importaba que regresara la reina de las nieves: su carta de libertad estaba allí escrita en relucientes trozos de hielo.

Y se cogieron de las manos y salieron andando del gran palacio. Hablaron de la abuela y de las rosas del tejado. Y por donde iban, los vientos se calmaban y salía el sol. Y cuando se acercaron al arbusto de bayas rojas, allí encontraron al reno esperando. Estaba con otro joven reno hembra con las ubres llenas, que les dio su leche y los besó en la boca. Kay y Gerda fueron primero a casa de la finesa, donde se calentaron en la cálida habitación y aprendieron el camino de regreso. Luego a la casa de la lapona, que les había cosido ropas nuevas y había arreglado el trineo.

Y los dos renos fueron saltando a su lado y los acompañaron hasta la frontera del país, donde asomaba ya el primer verdor.

—¡Adiós! —dijeron todos.

Y los primeros pajaritos empezaron a piar, el bosque tenía brotes verdes, y de él salió un precioso caballo al que Gerda conocía (había estado uncido a la carroza de oro), y sobre su lomo iba una niña con un brillante gorro rojo en la cabeza y pistolas al cinto. Era la pequeña bandolera, que se había aburrido de estar en casa y había querido ir primero al norte, y luego a algún otro sitio, solo por divertirse. Reconoció en seguida a Gerda, y Gerda la reconoció también; fue una gran alegría.

—Estás muy bien trotando por ahí —le dijo al pequeño Kay—. Me gustaría saber si mereces que alguien vaya hasta el fin del mundo por causa tuya.

Pero Gerda le dio una palmadita en la mejilla y le preguntó por el príncipe y la princesa.

—Han viajado a países extranjeros —dijo la bandolera.

—¿Y el cuervo? —preguntó la pequeña Gerda.

—¡El cuervo murió! —respondió la niña—. La novia se ha quedado

viuda; lleva una hebra de lana en la pata. ¡Se queja horriblemente, menuda loca! Pero cuéntame cómo te fue y cómo lograste encontrarlo.

Y Gerda y Kay se lo contaron.

—¡Y colorín colorado! —dijo la bandolera.

Los tomó a los dos de la mano y prometió que si alguna vez pasaba por su pueblo iría a visitarlos, y se marchó hacia el ancho mundo, y Kay y Gerda siguieron cogidos de la mano, y ya era plena primavera, llena de flores y de verdor. Las campanas de las iglesias repicaban, y reconocieron las altas torres, la gran ciudad donde vivían, y entraron y fueron a la puerta de su abuela, subieron la escalera, entraron en la habitación donde todo seguía en el mismo lugar que antes y el reloj decía «tic-tac» y la manecilla daba vueltas. Pero, cuando entraron por la puerta, se dieron cuenta de que se habían vuelto personas adultas. Las rosas del canalón del tejado estaban en flor y entraban por las ventanas abiertas, y allí estaban las sillitas de niño donde solían sentarse Kay y Gerda cogidos de la mano. Habían olvidado, como si fuera un mal sueño, la fría y vacía magnificencia de la reina de las nieves. La abuela estaba sentada a la luz del sol de Dios leyendo la Biblia en voz alta: «Si no os hacéis como niños no entraréis en el Reino de los Cielos».

Y Kay y Gerda se miraron a los ojos y en ese momento comprendieron el viejo salmo:

Crecen las rosas en el valle,

que el niño Jesús hable.

Allí se sentaron dos adultos que al mismo tiempo eran niños, niños en su corazón. Y era verano, un verano cálido y esplendoroso.

■

54 trol: en la mitología escandinava, ser maligno que habita en bosques o grutas.

55 canalón: conducto que recibe y vierte el agua de los tejados.

56 cayado: palo o bastón que utilizan los pastores.

57 dondiego: flor que se abre solo de noche.

58 angosto: estrecho.

59 elfo: en la mitología escandinava, espíritu del aire.

60 ranúnculo: planta herbácea venenosa, que da flores amarillas o blancas.

61 Se atribuyen aquí a la flor del narciso los atributos del personaje de la mitología griega Narciso, que estaba enamorado de sí mismo.

62 endrina: ciruelo silvestre.

63 monograma: cifra que como abreviatura se emplea en los sellos.

64 rapé: tipo de tabaco en polvo que se aspira por la nariz.

65 anaquel: estante.

66 vita: vida en italiano.

67 espetón: hierro largo y delgado en el que se ensartan para asarlos el pescado y la carne.

68 zurear: hacer arrullos una paloma.

69 Lofoten: archipiélago de islas de Noruega, situadas en el círculo polar ártico.

70 mitón: guante de punto que solo cubre desde la muñeca hasta la mitad del pulgar y el nacimiento de los demás dedos.

71 baya: tipo de fruto carnoso con semillas rodeadas de pulpa.

72 El Etna y el Vesubio son dos volcanes ubicados en Italia: el Etna en Sicilia y el Vesubio en Nápoles.

La belleza del canto del cisne

Transformaciones y apariencias

En los cuentos de Andersen casi nada es lo que parece, muchos de sus personajes poseen una belleza escondida que muy pocos reconocen o aprecian. La mirada del otro es un enigma, una pregunta que descubre o encubre quiénes somos.

1.Las metamorfosis aparecen simbolizadas en los cuentos de Andersen a través de un animal: el cisne. ¿Conoces esta ave? Busca información sobre sus principales características y sobre el célebre canto del cisne. ¿Qué es? ¿Por qué crees que cautivó la imaginación de nuestro autor?

2.En El patito feo el deseo aparece teñido de añoranza. El personaje desea aquello que, en su ignorancia, posee dentro de sí. La realización del deseo pasa pues por el reconocimiento, por la contemplación de lo que en realidad uno es, por mucho que parezca inalcanzable. Lee el fragmento en el que se describe el primer encuentro del protagonista con los cisnes (pág. 39). ¿De qué forma se describe el deseo? ¿Qué efecto causa en el patito? Y, ¿de qué modo Andersen anticipa el final del cuento?

3.Observa ahora su encuentro con los cisnes una vez que el protagonista ha crecido y ha tenido lugar su transformación (págs. 40-41), justo al final del cuento. ¿Te sorprende el paso repentino de la antesala de la muerte a la felicidad más absoluta? ¿Qué crees que simboliza esto?

4.En Los cisnes salvajes la aparición de estas aves también está ligada a la metamorfosis (pág. 49). ¿Conoces alguna otra historia en la que un personaje recupere su verdadera apariencia durante la noche? ¿Por qué crees que este es un motivo que se repite?

5.La belleza de una criatura no siempre es reconocida externamente. En este pasaje de Pulgarcita parece que nadie más que el narrador es consciente de su encanto:

¡Y con lo linda que era Pulgarcita! Así se lo parecía también al abejorro que la había cogido, pero todos los demás decían que era horrible, así que acabó por creérselo y ya no quiso seguir con ella. Podía marcharse donde quisiera. La bajó del árbol en un vuelo y la colocó encima de una margarita. Ella se echó a llorar, porque era tan fea que ni los abejorros la querían. Y eso que era lo más precioso que uno pueda imaginarse, fina y delicada como el más bello pétalo de rosa (pág. 66).

¿Qué se necesita para apreciar la hermosura y la delicadeza? Pulgarcita parece verse a sí misma a partir de lo que le dicen los demás, al igual que le ocurría al patito feo. ¿Crees que esto es siempre así en la infancia?, ¿y en etapas posteriores de la vida?

6.En La princesa y el guisante la apariencia y la realidad escondida vuelven a mostrarse enfrentadas. Lee el pasaje en el que la princesa llega empapada al castillo (pág. 121). ¿Qué diferencia este caso del de Pulgarcita? ¿Es consciente la muchacha de ser una princesa, aunque no lo parezca? ¿Cuál es el significado de ser «una princesa de verdad» en este relato?

7.Al principio de La reina de las nieves, en el cuento primero, aparece un espejo que resalta todos los defectos y la fealdad del mundo (págs. 150-155). ¿Qué importancia tiene nuestra mirada en la percepción de las cosas y las personas que nos rodean? ¿Qué simboliza este objeto?

8.Un espejo es aquello que tiene la propiedad de reflejar. ¿Es el reflejo siempre fiel a la realidad? ¿Hasta qué punto necesitamos que los espejos a través de los que aprehendemos el mundo sean imperfectos?

La amistad

En La reina de las nieves la amistad entre los dos niños protagonistas, Gerda y Kay, atraviesa los siete cuentos casi independientes que componen el relato. Es esa relación intensa y honda a la que Gerda no renuncia nunca la que permite salvar a Kay de los efectos del trozo de espejo deformante que se le ha incrustado en el corazón. De este modo, Andersen construye un texto en el que la amistad entre un niño y una niña es celebrada como el mayor de los tesoros.

9.Explica cómo se presenta la relación entre Gerda y Kay en el segundo cuento de La reina de las nieves (págs. 151-152). ¿Qué clase de cercanía tienen?, ¿cómo describirías su amistad?, ¿qué papel juega la cercanía física entre las dos casas?

10.Fíjate en la primera aparición de la reina de las nieves. ¿De qué modo surge el elemento mágico en medio de una narración aparentemente realista?, ¿cuál es la reacción de Kay?

11.¿Cómo cambió la forma de jugar de Kay después de que el cristal del espejo se le metiera en el ojo? ¿Qué crees que significa que su juego se volvió «más inteligente» (pág. 155)? Piensa en el juego infantil, sus características y su importancia.

12.Kay, tras haberse transformado su corazón en hielo, solo ve la perfección en los copos de nieve. Busca y contempla la imagen hexagonal y simétrica de un copo de nieve. ¿Qué te evoca? Reflexiona acerca de la belleza de lo perfecto y de lo imperfecto.

13.Cuando Kay es raptado por la reina de las nieves siente miedo. Sin embargo, poco después su percepción cambia:

—Ya no habrá más besos —dijo ella—, porque te podría matar a besos.

Kay la miró. Era muy bella, era imposible imaginarse un rostro más hermoso e inteligente. Ya no parecía de hielo como aquella vez, cuando se sentó delante de la ventana y le hizo señas. A los ojos de Kay era perfecta, y el miedo lo abandonó; le contó que sabía hacer cálculos mentales, e incluso con quebrados, millas cuadradas terrestres, y eso de «cuántos habitantes», y ella no paraba de sonreír (pág. 157).

El rostro de la reina de las nieves se describe como «hermoso e inteligente». Destaca también su frialdad y el peligro que entraña el ser amado por ella («te podría matar a besos»). ¿Qué te evoca esta escena? La reina de las nieves parece poseer la llave del conocimiento, o al menos la promesa de poder acceder a todo el saber humano.

14.Sin embargo, la pequeña Gerda posee otro tipo de poder, aquel que nace de su amor y que la lleva a no poder renunciar a encontrar a su querido Kay. En el transcurso del cuento, Gerda crece, y en un momento del sexto cuento se ensalza precisamente su determinación, que surge, por paradójico que parezca, de su inocencia:

—No puedo darle más fuerza de la que ya tiene. ¿No ves lo grande que es ya? ¿No ves cómo hombres y animales se ven obligados a servirla, cómo con los pies descalzos ha llegado tan lejos? Nosotros no podemos aumentar su poder, que radica en su corazón de dulce niña inocente. Si ella sola no puede llegar hasta la reina de las nieves y sacarle los cristales al pobre Kay, nosotros no podemos ayudarla (pág. 180).

¿Qué significado tiene la expresión: «con los pies descalzos ha llegado tan lejos»? ¿Cuál crees que es el poder de un «corazón de niña dulce inocente»?

15.Al final de la historia, cuando Gerda consigue liberar a Kay y con sus lágrimas de emoción le ayuda a expulsar el trozo de espejo que tenía incrustado, ambos personajes se reencuentran. Ha pasado el tiempo, pero siguen siendo los mismos que eran. El pensamiento de Andersen en relación a la infancia aparece condensado en las líneas finales: «Allí se sentaron dos adultos que al mismo tiempo eran niños, niños en su corazón. Y era verano, un verano cálido y esplendoroso» (pág. 186). ¿Qué simboliza en este caso el verano? ¿Pueden los adultos seguir siendo niños? ¿De qué manera?

El canto y la mudez

La posibilidad de hablar, o de cantar, y la incapacidad de hacerlo, son quizá los motivos que mejor condensan las preocupaciones profundas de Andersen. Todos los escritores reflexionan acerca del silencio y de las palabras, pero en su caso este tema se convierte en una promesa (el canto melodioso), una imposibilidad (expresar los propios deseos), un anhelo (decir lo que se sabe o se siente) y una tragedia (morir en la incomunicación con los otros).

16.Perder la voz es el mayor de los castigos, es lo más cercano a la muerte. La sirenita ha de entregar su voz a la bruja del mar (págs. 90-91), esta es la causa de todas sus desdichas y de que no pueda enamorar al príncipe. Pero es un motivo que aparece también en Los cisnes salvajes (págs. 53-54). La malvada reina de este cuento encanta a los príncipes pero no llega al extremo de dejarlos sin voz. Un pájaro sin voz es la encarnación de una criatura castrada, puesto que el mayor tesoro de los pájaros es, precisamente, el canto. Los cisnes salvajes son descritos como «preciosos», ¿qué función cumple aquí su belleza?

17.Elisa, que tiene como misión romper el hechizo y salvar a sus hermanos, debe permanecer en silencio. Así es advertida de las

consecuencias que puede tener el romper tal prohibición (pág. 54). ¿Te parece paradójico que la voz de su hermana sea para los cisnes «una daga asesina»? En los cuentos a menudo los personajes tienen que superar pruebas que demuestren su inteligencia y la fortaleza de su deseo. ¿Qué crees que se le pide aquí a Elisa?

18.La reacción de los hermanos a la mudez de Elisa es muy elocuente. Son conscientes de que se trata de un hechizo, e incluso descubren cuál es su cometido (pág. 54). ¿En qué crees que se fundamenta está comunicación tácita y silenciosa entre los hermanos? ¿Deseamos a veces las personas que los otros nos comprendan sin necesidad de contar lo que nos ocurre, como si nos pudieran leer el pensamiento?

19.Elisa recupera la voz justo a tiempo para declararse inocente y evitar su ejecución. Lee el fragmento final del cuento (págs. 60-61) y reflexiona acerca de cómo la contemplación de la metamorfosis de los cisnes hace que todo el mundo cambie radicalmente su opinión sobre ella. ¿Necesitamos ver lo que hay tras las intenciones de los otros para no juzgar los comportamientos que no entendemos?

20.De Elisa se dice que «se desmayó exánime en los brazos de sus hermanos, de tan agotada como estaba por la tensión, la angustia y el dolor». ¿Tiene este cuento un final feliz? Razona tu respuesta.

21.En La sirenita, que es quizá la alegoría de la mudez más hermosa que jamás se haya escrito, la protagonista pregunta angustiada a la bruja del mar cuando ella le ofrece su trato: «Pero si te quedas con mi voz, ¿qué me quedará a mí?» (pág. 91). ¿Crees que la sirenita es consciente en ese momento del riesgo que asume? ¿Se da cuenta de que perder la voz la anula como persona?

22.La respuesta de la bruja del mar es una pura tentación: le dice que podrá enamorar al príncipe con su belleza física y la reta a arriesgarse: «¡Vaya, pierdes el valor! Anda, saca tu lengüecita y te la cortaré en pago por mi poderosa bebida» (pág. 91). ¿Por qué crees que la sirenita acepta el trato? Fíjate en que la descripción de esta pérdida es muy física: la bruja le corta la lengua. ¿Qué presagia esta agresión tan cruda?

23.El príncipe llama a la sirenita una y otra vez: «mi muda

huerfanita de los ojos que hablan», expresión que se convierte en un epíteto de la protagonista. ¿Qué te sugiere esta locución?

24.El drama viene dado porque la sirenita no puede contar su propia historia, ha perdido la oportunidad de compartir su deseo, lo cual equivale a la imposibilidad de hacerlo real: «¡Ay, él no sabe que fui yo quien le salvó la vida! —pensó la sirenita—. Yo lo llevé por el mar hasta el bosque donde estaba el templo, yo me senté detrás de las rocas a esperar que llegara algún ser humano» (pág. 94). ¿Cuál es la distancia entre el pensamiento y las palabras? Piensa en la importancia de poder expresarse, y en cómo la buena comunicación reside en un equilibro entre el hablar y el estar en silencio.

25.El ruiseñor es el cuento de Andersen en el que el canto y su irresistible capacidad de seducción son expresados de forma más evidente. El emperador de China desea poseer al pájaro cantor del que le han hablado, del que le han llegado a decir que es lo más valioso que hay en el centro del mundo. ¿Sabes cómo es un ruiseñor? Busca información sobre este pájaro y su hermoso canto.

26.El emperador consigue localizar al ruiseñor, gracias a una mujer que lo describe del siguiente modo:

—¡Dios mío, conozco muy bien a ese ruiseñor! ¡Sí, cómo canta! Tengo permiso para llevarle las sobras de la mesa a mi pobre madre enferma, que vive en la playa, y al volver estoy cansada, y entonces me siento en el bosque a escuchar cantar al ruiseñor. Se me llenan los ojos de lágrimas, igual que cuando me besa mi madre (pág. 111).

¿Cuáles son las propiedades del canto según esta descripción? ¿Con qué se lo compara? ¿Tienes alguna experiencia de haber sentido una intensa emoción cantando o escuchando cantar? Compártela.

27.La historia toma un nuevo rumbo cuando el emperador recibe un ruiseñor de hojalata que canta también maravillosamente, pero que es siempre previsible e interpreta una y otra vez la misma canción. En principio esto parece una ventaja: «Con el ruiseñor de verdad no se puede prever nunca lo que va a pasar, pero con el pájaro mecánico todo es seguro. ¡Es así y no de otro modo! Uno puede fiarse de él, puede abrirse y comprobarse cómo es la mente humana, cómo están colocados los cilindros, cómo funcionan y cómo se van siguiendo uno a otro» (pág. 115). ¿Te parece la previsibilidad una virtud? ¿Por qué crees que dice que es posible comprobar «cómo es la mente humana», si está hablando de un pájaro mecánico? ¿De qué modo piensas que se puede llegar a conocer la mente humana?

28.Sin embargo, el pájaro mecánico se acabó estropeando, y el ruiseñor de verdad había desaparecido. El emperador se encontraba en su lecho de muerte cuando sucedió casi un milagro:

Entonces, en ese mismo instante, sonó junto a la ventana un canto preciosísimo. Era el pequeño ruiseñor de verdad, que estaba allí fuera, sobre una rama. Había oído hablar de la desgracia del emperador y por eso había venido, a confortarlo y darle esperanza. Y según cantaba, las figuras se iban haciendo más y más débiles, la sangre subía con más fuerza por los débiles miembros del emperador y la muerte misma escuchaba y decía:

—¡Sigue, ruiseñor, sigue! (pág. 118).

¿Te imaginabas este desenlace? ¿Por qué crees que el ruiseñor verdadero no ha tenido envidia ni ha perdido su afecto por el emperador? ¿Cómo describirías los sentimientos de este personaje?

29.Llegamos entonces al momento culminante, en el que el ruiseñor

confiesa que ya ha recibido la mayor de las recompensas:

—¡Ya me recompensaste! —dijo el ruiseñor—. Vi lágrimas en tus ojos la primera vez que canté; nunca podré olvidarlo. Son joyas que alegran el corazón de un cantor. Pero ahora duerme y recupérate. ¡Cantaré para ti!

Y cantó…, y el emperador se sumió en un profundo sueño benéfico y dulce (pág. 119).

¿Cuál es el mayor deseo de un artista? ¿Qué nos puede estar transmitiendo Andersen en este cuento?

30.El ruiseñor continúa su declaración de intenciones, que concluye con una única petición:

Cantaré sobre los que son felices y sobre los que sufren, cantaré sobre lo bueno y lo malo que se oculta a tu alrededor. El pajarito cantor vuela hacia el pobre pescador, hacia el techo del campesino, hacia todos los que están lejos de ti y de tu corte. Amo tu corazón más que tu corona, aunque tu corona tiene olor a algo sagrado… ¡Vendré a cantar para ti! ¡Pero tienes que prometerme una única cosa! (pág. 119).

—¡Solo te pido una única cosa! No cuentes a nadie que tienes un pajarito que te lo cuenta todo; así irán mejor las cosas (pág. 119).

¿Es posible cantar solo sobre la belleza y la felicidad? ¿Por qué?

Piensa en el último deseo del pájaro: el mantenimiento de un secreto. ¿Qué significado crees que tiene?

El frío, la pobreza y el dolor

samp class = "trade" > El frío, la pobreza y el dolor son en los cuentos de Andersen imágenes del desamparo. Aparecen en casi todos sus relatos y nunca están reñidos con la verdad, la bondad y la belleza.

31.El momento más crudo de El patito feo, en que el personaje parece cercano a la muerte, sucede en invierno. La imagen es cruda y angustiosa:

Y ese invierno hizo muchísimo frío. El pato tenía que nadar sin parar por el agua para evitar que se helara. Pero el agujero en que nadaba se hacía más estrecho cada noche. Se congeló, y la costra de hielo crujía; el patito tenía que mover las patas constantemente para que no se cerrara el agujero. Al final se cansó, y se quedó quieto y helado, preso por el hielo (pág. 39).

La nieve y el hielo son la hermosura y a la vez la antesala de la muerte en muchos cuentos de Andersen. Compara esta escena con lo que te ha evocado La reina de las nieves.

32.El inicio de La pequeña cerillera (pág. 141) es la expresión pura del desamparo. Se dibuja un cuadro en el que el frío y la pobreza lo empañan todo. No es necesario hacer ninguna descripción de los sentimientos de la niña, el lector siente su desdicha con solo leer las primeras líneas. ¿Crees que la descripción de la realidad en una

narración puede evocar en la mente del lector qué le ocurre a un personaje sin necesidad de referirse explícitamente a sus emociones? Razona tu respuesta.

33.Andersen avanza en el relato e irrumpe en la vida psicológica de la niña:

Se sentó sobre sus piernecitas, pero seguía teniendo cada vez más frío y no se atrevía a volver a casa; no había vendido ni una sola cerilla, no había conseguido ni una sola moneda de cobre, su padre la pegaría, y en casa también hacía frío, no tenían más que un tejado encima de la cabeza, y el viento entraba soplando aunque las grietas más grandes estaban tapadas con paja y telas. Sus manitas estaban muertas de frío. ¡Ah, una cerillita le vendría bien! (pág. 142).

¿Qué elementos contribuyen a hacer la escena más dramática? ¿Por qué crees que los utiliza el autor?

34.El dolor físico se pone de manifiesto en Los cisnes salvajes a través de las ortigas con las que Elisa debe tejer las camisas de sus hermanos (pág. 54). ¿Qué te parece la descripción del dolor? ¿La encuentras adecuada o excesiva? Justifica tu respuesta.

35.La sirenita también sufre de intensos dolores. La bruja del mar ya la advirtió de que este sería otro precio a pagar por tener piernas de mujer humana. La explicación de cómo se producirá la transformación es estremecedora: «la cola se te rajará y se irá apretando hasta formar lo que los humanos llaman unas piernas preciosas, pero dolerá como si te estuvieran atravesando con una afilada espada» (pág. 90). ¿Crees que es necesaria una descripción tan descarnada? ¿Qué función narrativa crees que cumple?

Edición en formato digital: 2023

Colección dirigida por José Mas y M.ª Teresa Mateu

Diseño y cubierta: M. A. Pacheco y J. Serrano

Ilustración de cubierta: Eleanor Vere Boyle (1825-1916), ilustración para Pulgarcita

© De la introducción, notas y propuesta de lectura: Elisa Martín Ortega, 2023

© De la traducción: Enrique Bernárdez Sanchís, 2023

© Ediciones Cátedra (Grupo Anaya, S. A.), 2023

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

www.catedra.com

ISBN ebook: 978-84-376-4657-2

Está prohibida la reproducción total o parcial de este libro electrónico, su transmisión, su descarga, su descompilación, su tratamiento informático, su almacenamiento o introducción en cualquier sistema de repositorio y recuperación, en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, conocido o por

inventar, sin el permiso expreso escrito de los titulares del Copyright.